MÁS ALLÁ DEL PARAÍSO: LA LIBERTAD DE EVA



Magdalena Reyes Puig

AGUILAR

MÁS ALLÁ DEL PARAÍSO: LA LIBERTAD DE EVA

Magdalena Reyes Puig

AGUILAR

INTRODUCCIÓN

Tú sabes porque sabes.
Ellos quieren pruebas y una tesis de trescientas páginas.

Clarice Lispector

Nací mujer. ¿Acaso no es este un hecho innegable? Durante años nunca me detuve a pensarlo. Crecí en una familia de seis hermanos, la única mujer entre varones, y siempre asumí aquella diferencia como algo natural. Todos éramos hijos del mismo padre y la misma madre, compartíamos el mismo hogar, las mismas reglas, la misma crianza. Pero, a la vez, había algo que nos distinguía de manera evidente: mientras ellos nacieron varones, yo nací mujer.

La diferencia estaba ahí, inscrita en los cuerpos, en los gestos, en los hábitos, en las expectativas y en los comportamientos. No se trataba solo de una cuestión biológica, sino de un hecho que se traducía en lo cotidiano: en los juegos, en las tareas que nos asignaban, en la manera en que éramos mirados y tratados. Pero todo esto me parecía tan natural que no lo cuestionaba. La vida tenía otros desafíos y la libertad de elegir, pensaba yo entonces, se jugaba en otras canchas.

Fue mucho después cuando comprendí que lo que había vivido como algo natural no era solo biología, sino también cultura. A los 18 años, me encontré con una frase que me descolocó: «No se nace mujer: se llega a serlo». La escribió Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* y cuando la leí fue como si alguien encendiera una luz en un cuarto en el que siempre había estado, pero cuya disposición nunca había examinado. De pronto, lo que parecía incuestionable se

convirtió en una pregunta. ¿Qué significaba realmente haber nacido mujer? ¿Cuánto había en ello de destino y cuánto de elección? ¿Dónde estaba el margen de libertad en la manera en que las mujeres vivimos nuestra condición?

A partir de ese momento, empecé a ver la diferencia con otros ojos. Comencé a cuestionarme si lo que parecía tan obvio realmente lo era. Si el hecho biológico de nacer con un sexo determinado condiciona de manera inexorable nuestro destino o si es una condición que nos depara la naturaleza sobre la cual cada cultura construye significados, roles y expectativas diferentes. Porque, aunque no podemos elegir las condiciones en las que llegamos al mundo, sí podemos cuestionar su sentido.

La máxima de Simone de Beauvoir ha sido interpretada de diversas maneras, pero una de las más radicales y controversiales es la que sostiene que la biología no es determinante para establecer diferencias sexuales entre los seres humanos. Que el hecho de haber nacido con un útero, por ejemplo, no determina mi sexo. Que ser mujer es una decisión que podemos tomar libremente y no un destino designado por la lotería biológica.

Esta perspectiva busca desvincular las diferencias sexuales de la biología afirmando que el sexo no es una realidad natural, sino una categoría construida culturalmente a partir de la interpretación que la sociedad hace de ciertas características físicas. Es decir, lo que entendemos por sexo (varón o mujer) no es simplemente un hecho biológico dado, sino una lectura que la cultura ha impuesto sobre los cuerpos. Uno de los enfoques más influyentes en esta línea de pensamiento es el de Judith Butler, filósofa estadounidense, quien en *El género en disputa* plantea que no solo el género es una

construcción discursiva, sino también el sexo: «El sexo, por tanto, no es un hecho simple o inalterable de la naturaleza, sino una norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos».[1] Según esta visión, no solo la identidad de género es una construcción cultural, sino también la idea de que existen dos sexos distintos (masculino y femenino). La ciencia, la medicina, el derecho y el lenguaje se han encargado de imponer la idea de que la existencia de dos sexos distintos es algo natural, cuando en realidad lo que existe son variaciones corporales que podrían interpretarse de diferentes maneras. Así, la supuesta «diferencia sexual» entre varones y mujeres no es una verdad biológica objetiva, sino un relato que estructura la realidad en términos binarios. Si bien existen diferencias físicas entre los cuerpos, estas diferencias no se agrupan de manera estrictamente dicotómica, sino que hay una gran diversidad de manifestaciones biológicas que desafían la clasificación binaria tradicional. Bajo esta lógica, la diferencia sexual deja de ser una evidencia biológica para convertirse en una construcción histórica.

Esta perspectiva lleva la crítica aún más lejos que *El segundo sexo*. Mientras que Simone de Beauvoir sostuvo que, aunque la biología *per se* no determina el destino de las mujeres, sí existen diferencias sexuales reales, la teoría *queer*[2] rechaza la existencia de diferencias sexuales innatas determinadas por la biología. Rechaza la clasificación de las personas en categorías universales y fijas, como mujer, varón, heterosexual, homosexual, bisexual, transgénero, etcétera, y propone que cada persona pueda elegir libremente su identidad y orientación sexual.

Si bien los debates entre la teoría queer y sus detractores sobre la realidad natural de las diferencias sexuales son interesantes y están en auge hoy en día, en este libro no entraré en esa discusión.

Aquí parto de la premisa de que existen diferencias biológicas que fundamentan la distinción entre ser varón y ser mujer, y aunque el alcance y el sentido de estas diferencias pueden ser debatidos, no sucede lo mismo con su existencia. No somos seres neutros; nacemos con una biología signada, entre otras cosas, por características sexuales que nos anteceden y que nos distinguen desde el inicio. Estas diferencias sexuales, inscritas en nuestra corporeidad, delinean los límites dentro de los cuales se gestan nuestros deseos, preferencias y elecciones a lo largo de la vida.

Nuestro cuerpo no es una mera página en blanco, sino un marco dentro del cual podemos crear nuestra identidad y nuestro ser y estar en el mundo. Un marco que delinea los límites dentro de los cuales es posible el ejercicio de la libertad de descubrir(nos) y elegir(nos). El cuerpo es, en palabras de Nietzsche, «una gran razón». El cuerpo representa la totalidad de nuestras fuerzas vitales en movimiento, y la conciencia —gracias a la cual pensamos y elegimos— no es solo un atributo de la mente, sino una manifestación del cuerpo mismo. Nuestros deseos, pensamientos y predisposiciones se gestan en el cuerpo, en su pulsión vital y en su potencia afirmativa de la existencia. El cuerpo no es un simple receptáculo que podemos moldear a voluntad, sino la condición primera que nos define como humanos.

Concebir al cuerpo como «una gran razón» implica reconocer que la vida no se fundamenta únicamente en el pensamiento racional, sino en una sabiduría más profunda e intuitiva que guía nuestras

elecciones y nos conecta con la realidad de manera directa y vital. En el cuerpo se inscribe y se despliega nuestra capacidad de ser y de crear sentido.

Parto de la afirmación de que nací mujer y de que eso ha influido en mi destino. Si hubiese nacido hombre, probablemente no estaría escribiendo este libro y, sin duda, no habría gestado en mi cuerpo a mis tres hijos. No porque ser mujer implique necesariamente escribir sobre la mujer o convertirse en madre, sino porque el cuerpo con el que nacemos nos atraviesa y nos sitúa en el mundo de una manera particular. Se puede nacer mujer y elegir caminos muy distintos, pero la biología no es un dato menor ni una hoja en blanco sobre la que podamos escribir sin huella previa. Nuestra carne, nuestra biología no dicta nuestro destino, pero tampoco nos es indiferente. Nos influye, nos afecta, nos acompaña en cada decisión que tomamos, incluso en aquellas con las que intentamos trascenderla. La libertad para definir nuestra propia identidad no se ejerce en el vacío.

La naturaleza nos impone condiciones, como se las impone a todo lo que forma parte de ella: al río que sigue su cauce, al animal que responde a su instinto y al árbol que hunde sus raíces en la tierra. Las diferencias sexuales no son una mera construcción social, sino un hecho biológico ineludible. La biología es una realidad que no se puede borrar o transformar a nuestro criterio a través del lenguaje o de las distintas etiquetas y categorías mediante las cuales damos sentido al mundo. Ya lo dijo Shakespeare: «¿Qué hay en un nombre? Eso que llamamos *rosa* tendría la misma fragancia con cualquier otro nombre». La rosa no deja de ser rosa porque la denominemos de otro modo. Su fragancia persiste, indiferente a los

nombres con los que intentamos definirla. La naturaleza no se somete a nuestras categorías ni se pliega a nuestra voluntad. Podemos nombrar, interpretar, transformar, incluso crear, pero hay un orden que nos precede y que, al mismo tiempo, nos contiene.

Hay cosas que podemos moldear, sí, pero también hay realidades que solo podemos descubrir. Podemos juzgar el aroma de la rosa —si nos agrada o nos desagrada, si lo consideramos dulce o invasivo—, pero nuestro juicio no altera su esencia. Aunque nuestra percepción cambie, su fragancia sigue siendo la misma. La naturaleza no es un lienzo en blanco sobre el que podemos proyectar cualquier significado, sino un entramado de fuerzas y leyes que existen más allá de nuestra voluntad y posibilidad de aprehenderlas.

Creer que la naturaleza es un simple constructo, maleable a nuestra voluntad, es una forma de soberbia. No somos sus dueños ni sus arquitectos, somos parte de su inmenso entramado, sujetos a sus ritmos y sus leyes, pero dotados de una capacidad única: la de maravillarnos, preguntar y sentir el deseo de revelar sus enigmas. La naturaleza nos ha dado herramientas para conocerla y con ellas hemos expandido nuestros límites, transformado el mundo, anticipado fenómenos. Pero nunca del todo. Siempre hay algo que se nos escapa, que excede nuestros cálculos, que nos recuerda que no tenemos un control absoluto. La naturaleza deja entrever su razón de ser, pero se guarda siempre para sí un margen de misterio, un espacio inagotable para el asombro. Y quizás esa sea su mayor invitación: no a poseerla, sino a mantener siempre vivo el deseo de descubrirla.

No somos dioses
pero hay algo divino en saberlo
Quien arde en el filo
adivina lo eterno

El límite no encierra; revela. Como la piel que al rasgarse descubre la sangre, que es sustancia y es espíritu.

La libertad es lo que hacemos con lo que nos pasa. No somos enteramente dueños de nuestra condición, pero sí de la manera en que la asumimos y nos superamos. La gravedad no nos impide volar; nos exige encontrar la manera de hacerlo. La muerte no nos condena al sinsentido; nos impulsa a darle significado al tiempo que tenemos. Del mismo modo, la biología nos impone diferencias, pero no nos dicta un destino; nos da un punto de partida para que podamos decidir cómo vivirlas. La naturaleza no es una prisión ni un destino inexorable, sino el terreno sobre el cual se juega nuestra libertad. No elegimos nuestras condiciones de partida: no elegimos nacer, así como tampoco el cuerpo que habitamos ni el tiempo o el lugar en el que somos arrojados a la existencia. Pero esas condiciones no son una condena, sino algo que nos sostiene, un orden que nos antecede y dentro del cual nuestra libertad cobra sentido. El verdadero desafío no es negar el orden natural, sino comprenderlo y situarnos dentro de él sin renunciar a nuestra capacidad de elegir. La naturaleza no es un amo que nos impone un deber ser, sino un campo fértil en el que podemos echar raíces y crecer desplegando nuestras ramas a través de las decisiones que tomamos.

Afirmar la diferencia entre los sexos no significa perpetuar la desigualdad, sino reconocer que varones y mujeres existen en

relación, no en oposición. *Diferencia* y *desigualdad* no son sinónimos. La diferencia sexual no es un obstáculo que deba ser superado, sino una oportunidad para enriquecer nuestra manera de ser en el mundo, para crear y habitar una identidad que no anule al otro, sino que lo reconozca en su singularidad. Como mujer, mi cuerpo, mi biología, mi experiencia de la realidad son distintos a los de un varón, pero también a los de otras mujeres que sienten, piensan y viven de maneras diferentes. La identidad femenina no es un molde rígido, sino un espacio en construcción en el que cada una encuentra su forma de ser mujer sin renunciar a la potencia que nos une en nuestra diferencia.

No deseo un mundo en el que la diferencia se niegue, sino uno donde pueda celebrarse con empatía, donde varones y mujeres se reconozcan como distintos sin que esa distinción se convierta en jerarquía. La empatía no es disolución ni uniformidad, sino el encuentro con la alteridad, el reconocimiento de una conciencia ajena con la que podemos dialogar. Celebrar la diferencia es asumir que no somos intercambiables, que nuestros cuerpos, nuestras voces, nuestras historias no son idénticas, pero pueden enriquecerse mutuamente. En esa tensión entre lo propio y lo ajeno, entre la identidad y la alteridad, se abre la posibilidad de una convivencia más justa, más verdadera, en la que la diferencia no separa, sino que crea el espacio para el reconocimiento y el encuentro.

Afirmar que nací mujer es fácil, casi obvio, una constatación de lo dado, un dato del azar biológico, que nos asigna un cuerpo sin consultarnos. Lo difícil, lo verdaderamente jugado, es decir «soy mujer» cuando esa afirmación nace de la elección, cuando no es solo un dato de la naturaleza sino una decisión que tomamos en

libertad. Aunque no elegimos el cuerpo en el que llegamos al mundo, sí podemos —¿debemos?— elegir si nos reconocemos en él, si hacemos nuestro el designio misterioso que la biología nos asigna. No basta con decir «nací mujer» si no podemos afirmarnos en un «soy mujer», si no podemos existir más allá de lo que nos ha sido dado biológicamente. La naturaleza nos otorga un cuerpo, pero, a diferencia del resto de los animales, también nos coloca frente a una elección: debemos afirmarnos en la vida a través de nuestras decisiones, de aquello que elegimos ser. Nuestra identidad no es solo un dato biológico, sino una construcción continua, una forma de habitar el mundo que se configura con cada acto, con cada camino tomado. Ser humanos es ser más que un cuerpo; es asumir el desafío de dar sentido a nuestra existencia.

Por eso, decir «soy mujer» no es solo reconocer un hecho: es elegir cómo serlo dentro de un horizonte inmenso de posibilidades. Es afirmar una identidad que no se agota en una única forma, sino que se despliega en múltiples maneras de existir, en una diversidad que nos permite ser sin renunciar a la diferencia que nos constituye. Decir «soy mujer» es hablar desde un cuerpo, sí, pero también desde una historia, una sensibilidad, una relación con el mundo. Es saber que el hecho biológico de haber nacido con un determinado sexo no es un límite a la libertad, sino su punto de partida. Nacer mujer es un azar de la naturaleza, una necesidad. Ser mujer, en cambio, es una posibilidad. Es una forma de responder con libertad a ese hecho: no negándolo ni disolviéndolo, sino habitándolo a conciencia, eligiendo cómo vivirlo, cómo hacerlo carne propia.

Cuando digo que soy mujer, me afirmo como un ser que es, al mismo tiempo, devenir. Porque dentro de ese horizonte inmenso de

posibilidades, siempre estoy siendo, siempre estoy transformándome. No puedo situarme por encima de mi sexo ni actuar como si no me condicionara, pero tampoco estoy condenada a repetir el modo en que otros lo han definido. Soy una mujer, sí, pero soy una mujer que se elige.

Y en la medida en que nos elegimos mujeres —en nuestra diferencia, en la identidad que nos es propia— podemos generar comunidad, propiciar cambios, abrir caminos. No se trata de imitar modelos masculinos ni de diluir la diferencia, sino de cultivarla. De descubrir en ella no una limitación, sino una fuente de sentido, de creación, de libertad. Porque ser mujer no es un dato cerrado: es una afirmación viva, un sí dicho al mundo con el cuerpo, con la voz, con el alma, con la vida entera.

Nuestro cuerpo es nuestra primera casa, y aquí estoy, habitándome, preguntándome, descubriéndome en la intersección entre lo que me fue dado y lo que elijo ser. Ser mujer es una herencia y una conquista. Una elección y un designio. Como todo lo humano, está atravesado por la tensión entre el destino y la libertad. La biología nos impone un punto de partida, pero la identidad es un viaje, un acto de creación constante. «Llega a ser quien eres», decía Píndaro,[3] porque no basta con nacer: hay que elegir, forjar, esculpir lo que, de cada uno, aún está por ser.

Pero, hay que admitirlo, el desafío de elegir ser mujer no es fácil. Es una decisión cargada de ecos, de sombras, de significados impuestos y resistencias forzosas. La historia nos ha susurrado que ser mujer es ser débil, emocional, un cuerpo antes que una voz, un complemento antes que un destino propio. Nos han dicho que ser mujer es cuidar, ceder, callar. Afirmar «soy mujer» implica tomar una

identidad que durante siglos fue reducida a la pasividad, a la dependencia y a la emoción desbordada. Durante demasiado tiempo, la mujer fue concebida como un ser incompleto, incapaz de autodeterminarse, alejada del pensamiento crítico y la razón. Se nos ha dicho que somos lo que sentimos, no lo que pensamos; que nuestra fortaleza es la ternura y no la inteligencia; que nuestro destino está en la entrega, en la resignación, en la obediencia. Pero elegir ser mujer no es aceptar lo que nos dijeron que debíamos ser, sino tomar esa herencia de significados y desarmarla para darle una forma más real y más justa. Elegir ser mujer, en este sentido, es habitar lo femenino desde la libertad, no como una jaula de mandatos, sino como un espacio por conquistar.

Por eso, para resignificar el ideal necesitamos volver a los mitos que han moldeado nuestra forma de ser y de estar en el mundo. Los mitos son relatos creados por la imaginación humana a partir de la observación de la realidad. En ellos podemos descubrir las estructuras invisibles que nos moldean, las creencias y los valores que se transmiten de generación en generación. No hay cultura sin mito: a través de ellos se han tejido las creencias y los valores que organizan la vida colectiva. Los mitos no son meras fábulas fantásticas, sino el sustrato sobre el que se edifica el imaginario cultural.

Y cuando de la mujer se trata, el mito del Génesis es una referencia obligada. En este mito fundacional de la tradición judeocristiana encontramos a Eva, la primera mujer creada por Dios. Su historia ha servido tradicionalmente como arquetipo de lo femenino, como modelo implícito de lo que significa ser mujer. Como todo lo que es «primero» en su especie, Eva ha trascendido como

una representación simbólica de la naturaleza femenina, una figura mítica que ha impactado en la concepción judeocristiana de la naturaleza femenina. En el mito del Génesis, Eva es quien desafía el mandato divino, con lo que arrastra consigo a toda la humanidad al exilio del Paraíso.

Su historia, tal como ha sido tradicionalmente narrada e interpretada, nos enseña a una Eva culpable, débil, pecadora. Eva como la que cede, la que es engañada, la que propicia la caída. Eva como la que hace lo que no se debe hacer. Eva como la subversiva, la peligrosa, la que arrastró a Adán al error. Eva como aquella a quien, a falta de buen juicio, hay que tener bajo control. Aquella en quien no se puede confiar porque es demasiado emocional, sin la solidez intelectual y la fuerza de voluntad necesarias para tomar buenas decisiones. Eva, la débil, la tentada, la pecadora, la culpable. ¿Quién querría identificarse con Eva, entonces?

Pero ¿y si pudiéramos pensarla de otro modo? ¿Y si su acto de desobediencia no fuera un capricho, sino una afirmación? ¿Y si su hambre de conocimiento, su decisión de probar el fruto prohibido no fuera la señal de su debilidad, sino de su potencia intelectual?

Este libro propone otra Eva. No a la culpable de la caída, sino a la artífice del despertar de la conciencia humana. No a la pecadora que arrastra a la humanidad al destierro, sino a la que abre los ojos y se atreve a pensar. No a la rebelde sin causa, sino a la que se niega a permanecer en la ignorancia. No a la caprichosa, sino a la que elige. No a la débil, engatusada por el mal, sino a una mujer valiente, capaz de arriesgar su vida para ir en busca de la verdad.

El desafío es interpretar su decisión de probar el fruto prohibido no como una manifestación de la sumisión y el engaño ante los que

Eva se rindió, sino como una expresión de la voluntad de quien no se conforma con un bienestar en la complacencia y siente la necesidad de conocer la diferencia entre el bien y el mal. ¿Y si su historia no fuera la de un error y un castigo, sino la del primer acto de libertad? ¿Y si su destierro no fuera una condena, sino el precio —alto, sí, pero necesario— del despertar de la conciencia humana? Tal vez su historia no hable de culpa, sino de la valentía de quien elige abrir los ojos y construir su propio destino.

Resignificar a Eva es resignificar el estereotipo y resignificarnos a nosotras mismas también. Es transformar la imagen que la historia nos ha impuesto y recuperar nuestra capacidad de definir lo que significa ser mujer desde la inquietud, la inteligencia, la voluntad y el coraje de ir en busca de la verdad. Reescribir su historia es una invitación a reescribir nuestra propia historia. Y el desafío es que esa historia nos resulte tan inspiradora como para encender en nosotros el deseo de afirmarnos como mujeres. No solo por el hecho de haber nacido mujeres sino, además, porque así lo elegimos.

Quisiera que este libro sea un viaje, una invitación a mirar más allá de los relatos y las creencias que aprendimos. No para imponer respuestas, sino para abrir caminos. Para que ser mujer deje de ser un destino unívoco y se convierta en una afirmación vibrante, llena de posibilidades. Para que podamos elegirnos, sin miedo, sin culpa, con el asombro y la belleza de lo que se descubre a sí mismo.

Para que una historia —la mía, la tuya, la de cualquiera— que comienza con un «nací mujer» encuentre su verdadero pulso en un «soy mujer» afirmado con conciencia. Para que ser mujer no sea solo un destino impuesto sino una elección, un acto de afirmación.

Un *amor fati*, un canto a la vida. Porque, a fin de cuentas, como Eva,[4] las mujeres somos fuentes de vida.

Soy mujer.

Lo afirmo con contundencia, pero también con perplejidad. No como una verdad absoluta, sino como un saber que se enraíza en mis propios cuestionamientos. No solo desde la fuerza, sino también desde la fragilidad que me habita, desde los miedos que aprendí a reconocer y las preguntas que aún no puedo responder. Porque, aunque se nos enseña que saber es estar seguro, yo creo que la verdadera sabiduría es siempre titubeante.

La sabiduría titubea porque se asienta en la duda, en el reconocimiento de que todo saber es parcial, de que la verdad, la realidad, el mundo y la naturaleza misma son algo que siempre se nos está escapando. No se dejan poseer ni fijar en conceptos inamovibles, no pueden reducirse a una fórmula definitiva. Lo real no se domina, no se somete al lenguaje. Se nos aparece, nos rodea, nos toca y, sin embargo, en cuanto intentamos aferrarlo, se escurre, se repliega, se despliega de un modo distinto.

Pero aunque nunca lo poseamos del todo, hay momentos en que el saber anida en nosotros. Se instala en lo más hondo, se siente más que se explica, se reconoce sin necesidad de certidumbre absoluta. Sabemos que está ahí, pero nunca de manera incondicional. Es un saber que se intuye, que se deja entrever, que nos habita sin rendirse completamente. Y es ahí, en ese umbral entre lo comprendido y lo desconocido, donde nace la verdadera sabiduría: no en la seguridad de quien cree haber alcanzado la verdad, sino en la humildad de quien la percibe siempre en fuga, siempre esquiva, siempre llamándonos a seguir buscándola.

Porque elegir ser mujer no es solo un canto de libertad, sino también un diálogo constante con la vulnerabilidad, con la sensación de no ser suficiente, con la batalla entre lo que deseo y lo que temo, entre lo que el mundo espera de mí y lo que realmente quiero ser. No siempre me he sentido capaz de elegir, no siempre me he sentido digna de afirmarme sin miedo y sin culpa. A veces he dudado de mi voz, de mi derecho a ocupar un espacio propio sin tener que pedir permiso. Pero quizás precisamente ahí, en ese vértigo, en ese desamparo, radique también la potencia de ser mujer. No en la perfección, sino en la búsqueda; no en la certeza, sino en la valentía de seguir preguntando. Porque ser mujer no es un punto de llegada, sino un camino que se construye día a día, con cada elección, con cada caída, con cada intento de reconciliarnos con nosotras mismas.

Soy mujer. Y lo digo sin arrogancia, sin la falsa dureza de quien ya no teme. Lo digo con la piel abierta a la duda, con la conciencia de que aún hay relatos dentro de mí que necesito desaprender. Pero lo digo. Y que estas palabras sean, aquí, un punto de partida. O, mejor aún, una puerta abierta.

En estos tiempos en los que el feminismo adopta múltiples formas y matices, yo elijo vivirlo afirmándome como femenina. Porque hay muchas maneras de ser feminista y la mía es esta: soy femenina.

El feminismo no es un bloque monolítico, sino un territorio vasto, en constante transformación. Es teoría, es historia, es lucha, es política, pero también es vivencia íntima. Se puede ser feminista de muchas maneras, adherir a sus principios desde distintos lugares, desde la acción, desde el pensamiento, desde la resistencia. Yo elijo hacerlo desde la afirmación de mi ser mujer, desde la certeza de que ser femenina no es una imposición cultural, sino una elección que

me pertenece. No hablo de asumir un rol asignado, de encajar en estereotipos moldeados por otros. Ser femenina no es cumplir con un deber impuesto, sino afirmarse en ser mujer con todo lo que ello implica. No es solo una idea filosófica o política ni un dato biológico aislado, sino una verdad más profunda, que se siente en la piel, en el cuerpo, en la sangre. Es un saber que no se agota en la razón, sino que se enraíza en ella con la fuerza de una pasión.

Nietzsche afirmó que el cuerpo es una «gran razón». Y quizás ahí resida la clave. No se trata solo de comprender o teorizar sobre lo que significa ser mujer, sino de experimentarlo en su totalidad, de dejar que esa certeza nos atraviese. Soy mujer, soy femenina. No como mandato sino como elección, como afirmación de existencia, como un latido que resuena en las entrañas.

Y cuando una mujer se siente bien con lo que es, cuando su afirmación no es solo un discurso sino un pulso que late en cada gesto, en cada mirada, en cada manera de estar en el mundo, eso se derrama sobre los demás. Como el maestro que inspira en sus alumnos el amor por lo que enseña porque lo vive, porque lo habita, porque es en ello. Así también, cuando las mujeres nos afirmamos en nuestra condición femenina —no solo con palabras, no solo con consignas, sino con el cuerpo, con la pasión que nos sostiene desde las entrañas—, podemos despertar en otras personas el sentido, el poder y el placer de serlo. Porque no se inspira solo con ideas. No se empodera solo con discursos. El verdadero empoderamiento es una convicción que se irradia espontáneamente, que se transmite sin necesidad de que sea dicha, que se despliega y se derrama sobre los demás como una verdad que no solo se comprende, sino que se vive, se encarna y resuena en quienes la advierten.

Este libro es sobre el despertar de mi conciencia femenina.

1 Judith Butler, *El genero en disputa*.

2 La teoría queer sostiene que la identidad sexual y la orientación sexual son construcciones sociales y no están determinadas por la naturaleza. *El género en disputa*, de Judith Butler, es considerada la obra fundadora de esta teoría.

3 Píndaro fue un poeta lírico griego del siglo V a. C.

4 El nombre Eva tiene un origen hebreo y significa «la que da vida» o «fuente de vida».

El mito del Génesis

Génesis

El séptimo día

Así terminó Dios la creación del cielo y de la tierra y de todo cuanto existe, y el séptimo día descansó. Dios bendijo ese día y lo apartó, para que todos lo adoraran. En ese tiempo aún no había árboles ni plantas en el campo, porque Dios todavía no había hecho que lloviera, ni había nadie que cultivara la tierra. Del suelo salía una especie de vapor, y eso era lo que mantenía húmeda la tierra.

El hombre y la mujer

Entonces Dios tomó un poco de polvo, y con ese polvo formó al hombre. Luego sopló en su nariz, y con su propio aliento le dio vida. Así fue como el hombre comenzó a vivir.

Dios había plantado un jardín al cual llamó Edén, y allí puso al hombre. Luego Dios hizo que creciera allí toda clase de árboles; eran hermosos y daban fruta muy sabrosa. En medio de ese jardín estaba el árbol de la vida, y también el árbol del conocimiento del bien y del mal.

De Edén salía un río que regaba el jardín y luego se dividía en otros cuatro ríos. El primer río se llamaba Pisón, y es el que rodea todo el país de Havilá. Allí hay oro muy fino, y hay también piedra de ónice y plantas con las que se hacen finos perfumes. El segundo río

se llamaba Guihón, y es el que rodea todo el país de los etíopes. El tercer río es el Tigris, que corre al este de Asiria. El cuarto río es el Éufrates.

Dios puso al hombre en el jardín de Edén para que lo cultivara y lo cuidara, pero claramente le dijo: «Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, pero no del árbol del conocimiento del bien y del mal. Si comes de ese árbol, te juro que morirás».

Luego Dios dijo: «No está bien que el hombre esté solo. Voy a hacerle alguien que lo acompañe y lo ayude». Entonces hizo Dios todos los animales domésticos y salvajes, y todas las aves que vuelan por el cielo, y se los llevó al hombre para que les pusiera nombre. Y este así lo hizo.

Sin embargo, para el hombre no se encontró compañía ni ayuda. Por eso Dios hizo que el hombre se quedara profundamente dormido. Y así, mientras este dormía, Dios le sacó una de sus costillas, y luego le cerró el costado. De esa costilla Dios hizo una mujer. Cuando se la llevó al hombre, este dijo:

«¡Esta vez tengo a alguien
que es carne de mi carne
y hueso de mis huesos!
La llamaré hembra,
porque Dios la sacó del hombre».

Esto explica por qué el hombre deja a su padre y a su madre, y se une a su mujer para formar un solo cuerpo.

Tanto el hombre como su mujer andaban desnudos, pero no sentían vergüenza de andar así.

Génesis 3

El hombre desobedece a Dios

Entre los animales salvajes que Dios creó, no había otro más astuto que la serpiente. Un día, la serpiente le dijo a la mujer:

—¿Así que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?

La mujer le contestó:

—¡Sí podemos comer de cualquier árbol del jardín! Lo que Dios nos dijo fue: «En medio del jardín hay un árbol, que no deben ni tocarlo. Tampoco vayan a comer de su fruto, pues si lo hacen morirán».

Pero la serpiente insistió:

—Eso es mentira. No morirán. Dios bien sabe que, cuando ustedes coman del fruto de ese árbol, serán iguales a Dios y podrán conocer el bien y el mal.

La mujer se fijó en que el fruto del árbol sí se podía comer, y que solo de verlo se antojaba y daban ganas de alcanzar sabiduría. Arrancó entonces uno de los frutos, y comió. Luego le dio a su esposo, que estaba allí con ella, y también él comió. En ese mismo instante se dieron cuenta de lo que habían hecho y de que estaban desnudos. Entonces tomaron unas hojas de higuera y las cosieron para cubrirse con ellas.

Con el viento de la tarde, el hombre y su esposa oyeron que Dios iba y venía por el jardín, así que corrieron a esconderse de él entre los árboles. Pero Dios llamó al hombre y le preguntó:

—¿Dónde estás?

Y el hombre le contestó:

—Oí tu voz en el jardín y tuve miedo, pues estoy desnudo. Por eso corrí a esconderme.

—¿Y cómo sabes que estás desnudo? —le preguntó Dios—. ¿Acaso comiste del fruto del árbol que te prohibí comer?

El hombre respondió:

—La mujer que tú me diste por compañera me dio del fruto del árbol. Por eso me lo comí.

Dios se dirigió entonces a la mujer, y le dijo:

—¿Qué es lo que has hecho?

Y la mujer le respondió:

—La serpiente me tendió una trampa. Por eso comí del fruto.

Entonces Dios le dijo a la serpiente:

«Por esto que has hecho,
maldita seas,
más que todo animal doméstico;
¡más que todo animal salvaje!
Mientras tengas vida,
te arrastrarás sobre tu vientre
y comerás el polvo de la tierra.
»Haré que tú y la mujer,
sean enemigas;
pondré enemistad
entre sus descendientes y los tuyos.
Un hijo suyo te aplastará la cabeza,
y tú le morderás el talón».

A la mujer le dijo:

«Cuando tengas tus hijos,
¡haré que los tengas con muchos dolores!
A pesar de todo,
desearás tener hijos con tu esposo,

y él será quien te domine».

Al hombre le dijo:

«Por haberle hecho caso a tu esposa,
y haber comido del fruto del árbol
que te prohibí comer,
te maldigo con hacer pesado
el trabajo de cultivar la tierra.
Mientras vivas te costará mucho esfuerzo
obtener de ella tu alimento.
La tierra te dará espinos y cardos,
y tendrás que comer plantas silvestres.
Trabajarás mucho para conseguir tu alimento,
hasta el día en que mueras
y vuelvas a la tierra,
pues de ella fuiste formado.
Eres polvo,
y al polvo volverás».

El hombre llamó Eva a su esposa, porque ella sería la madre de todo el género humano.

Luego Dios hizo ropa de pieles de animales para que el hombre y su esposa se vistieran.

Y dijo: «Ahora el hombre y la mujer son como uno de nosotros, pues conocen el bien y el mal. Si llegaran a comer el fruto del árbol de la vida, podrían vivir para siempre».

Por eso Dios los expulsó del jardín del Edén y puso al hombre a cultivar la tierra donde había sido formado. Después de expulsar al hombre y a la mujer, Dios puso unos querubines[5] al este del Edén, y

también puso una espada encendida que giraba hacia todos lados, para impedir que alguien se acercara al árbol de la vida.

5 No hay plena seguridad en cuanto a cómo eran los querubines. Lo que sí es seguro es que eran seres con alas. Los descubrimientos arqueológicos los muestran como seres con patas de león, cuerpo de toro, alas de águila y cabeza humana. Los querubines siempre aparecen en relación con Dios y con la adoración que se le debe rendir.

I

IMAGINAMOS, LUEGO NARRAMOS

La mitología es el canto. Es el canto de la imaginación
inspirado por las energías del cuerpo.
Una vez un maestro zen se plantó ante sus discípulos,a punto
de pronunciar un sermón.
Y en el momento que abría la boca, cantó un pájaro.
Entonces dijo: «El sermón ha sido pronunciado».

Joseph Campbell

Los mitos son los grandes sueños de la humanidad. Narraciones ficticias que, lejos de ser meras invenciones sin trascendencia, nacen de la imaginación como un intento de dotar de sentido al mundo y al misterio insondable de nuestra propia existencia. No son simples relatos; son mapas que orientan, pistas que nos señalan las profundidades de nuestra alma y del mundo que habitamos.

Desde tiempos inmemoriales, el ser humano ha sentido la necesidad de contar historias que expliquen el origen del universo, el destino de los hombres, la naturaleza del bien y del mal, la fuerza del amor y la sombra de la muerte. Estos relatos no buscan probar ni demostrar nada; su verdad es de otro orden. Nos invitan a experimentar, a sentir y, sobre todo, a comprender que la esencia humana está entretejida con símbolos y arquetipos que trascienden el tiempo y la cultura.

Joseph Campbell lo expresó con claridad: «Los mitos son los sueños del mundo».[6] Soñamos mitos porque necesitamos respuestas, y en sus figuras e imágenes se despliegan las grandes intuiciones sobre la naturaleza humana. Pero lo más importante de los relatos míticos es que en ellos descubrimos que las respuestas que buscamos existen, pero para revelarnos que no existe nada definitivo, absolutamente concluido. Que la respuesta, la verdad que tanto anhelamos, es una gran metáfora abierta para ser

contemplada. Los mitos, como los sueños, están siempre abiertos a la interpretación. Esa es su auténtica razón de ser: recordarnos que la realidad es un firmamento inmenso que requiere de la imaginación para ser apreciado. Mientras la percepción nos advierte de su existencia y la razón lo ordena y le da sentido para que podamos habitarlo, la imaginación nos permite contemplarlo en su dimensión más auténtica. La imaginación nos ayuda a reconocer y comprender la complejidad y las infinitas posibilidades del universo que habitamos, del que somos «juez y parte».

En la alegoría de la caverna de Platón, el filósofo que logra salir y contemplar el sol no puede describirlo ni explicarlo con palabras. La luz lo sobrecoge, lo confronta con algo que trasciende su entendimiento. En ese instante, el filósofo comprende que la verdad no es algo que pueda poseerse. La verdad no es un concepto fijo que pueda aprehenderse de una vez y para siempre, sino algo que solo puede ser contemplado, un misterio que nunca se agota. Los mitos funcionan de la misma manera. No nos entregan verdades definitivas ni respuestas cerradas, sino pistas, huellas que nos guían hacia las potencialidades espirituales de la vida humana. Nos muestran lo que somos capaces de conocer y experimentar en nuestro interior, las dimensiones profundas de nuestra existencia, que no pueden reducirse a una estructura lógica. En ese sentido, los mitos no solo narran, sino que despiertan; no solo cuentan historias, sino que ayudan a la mente a tomar contacto con la experiencia de estar vivo. Como toda gran obra de arte, el mito no busca ofrecernos certezas, sino abrirnos horizontes. Su propósito no es entregar un sentido clausurado, sino invitarnos a habitar el misterio, a sostener la pregunta, a mirar más allá de lo evidente. No nos dice «aquí está

la verdad, tómala», sino «mira esto, imagina, experimenta, siente, descubre el símbolo que te permitirá conectar con la experiencia de estar vivo». Nos ofrece un camino, pero no para que lo recorramos mecánicamente, sino para que despertemos a la aventura de explorarlo por nosotros mismos. Como el filósofo que contempla el sol sin poder definirlo, el mito nos enfrenta a la realidad en su estado más puro: una realidad que no se posee, sino que se vive.

¿Qué habrá experimentado, pensado o intuido Sófocles cuando escribió *Edipo rey*? No lo sabemos, y probablemente tampoco deba importarnos. Lo que sí sabemos —y esto es, sí, importante— es que Freud encontró en este mito la clave para desentrañar los laberintos del deseo humano. Jung, por otra parte, descubrió en el mito del viaje del héroe el reflejo de un proceso subjetivo interno del alma humana, un camino arquetípico que todo ser humano recorre en búsqueda de la autorrealización. Platón escribió *El banquete* veinticuatro siglos antes del nacimiento del psicoanálisis, sin embargo, Lacan halló en él pistas para desentrañar la experiencia del amor de transferencia y el modo de tratarlo en un contexto analítico. Y Albert Camus, con su inquietud existencialista, vio en el mito de Sísifo la metáfora perfecta de la lucha humana frente al sinsentido: aunque condenado a una existencia absurda, Sísifo puede amar su destino.

Los mitos, entonces, nos enseñan a leer el mensaje oculto en nuestra propia existencia. Nos vinculan con la naturaleza, con el mundo que nos rodea y con el que existe en nuestro propio fuero interno. Cada mito es un portal hacia un conocimiento profundo, una invitación a mirar más allá de la superficie de las cosas y

adentrarnos en el misterio de lo que significa estar vivos. En palabras de Campbell, «el mito me dice dónde estoy».[7]

En una época en la que la ciencia y la tecnología parecen querer explicarlo todo, los mitos siguen hablándonos en su lenguaje de símbolos, recordándonos que hay verdades que no pueden ser reducidas a datos o algoritmos. ¿Cuán importantes son esas verdades? Mucho más de lo que podría parecer a primera vista. Hay aspectos de nuestra existencia que escapan a la racionalidad pura, preguntas que no pueden ser resueltas con algoritmos ni con respuestas lógicas. La incertidumbre, el amor, la muerte, el sentido de la vida: todas estas cuestiones nos exigen algo más que conocimiento técnico; requieren una comprensión que solo la mitología y el arte pueden ofrecernos. Por eso Yuval Noah Harari afirmó que, aunque «es cierto que la ciencia cambió las reglas de juego, no sustituyó simplemente los mitos con hechos. Los mitos continúan dominando a la humanidad. La ciencia solo hace que esos mitos sean más fuertes».[8]

Los mitos nos obligan a interpretar, a conectar con la experiencia de estar vivos con el cuerpo, las emociones y los sentimientos, además de con nuestra mente o capacidad racional. Nos enfrentan con nuestra propia humanidad, con nuestras luces y nuestras sombras, con la dimensión simbólica de nuestra existencia. Y esto cobra una relevancia especial en nuestra época, en la que la inteligencia artificial puede responder preguntas con una precisión asombrosa pero no puede sentir, no puede crear mitos ni dotar de sentido a la vida. «Si ustedes consiguen desarrollar una inteligencia artificial a la que se le ponga la piel de gallina, les concederán el Premio Nobel», le dijo el filósofo surcoreano Byung-Chul Han a un

grupo de estudiantes de la Universidad Católica Portuguesa de Lisboa.[9] Porque, aunque los algoritmos de la inteligencia artificial pueden procesar información con muchísima más agilidad y eficiencia que nosotros, «las preguntas de la vida» dejan sin palabras hasta a la inteligencia artificial más sofisticada.

Porque pensar acerca de los temas que nos inquietan a todos implica no solo el deseo de obtener respuestas, sino, antes que nada, el de poder hacer las preguntas correctas. Las primeras preguntas que se hicieron los primeros seres humanos no fueron sobre las cosas o los hechos en general, sino sobre su propia existencia: ¿quién soy?, ¿por qué estoy aquí?, ¿qué significa estar vivo?, ¿acaso tiene todo esto algún sentido?, ¿qué debo hacer? Estas son preguntas angustiosas, no solo porque carecen de respuestas definitivas, sino también porque se gestan en nuestra naturaleza sintiente y autoconsciente. Nos hacemos estas preguntas no solo porque somos «arrojados» al mundo, sino más bien porque tenemos la capacidad para sabernos y sentirnos así. Aunque también «arrojados al mundo», los demás —animales y la inteligencia artificial— no se inquietan ni sufren por ello.

Las narraciones mitológicas, así, son respuestas a las preguntas creadas por inteligencias a las que se les pone la piel de gallina. Por eso los mitos tienen el poder de revelarnos un saber que trasciende nuestra capacidad sensorial y racional, un saber que surge de una inteligencia en la que la razón y la emoción confluyen. María Zambrano la llamó «razón poética» y afirmó que esta «recupera la palabra desde las entrañas, desde el corazón, en la respiración viva y rítmica del hombre».

Los mitos nos desafían a pensar más allá de lo inmediato, a descubrir capas ocultas de significado. A tomar conciencia de que, aunque tengamos acceso a más información que nunca, la inteligencia sin «piel de gallina» es incapaz de proporcionarnos las respuestas que necesitamos para darle un sentido trascendente y profundo a la vida. Por eso seguimos creando y recurriendo a relatos, narraciones creadas por la imaginación humana que nos ayuden a comprender lo inexplicable, a no sentirnos tan perdidos en medio de la inmensidad del universo, el destino, el tiempo. Porque, aunque seamos ínfimos en relación con esta vastedad que nos contiene, nuestra existencia es también un acontecimiento fundamental, aunque más no sea porque es lo que nos pasa y debemos hacernos cargo de eso. En definitiva, la vida de cada persona es una historia, un relato construido a partir de experiencias, acontecimientos y hechos vividos. Pero estos no se presentan en bruto, no son meros datos objetivos, sino que siempre atraviesan el tamiz de la memoria, y la memoria, a su vez, nunca actúa sola: va de la mano de la imaginación. Ambas trabajan juntas, entrelazándose en un proceso inevitable. Porque, aunque la memoria registra experiencias, nunca puede hacerlo de manera exacta. Hay huecos, fragmentos que se pierden, detalles que se desdibujan con el tiempo. Y es ahí donde entra la imaginación, no como un simple añadido, sino como una fuerza activa que llena los espacios vacíos, que teje conexiones entre los recuerdos dispersos, que le da forma a la historia que nos contamos sobre nosotros mismos.

Así, cada vida, en cuanto relato, es un pequeño mito personal, modelado bajo el influjo de esos sueños colectivos que la humanidad

ha expresado en sus grandes narraciones mitológicas. No recordamos nuestra vida como una sucesión de hechos inalterables, sino como una historia en constante reconstrucción, en la que la memoria y la imaginación trabajan en conjunto para darle sentido a nuestra existencia.

Los mitos fueron una fuente fundamental de inspiración y conocimiento para Platón. Como gran poeta, Platón creó relatos míticos para ilustrar y fundamentar sus ideas filosóficas. Un ejemplo de esto es la alegoría de la caverna,[10] sin duda uno de los mitos más importantes de la historia de la filosofía occidental. Pero además Platón recurrió a mitos preexistentes, como el de Prometeo, para representar las virtudes fundamentales que caracterizan al ser humano como animal político o social:

> Hubo una vez un tiempo en que existían los dioses, pero no había razas mortales. Cuando también a estos les llegó el tiempo destinado de su nacimiento, los forjaron los dioses dentro de la tierra con una mezcla de tierra y fuego, y de las cosas que se mezclan a la tierra y el fuego. Y cuando iban a sacarlos a la luz, ordenaron a Prometeo y a Epimeteo que los aprestaran y le distribuyeran las capacidades a cada uno de forma conveniente. A Prometeo le pide permiso Epimeteo para hacer él la distribución. «Después de hacer yo el reparto —dijo— tú lo inspeccionas». Así lo convenció, y hace la distribución. En esta, a los unos les concedía la fuerza sin la rapidez y, a los más débiles, los dotaba con la velocidad. A unos los armaba y, a los que les daba una naturaleza inerme, les proveía de alguna otra capacidad para su salvación. A aquellos que envolvía en su pequeñez, les

proporcionaba una fuga alada o un habitáculo subterráneo. Y a los que aumentó en tamaño, con esto mismo los ponía a salvo. Y así, equilibrando las demás cosas, hacía su reparto. Planeaba esto con la precaución de que ninguna especie fuera aniquilada.

[…]

Pero, como no era del todo sabio Epimeteo, no se dio cuenta de que había gastado las capacidades en los animales; entonces todavía le quedaba sin dotar la especie humana, y no sabía qué hacer. Mientras estaba perplejo, se le acerca Prometeo, que venía a inspeccionar el reparto y que ve a los demás animales que tenían cuidadosamente de todo, mientras el hombre estaba desnudo y descalzo y sin coberturas ni armas. Precisamente era ya el día destinado, en el que debía también el hombre surgir de la tierra hada la luz. Así que Prometeo, apurado por la carencia de recursos, tratando de encontrar una protección para el hombre, roba a Hefesto y a Atenea su sabiduría profesional junto con el fuego —ya que era imposible que sin el fuego que aquella pudiera adquirirse o ser de utilidad a alguien— y, así, luego la ofrece como regalo al hombre. De este modo, pues, el hombre consiguió tal saber para su vida; pero carecía del saber político, pues este dependía de Zeus. Ahora bien, a Prometeo no le daba ya tiempo de penetrar en la acrópolis en la que mora Zeus; además los centinelas de Zeus eran terribles. En cambio, en la vivienda, en común, de Atenea y de Hefesto, en la que aquellos practicaban sus artes, podía entrar sin ser notado, y, así, robó la técnica de utilizar el fuego de Hefesto y la otra de Atenea y se la entregó al hombre. Y de aquí resulta la posibilidad de la vida para el hombre; aunque a Prometeo luego, a través de Epimeteo, según se cuenta,

le llegó el castigo de su robo. Puesto que el hombre tuvo participación en el dominio divino a causa de su parentesco con la divinidad fue, en primer lugar, el único de los animales en creer en los dioses, e intentaba construirles altares y esculpir sus estatuas. Después, articuló rápidamente, con conocimiento, la voz y los nombres, e inventó sus casas, vestidos, calzados, coberturas, y alimentos del campo. Una vez equipados de tal modo, en un principio habitaban los humanos en dispersión, y no existían ciudades. Así que se veían destruidos por las fieras, por ser generalmente más débiles que aquellas; y su técnica manual resultaba un conocimiento suficiente como recurso para la nutrición, pero insuficiente para la lucha contra las fieras. Pues aún no poseían el arte de la política, a la que el arte bélico pertenece. Ya intentaban reunirse y ponerse a salvo con la fundación de ciudades. Pero, cuando se reunían, se atacaban unos a otros, al no poseer la ciencia política; de modo que de nuevo se dispersaban y perecían. Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza, y envió a Hermes que trajera a los hombres el sentido moral y la justicia, para que hubiera orden en las ciudades y ligaduras acordes de amistad. Le preguntó, entonces, Hermes a Zeus de qué modo daría el sentido moral y la justicia a los hombres: «¿Las reparto como están repartidos los conocimientos? Están repartidos así: uno solo que domine la medicina vale para muchos particulares, y lo mismo los otros profesionales. ¿También ahora la justicia y el sentido moral los infundiré así a los humanos, o los reparto a todos?». «A todos —dijo Zeus— y que todos sean partícipes. Pues no habría ciudades, si solo algunos de ellos participaran, como de los otros conocimientos. Además, impón

> una ley de mi parte: que al incapaz de participar del honor (*aidós*) y la justicia (*diké*) lo eliminen como a una enfermedad de la ciudad.[11]

En el mito de Prometeo, Platón descubre un camino para examinar las virtudes cívicas (la conciencia moral y el sentido de la justicia) que hacen posible la convivencia humana. Estas dos virtudes son las que nos disponen a reconocer la existencia de otras personas, con sus propias necesidades, creencias y expectativas, a quienes debemos contemplar y respetar para no sucumbir en conflictos y guerras perpetuas de unos contra otros. Lo que el mito sugiere es que, si bien la mayoría de las virtudes o las capacidades intelectuales, artísticas y técnicas difieren según las personas, las virtudes que hacen posible el perfeccionamiento de nuestra naturaleza social las debemos poseer todos como potencial a ser desarrollado. El mito de Prometeo en el *Protágoras* de Platón es una oportunidad para examinar las habilidades y las virtudes que fomentamos a través de la educación. Porque ¿de qué hablamos realmente cuando afirmamos que la educación es lo más importante? ¿Cuáles son las virtudes o las capacidades más importantes a fomentar y desarrollar a través de la educación? ¿Las cualidades intelectuales y técnicas que nos capacitan para ser más eficientes y productivos? ¿O las virtudes cívicas, que nos capacitan para la vida en comunidad? Porque la convivencia no es fácil, ¿quién no lo sabe?

Schopenhauer ilustró esta dificultad en su maravillosa parábola del dilema del erizo:

> Un día helado de invierno, varios erizos se apiñaron muy juntos para, gracias al calor mutuo, evitar congelarse. Pronto sintieron el dolor que les causaban las púas de los otros, lo que los hizo separarse nuevamente. Pero la necesidad de calor los volvió a unir, y se repitió el retroceso de las púas, de modo que quedaron atrapados entre dos males, hasta que descubrieron la distancia adecuada desde la cual podían tolerarse mejor el uno al otro.[12]

El descubrimiento de la distancia adecuada es nuestro gran desafío para poder tener una convivencia que nos permita no lastimarnos tanto unos a otros ni tampoco morirnos de frío. ¿Cómo llegamos a descubrirla? ¿Es a través de la experiencia, la educación o las habilidades innatas de cada persona? Schopenhauer no nos proporciona ninguna respuesta a estas preguntas, aunque sí nos deja bien claro que debemos ocuparnos de buscar y encontrar esa distancia justa para poder generar vínculos significativos con los otros. Porque, aun siendo un pesimista y solitario empedernido, Schopenhauer también comprendió que una vida plenamente humana requiere, como condición *sine qua non*, de otros significativos.

Tanto el mito de Prometeo como la parábola del erizo poseen ese poder característico de las narraciones mitológicas que operan como estructuras simbólicas profundas y atemporales, dadoras de un sentido que ningún análisis de datos concretos ni observación empírica directa nos podría ofrecer jamás. Por eso Camus sugirió que los mitos tienen más poder que la realidad. Porque los mitos tienen el poder no solo para revelarnos un mundo inaccesible para el

conocimiento exclusivamente racional y empírico, sino también para transformarlo.

En una de sus obras más filosóficas, *El mito de Sísifo*, Camus recurre a la figura de Sísifo, condenado a empujar eternamente una roca gigante montaña arriba hasta la cima para representar la lucha humana contra la naturaleza absurda de nuestra existencia. Forzado a un trabajo inútil y sin esperanza (pues sabía que una vez en la cima de la montaña, la piedra volvería a caer y debería bajar para volver a subirla nuevamente), Sísifo no se rinde. Su resistencia simboliza la capacidad humana de encontrar sentido en el esfuerzo por afirmarnos en la vida y perseguir nuestro destino, aun cuando el resultado sea vano o incierto.

> Dejo a Sísifo al pie de la montaña. Se vuelve a encontrar siempre con su carga. Pero Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. Él también juzga que todo está bien. Este universo en adelante sin amo no le parece estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra, cada fragmento mineral de esta montaña llena de oscuridad, forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso.[13]

Camus recurre al mito de Sísifo con el objetivo de dar respuesta a lo que él mismo considera la pregunta fundamental de la filosofía: si esta vida, carente de sentido o respuestas definitivas, vale o no vale la pena ser vivida. «Hay que imaginarse a Sísifo dichoso», concluye Camus. Y si hay que imaginarlo es porque no existe ningún tipo de explicación racional o prueba empírica categórica para concluir que

Sísifo se siente dichoso con el destino que le tocó vivir. Que tire la primera piedra quien pueda probar que Sísifo debería sentirse necesariamente dichoso…

La conclusión de Camus en *El mito de Sísifo* no es solo una afirmación filosófica, sino una invitación a un cambio de perspectiva. Su elección de la palabra *imaginar* en lugar de *demostrar* o *probar* es clave, porque apunta a un tipo de comprensión que va más allá de la argumentación lógica.

Camus no nos prueba que Sísifo es feliz, sino que nos anima a imaginarlo de esa manera. En este contexto, imaginar no es un acto ingenuo, sino una forma de rebelión ante lo absurdo. El absurdo nace del conflicto entre nuestro deseo profundo de encontrar un sentido y la indiferencia del universo, que no nos lo ofrece. Frente a esta falta, Camus nos propone una respuesta radical: no esperes que el sentido venga de afuera, créalo tú mismo. Por eso, imaginar a Sísifo feliz no es una rendición ante el absurdo, sino un acto de rebeldía frente a él.

Si Camus hubiera dicho que Sísifo es dichoso porque… y hubiera dado una explicación objetiva y contundente para justificar su dicha, nos habría impuesto una única manera de interpretar el destino de Sísifo. Pero al apelar a la imaginación, deja abierta la posibilidad de múltiples interpretaciones. Nos convierte en partícipes del mito, nos hace cómplices en la construcción del sentido. Es una forma de decirnos: la felicidad de Sísifo no es una verdad impuesta, sino una posibilidad que depende de cómo elijamos interpretar su historia. Porque la dicha de Sísifo no radica en cambiar su destino —pues es imposible—, sino en transformar su actitud frente al mismo. Si Sísifo acepta su condición a plena conciencia, convierte su condena en su

triunfo. La imaginación aquí no es escapismo, sino una forma de apropiarnos de nuestro destino y afirmarnos en él.

Los mitos tienen un poder simbólico que toca tanto a la razón como a la sensibilidad. La frase final de Camus no es solo una conclusión, sino una invitación a que cada lector se ponga en el lugar de Sísifo y se pregunte: ¿cómo encuentro la dicha en un mundo que se niega a revelarme el verdadero sentido de la vida?

El llamado a la imaginación en Camus es una invitación a encontrar en nosotros el poder para transformar nuestra actitud. Porque a veces no podemos cambiar la realidad —nuestro destino no es una mera página en blanco en la cual escribimos lo que deseamos—, pero siempre podemos elegir la forma como la vivimos. Por eso debemos imaginar a Sísifo dichoso. Porque todos somos Sísifo.

Existen aspectos de la existencia humana que se sustraen a la razón y a los datos cuantificables de la experiencia. Hay inquietudes que brotan de las entrañas y desbordan la razón revelándole sus límites. Si Descartes afirmó que sabemos que existimos porque pensamos, estas inquietudes son la prueba de que no nos basta con saber que existimos o por qué lo hacemos. Tarde o temprano, como Sísifo, siempre nos preguntamos para qué vivimos; esta es la pregunta filosófica por excelencia para Camus, y las narraciones mitológicas son una fuente inagotable de respuestas a esta pregunta humana fundamental.

Vivimos en un mundo obsesionado con lo concreto, con lo que se puede medir, cuantificar y procesar. Los datos, los algoritmos, la información y la inmediatez de las soluciones empaquetadas se han convertido en el centro de nuestra cultura. Nos preocupamos más

por el qué y el por qué —por identificar hechos, extraer explicaciones, ordenar causas y efectos— que por el para qué. La pregunta por el sentido, por la dirección que queremos darle a nuestra existencia, queda relegada ante la urgencia de obtener respuestas rápidas, aplicables y eficaces. En la lógica de lo útil y productivo, el éxito se equipara con resultados concretos, comprobables y rentables. Lo que puede traducirse en números, lo que es literal y definido, es más valorado que aquello que permanece abierto a la interpretación. Lo metafórico, lo simbólico, lo que exige una elaboración subjetiva es generalmente visto como un residuo innecesario en un mundo que premia la eficiencia y la agilidad. Pero este afán por la inmediatez nos condena a la superficialidad. Las respuestas procesadas para ser consumidas sin esfuerzo pueden resolver problemas prácticos, pero nos dejan huérfanos frente a la pregunta que, tarde o temprano, realmente importa: ¿para qué?

Es cierto que necesitamos dar respuestas al qué y al por qué de la vida. La identificación de hechos, la construcción de explicaciones, la búsqueda de certezas son fundamentales para nuestra estabilidad. Sin ellas, vivir sería como caminar sin gravedad, sin la posibilidad de pisar suelo firme. Pero cuando nos enfrentamos a la pregunta de para qué, la lógica de lo cuantificable se desmorona. No hay una única respuesta o receta *one size fits all*[14] que nos garantice la mejor decisión.

En la sociedad de la felicidad exprés, el coaching de delivery, la espiritualidad en oferta y el éxito adquirible en cómodas cuotas mensuales, imaginar es casi un acto de rebeldía. La imaginación incomoda porque no ofrece soluciones cerradas, porque es

irreductible a una fórmula precisa y porque no promete resultados garantizados. Pero Camus nos recuerda que solo la imaginación nos da el impulso para rebelarnos contra el sinsentido y responder —no con fórmulas ni teorías prefabricadas, sino con la actitud con la que enfrentamos y damos forma a nuestro destino— a la pregunta fundamental de nuestra existencia.

Los mitos nos invitan a potenciar nuestra capacidad para expandir los límites de lo posible. Para que cuando, como a Sísifo, la realidad nos impone su peso, no nos limitemos a cargarla con resignación, sino que encontremos en la imaginación la manera de transformarla. No los hechos, sino la forma como nos paramos frente a ellos. Porque solo a través de la imaginación podemos apropiarnos de la realidad en lugar de estar sujetos a ella; afirmarnos en ella en vez de quedarnos atrapados en su inercia, tanto en la dicha como en la adversidad. La imaginación no cambia lo que sucede, pero cambia nuestra relación con lo que nos sucede y en esa diferencia radica nuestra verdadera libertad.

Mientras la filosofía analiza y la ciencia explica, el mito presenta. Nos ofrece imágenes, símbolos, relatos que resuenan en lo más hondo de nuestra subjetividad, que nos permiten vernos reflejados de formas siempre renovadas. Nos insinúa las potencialidades ocultas que forman parte de nuestra naturaleza, pero que muchas veces han sido silenciadas, reprimidas o negadas.

Este libro es una invitación a explorar la condición femenina a través de los relatos míticos. No para encontrar respuestas definitivas, sino para abrir nuevas preguntas, nuevas posibilidades de comprensión. Para pensar la experiencia de ser mujer en toda su complejidad, sin reducirla a lo biológico ni encerrarla en lo cultural,

sino abrazándola en su inmensa complejidad, en su potencia, en su misterio. Porque si algo nos enseña el mito es que la verdad solo puede ser cantada.

6 Joseph Campbell, *El poder del mito*.
7 Joseph Campbell, *El poder del mito*.
8 Yuval Noah Harari, *Homo Deus*..
9 Byung-Chul Han, *La tonalidad del pensamiento*.
10 Platón, el libro VII de *República*.
11 Platón, *Protágoras*.
12 Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena*.
13 Albert, Camus, *El mito de Sísifo*.
14 Expresión en ingles que puede ser traducida como «una talla para todos» y que alude a algo que es aplicable a cualquier persona o circunstancia.

II
Hay que imaginarse a Eva filósofa

No podemos vivir en un mundo que es interpretado para nosotros por otras personas.
Un mundo interpretado no es una esperanza.
Parte de nuestro miedo es recuperar nuestra propia habilidad para escuchar.
Para usar nuestra propia voz.
Para ver nuestra propia luz.

Hildegarda de Bingen[15]

El relato del Génesis, tal como está narrado en el Antiguo Testamento, es uno de los mitos fundacionales de la cultura occidental. Este mito ha sido interpretado y reinterpretado a lo largo de la historia y ha servido como espejo de muchas de las inquietudes «humanas, demasiado humanas». Tradicionalmente, este mito ha sido utilizado, entre otras cosas, para explicar la naturaleza imperfecta de nuestra condición humana. En efecto, este «valle de lágrimas», en el cual nos encontramos siempre de paso, es el lugar al cual fuimos arrojados a causa del «pecado original» cometido por nuestros antepasados originarios. Habiendo sido creados por Dios, Adán y Eva residían en un jardín llamado Edén, en el cual reinaban la perfección, la armonía y la abundancia. Un vergel exuberante, con ríos caudalosos, árboles frondosos y frutos generosos que crecían sin esfuerzo. En este espacio, Adán y Eva vivían en completa inocencia, sin sufrimiento, sin muerte, sin conocimiento del bien y del mal. Lo que hacía del Edén un paraíso no era solo su belleza natural, sino la ausencia de necesidad. Nada faltaba: no había hambre ni sed, no existían la enfermedad ni el trabajo en el sentido de fatiga o esfuerzo. Los animales convivían pacíficamente con los humanos y el tiempo parecía suspendido en una eternidad sin vértigo.

En el centro del jardín había dos árboles: el Árbol de la Vida, de cuyo fruto Adán y Eva se alimentaban diariamente, con lo que tenían garantizada la inmortalidad, y el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, cuya fruta estaba prohibida: «Si comes de ese árbol, te juro que morirás», les había advertido Dios.

El precio que tenían que pagar por su existencia en el Paraíso era la abstención de probar el fruto del árbol del conocimiento. Como en el dicho popular «la ignorancia es una bendición», Adán y Eva vivían sin carencias en la plenitud del Edén. Hasta que apareció la serpiente y convenció a Eva de que si probaba el fruto prohibido no solo no moriría, sino que sería igual a Dios, ya que conocería la diferencia entre el bien y el mal. El diálogo con la serpiente despertó en Eva el deseo de alcanzar la sabiduría y entonces tomó el fruto y lo probó. Luego se lo ofreció a Adán, quien también lo comió.

Este acto de desobediencia, *de Eva primero y de Adán después*,[16] los condenó al exilio, lejos del Paraíso, a un mundo donde el esfuerzo, el dolor y la muerte son parte de la existencia humana.

Pero ¿por qué?

Una posible respuesta a esta pregunta es la atracción que tenemos los seres humanos por lo prohibido. Como afirmó Montaigne, «prohibir algo es despertar el deseo».[17] Y es verdad, pocas cosas son tan estimulantes como lo prohibido. Entonces, para no caer en la tentación Eva debería haber sido capaz de controlar su deseo de probar el fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Pero cuanto más grande es la prohibición, más potencia adquiere el deseo. Y cuanto más potente es el deseo, mayor es la voluntad necesaria para reprimirlo. Y, así, el mito cuenta que Eva finalmente sucumbió ante la fuerza de su deseo.[18] Las

interpretaciones más tradicionales y extendidas del relato del Génesis sugieren que la «caída» de Eva se debió a su carácter sentimental, a la pobreza de su juicio lógico, a la debilidad de su voluntad y, en consecuencia, a su proclividad a tomar malas decisiones y errar. Todos estos defectos de Eva fueron la causa de su «caída» del Paraíso y, en consecuencia, del malestar que padecemos los seres humanos desde entonces, condenados a una existencia en este «valle de lágrimas».

El arquetipo[19] de la mujer culpable está presente también en la mitología griega, encarnado esta vez en la figura de Pandora. Según la versión más conocida del mito, Zeus estaba furioso con Prometeo porque les había robado el fuego a los dioses y se lo había entregado a los hombres. Para vengarse, Zeus le ordenó a Hefesto que creara a la primera mujer y que le diera una belleza deslumbrante. Así nació Pandora, cuyo nombre significa «la que tiene todos los dones». Zeus envió a Pandora como un «regalo» para engañar a Epimeteo,[20] quien, pese a las advertencias de su hermano de no aceptar regalos de los dioses, quedó deslumbrado por su belleza y la tomó como esposa. Los dioses también le obsequiaron un ánfora (a menudo malinterpretada como una caja) que le prohibieron abrir, pero la curiosidad de Pandora fue más fuerte: movida por la intriga, quiso saber qué había dentro y la destapó. De su interior salieron todos los males que no existían aún en el mundo: enfermedades, sufrimiento, vejez, guerras, desánimo y desesperación. Consciente de su equivocación, Pandora intentó cerrar el ánfora, pero ya era demasiado tarde. Lo único que quedó dentro fue Elpis, la esperanza, y de ahí el refrán popular «la esperanza es lo último que se pierde». Este detalle es uno de los

más debatidos del mito. Algunos creen que la esperanza es también un mal que nos condena a persistir en el sufrimiento con la ilusión de que va a pasar. Otros, por el contrario, piensan que la esperanza quedó dentro del ánfora para ayudarnos a sobrellevar los males: sin importar cuánto sufrimos, siempre nos queda la esperanza.

Como Eva, Pandora desafía una prohibición, con lo que genera un antes (caracterizado por una existencia libre de sufrimiento) y un después (signado por el malestar y la culpa) en la historia de la humanidad. En ambos mitos la culpa recae en una mujer. Pero no en una mujer cualquiera, sino en la primera.

Que algo o alguien sea el primero o la primera en su especie tiene un significado profundo, ya que inaugura una forma de ser y de estar en el mundo, esbozando el horizonte de lo que vendrá después. Lo primero suele convertirse en un arquetipo, es decir, un modelo simbólico que influye en la manera en que se comprende y se representa todo lo que sigue. En la historia, en la mitología y en la cultura, lo primero no es solo el inicio cronológico de algo, sino también la referencia que estructura la percepción y la identidad de los que vienen después. Así, la pregunta clave aquí es: ¿cómo ha condicionado la interpretación de las figuras míticas de Eva y Pandora la percepción de lo femenino a lo largo de la historia?

Como modelos, Eva y Pandora han sido tradicionalmente identificadas como representaciones de la culpa, la debilidad, la tentación y la propensión al pecado. La narrativa de su desobediencia y la consiguiente condena han contribuido a cimentar una visión de la mujer como intrínsecamente vulnerable y falible, perpetuando estereotipos y normas que han condicionado la construcción cultural y social de la feminidad durante siglos.

Pero, a diferencia de los textos filosóficos y científicos, los relatos míticos están siempre abiertos a la interpretación. Al ser expresiones simbólicas de las inquietudes humanas universales, los mitos abordan cuestiones que no tienen respuestas definitivas, lo que permite que cada época y cada lector los lea desde su propio marco de referencia. En definitiva, la riqueza de los mitos radica en su capacidad de ser reinterpretados una y otra vez, dialogando con cada nueva generación y con cada corriente de pensamiento. Son espejos en los que la humanidad se mira y se reconoce, bajo distintas luces y sombras.

Así, una reinterpretación de los motivos que condujeron a Eva y a Pandora a desobedecer el mandato o la ley impuesta nos ofrece la posibilidad de revisar y transformar la concepción tradicional de mujer como «sexo débil» o «segundo sexo», parafraseando la célebre expresión de Simone de Beauvoir. Si su impulso fue tradicionalmente interpretado como consecuencia de su ingenuidad, su sentimentalismo, su debilidad de carácter y su pobreza de juicio crítico, ¿por qué no revisar estas interpretaciones con el objetivo de descubrir un sentido distinto? ¿Por qué no interpretar la curiosidad de Pandora no como un defecto, sino como una virtud intelectual? ¿Por qué no interpretar su impulso no como la causa de la aparición de los males en el mundo, sino como el despertar de la conciencia humana? Ya no Pandora como la primera causante del mal en el mundo, sino Pandora como la primera en revelarnos su existencia. Y lo mismo para Eva; ¿por qué no releer el mito del Génesis no como una historia de pecado y castigo, sino como una de duda y búsqueda de la libertad para pensar? ¿Por qué no ver a Eva como la primera filósofa en lugar de la primera pecadora?

Ahora bien, reinterpretar no significa afirmar «Eva no fue pecadora» o «Pandora no fue imprudente» sin más fundamentación. Tampoco significa hacerlas encajar en categorías preestablecidas o rótulos convenientes, como «Eva era feminista» o «Pandora era una científica». No basta con contradecir el relato tradicional o forzarlo para que se ajuste a nuestras creencias; es necesario desmontarlo, explorar sus raíces, cuestionar sus supuestos y sostener la nueva mirada con argumentos. Reinterpretar no es imponer otra verdad arbitraria, sino abrir el mito a nuevas lecturas, desentrañar su sentido y dar voz a lo que ha sido silenciado. Porque si, como afirmó Lévi-Strauss,[21] los mitos moldean nuestra visión del mundo, nuestra identidad y nuestras creencias, reinterpretarlos significa desafiar esos moldes para descubrir otras posibilidades. Este es un desafío fascinante.

Pero ya lo dijo Platón: «los hombres viven celosos de la inmortalidad de los dioses».

Entonces, ¿cómo redimir a Eva de un gesto tan radical como arriesgar algo tan preciado como la vida eterna?

Pocos filósofos comprendieron el deseo de inmortalidad con tanta vehemencia y pasión como Miguel de Unamuno. «No quiero morirme», escribió, «no, no quiero ni quiero quererlo».[22] Su razón le decía que la muerte era definitiva, pero su corazón se negaba a aceptarlo. Para él, la inmortalidad no era solo una creencia, sino un anhelo desesperado de persistir, de no disolverse en la nada. Unamuno expone, con crudeza, la angustia que provoca la conciencia de nuestra finitud y el deseo de vencer a la muerte. Nos transmite su sentimiento trágico de la vida, no solo por la intensidad con que lo expresa, sino porque es un sentimiento que todos

compartimos. Aunque no siempre lo reconozcamos, el deseo de inmortalidad late en nosotros; se manifiesta en nuestra necesidad de dejar una huella, de trascender en un mundo en el que sabemos que solo estamos de paso.

En *Homo Deus*, Yuval Noah Harari sostiene que la historia del deseo de inmortalidad es, en esencia, la historia de la evolución del poder humano sobre la naturaleza. Durante milenios, la muerte fue aceptada como un destino inevitable y las religiones ofrecieron consuelo prometiendo una vida eterna en el más allá. Pero con la revolución científica, la humanidad dejó de resignarse y empezó a tratar la muerte como un problema a resolver. Hoy, la inmortalidad ya no es solo una cuestión teológica, sino un desafío médico, biológico y tecnológico. Harari describe este proceso como el surgimiento del *Homo Deus*, un ser humano que trasciende sus límites biológicos y se propone conquistar la muerte, el sufrimiento y la ignorancia.

Parece que el deseo de inmortalidad está impreso en nuestro ADN. Desde siempre los seres humanos hemos intentado desafiar la muerte dejando huella en el mundo a través del arte, la ciencia, la filosofía, los actos heroicos y la herencia genética. Pero hoy la inmortalidad parece estar más al alcance que nunca. Ingeniería genética, nanotecnología e inteligencia artificial son algunas de las herramientas gracias a las cuales podríamos dejar de ser simples mortales y convertirnos en hombres dioses.

Si así fuera, qué diría Platón al respecto: ¿de qué vivirán celosos los futuros hombres inmortales? Los celos nacen de la carencia. Si los mortales envidiamos a los dioses, es precisamente porque no

somos inmortales. Nos falta su eternidad. Y por eso la anhelamos. Y por eso la buscamos.

Pitágoras, creador del célebre teorema matemático, dijo que «el ser humano es mortal por sus temores e inmortal por sus deseos». Pitágoras se refería al deseo de saber, y creía que la inmortalidad es un don que depende de la búsqueda del conocimiento. Somos inmortales mientras deseamos saber y perdemos ese don cuando el miedo nos impide reconocer nuestra ignorancia haciéndonos creer que sabemos. No en vano fue el primero en llamarse a sí mismo «filósofo». Cuenta la leyenda que cuando alguien le preguntó si se consideraba sabio, Pitágoras le contestó: «No, no soy sabio, sino filósofo». Desde entonces la filosofía es concebida como amor (*philos*) a la sabiduría (*sophia*). Luego vino Sócrates, modelo por excelencia de lo que significa ser movido por el amor o el deseo de saber. A través de su «solo sé que no sé nada», dejó constancia de que el motor que nos impulsa a buscar la sabiduría es el deseo y de que el deseo se alimenta de la conciencia de la propia ignorancia. En otras palabras, el deseo de algo, sea lo que sea, se alimenta de su falta. No se puede desear lo que ya se posee. El amor, como deseo, se alimenta de la carencia y de la sensación de insatisfacción que ella nos genera.

Pero si, como decía Pitágoras, es verdad que solo es inmortal quien desea, entonces Adán y Eva no eran inmortales en el Paraíso. Aunque esto suena paradójico a primera vista, no lo es si leemos el mito del Génesis desde una perspectiva basada en la condición humana: el Edén era un paraíso de abundancia, sí, pero también de ignorancia. No había sufrimiento, pero tampoco preguntas. No había angustia, pero tampoco elección. Adán y Eva vivían en un estado de

dicha sin cuestionamientos, sin posibilidad de decisión ni transformación. Su existencia era eterna, sí, pero también pasiva y vacía de conciencia. La inmortalidad era su estado natural en el Edén, pero era una inmortalidad vacía, sin libertad. El Paraíso era un espacio de complacencia estática: no había necesidad, pero tampoco deseo. Eran inmortales, pero de una manera no humana.

La inmortalidad es uno de los temas más recurrentes en la obra de Jorge Luis Borges. Como Schopenhauer, a quien consideraba «la autoridad máxima»,[23] Borges no creía que la inmortalidad fuera deseable: «Espero que mi muerte sea total, espero morir en cuerpo y alma», confesó. En *El inmortal*,[24] Borges presenta la inmortalidad como una condena más que un privilegio. A través de la historia del soldado Marco Flaminio Rufo, quien llega a la mítica Ciudad de los Inmortales, Borges sugiere que la eternidad anula el sentido de la existencia humana. Esta impresión se refuerza cuando el personaje se encuentra con los inmortales, a quienes Borges denomina «trogloditas» («habitantes de las cavernas»): «Eran hombres, pero su condición bestial me llenó de horror. No hablaban, no pensaban, no soñaban». Uno de los trogloditas se convierte en el silencioso acompañante del protagonista, quien lo llama Argos, en alusión al perro de Ulises. Con el tiempo, Rufo descubre que este ser despojado de humanidad es, en realidad, Homero. La inmortalidad ha borrado su identidad y grandeza, lo que demuestra que ella no engrandece a los hombres, sino que los degrada, despojándolos de toda cultura, inteligencia, pasión y sentido.

Existe un paralelismo entre los trogloditas del cuento de Borges, los prisioneros de la caverna de Platón y Adán y Eva en el jardín del Edén. Todos ellos viven en el confort de una existencia sin el vértigo

de la incertidumbre y la angustia de la duda. Sin embargo, estos refugios de aparente seguridad también pueden convertirse en prisiones espirituales. En la caverna platónica, los prisioneros ven sombras danzar en la pared y las llaman «realidad». No sospechan que son solo reflejos de algo más vasto, más complejo, porque nunca han conocido otra cosa. Sus cadenas no solo atan sus cuerpos, sino que los envuelven en la dulce seguridad de lo predecible, de lo evidente, de un mundo en el que la duda no tiene cabida. En la Ciudad de los Inmortales, por otra parte, los trogloditas han olvidado el ardor del cuestionamiento. La eternidad los ha despojado del asombro y del impulso vital. No preguntan, no buscan, no crean. Su existencia es un eco interminable de días iguales, una letanía sin sentido en la que la vida no es más que una sombra inerte, carente de todo propósito o sentido. Y en el Paraíso, Adán y Eva viven en la plenitud del instante, ajenos a toda carencia, sin inquietudes que turben la serenidad de su existencia. En ellos no hay ansia ni vacío, porque no saben que les falta algo. Viven en la armonía de la inconsciencia, en un lugar donde el bien y el mal no han sido nombrados aún y el conocimiento es un fruto todavía desconocido.

Así, la caverna, la Ciudad de los Inmortales y el Edén pueden representarse como jaulas de oro dentro de las cuales las almas no advierten la inmensidad del horizonte que aguarda más allá de sus barrotes. Son refugios, pero también cárceles en las que la comodidad de la credulidad apaga la chispa del cuestionamiento. Por eso no es en vano que en las tres narraciones aparezca alguien que siente la angustia de sentirse cómodamente atrapado en la ilusión y, en un acto de rebelión, busque romper las cadenas, tanto internas

(psicológicas) como externas (materiales o físicas), que lo mantienen cautivo.

Tanto Eva como el filósofo de la caverna de Platón encarnan, cada uno desde su propio mito, la chispa primordial del pensamiento filosófico: el deseo de trascender los límites impuestos, de liberarse de una realidad «servida en bandeja» para avanzar hacia la búsqueda de un saber propio. Ambos se encuentran en un entorno de certezas que no se basan en el entendimiento, sino en la falta de cuestionamiento. La caverna y el Edén son, en este sentido, espacios de contención, pero también de encierro. Son lugares donde todo está aparentemente resuelto, hasta que la duda se infiltra en la mente de los protagonistas. Lo que los impulsa no es la necesidad física, sino una sensación de carencia más profunda, espiritual, que les advierte que existe algo más allá de lo dado. No es hambre lo que mueve a Eva a probar del fruto prohibido, ni es el dolor provocado por los grilletes lo que lleva al prisionero de la caverna a romper sus cadenas. Es la intuición de que la realidad que está ahí frente a sus ojos, ofrecida como obvia, no es la única, de que existe algo más, oculto tras el velo de Maya. En ambos casos, el primer paso hacia el conocimiento no es la seguridad, sino la duda.

Pero el camino hacia la verdad exige una ruptura. Eva come del fruto prohibido y el filósofo rompe las cadenas que lo mantenían sujeto. Ninguno de los dos acepta dócilmente lo dado; ambos desafían los límites que les fueron impuestos. Porque la búsqueda de la verdad conlleva un costo: la expulsión, la discriminación, la caída, la culpa, el asesinato. El filósofo y Eva no solo representan el impulso humano por comprender, sino también el riesgo que esto implica. Al iluminar lo que antes estaba en sombras, revelan tanto la

grandeza como la fragilidad de nuestra condición. No hay marcha atrás para quien ha despertado: a veces queremos volver al sueño, porque es lindo, porque es bueno, pero basta haber despertado para que el sueño se diluya y ya no podamos retornar a él jamás.

De esta forma, la moraleja implícita en ambos relatos míticos es que la búsqueda de la verdad es impulsada por una promesa de felicidad. Pero para su cumplimiento esta promesa nos exige el coraje para arriesgar nuestro bienestar inmediato, porque el camino que debemos emprender para ir en búsqueda de la verdad está lleno de escollos y, como Eva y el filósofo de Platón, seguramente nos sentiremos solos e incomprendidos mientras lo transitamos.

Eva no sacrificó la verdadera inmortalidad, más bien la conquistó. Su caída del Paraíso no fue la condena de una criatura frágil e imprudente, sino el precio de quien se atrevió a escuchar las voces desconocidas que brotaban desde su propia interioridad. Como afirmó Keats,[25] solo quienes no temen escuchar y responder a estas voces alcanzan la inmortalidad, y Eva, al prestar oído a la voz de la serpiente, no hizo más que responder al eco de su propia búsqueda.

Porque la inmortalidad estática, sin inquietudes, grietas o vacíos, no es la que nos proporciona plenitud como humanos. Ya lo sabía Pitágoras cuando afirmó que «el ser humano es mortal por sus temores e inmortal por su deseo». En el Edén, obedeciendo a Dios por miedo a morir, la existencia de Eva estaba limitada por la debilidad de quien no se atreve a desafiar lo impuesto. Su inmortalidad paradisíaca no era auténtica sino pasiva, vacía de todo anhelo. Pero el deseo de conocer la diferencia entre el bien y el mal venció al miedo a la muerte para que Eva pudiera conquistar la única inmortalidad humanamente posible: la de la libertad para pensar, la

de quienes se atreven a cuestionar e ir más allá de las creencias, los valores, los mandatos y los prejuicios instalados.

Adán y Eva eran inmortales porque no conocían la muerte. No les preocupaba el paso del tiempo, no sentían la angustia de la finitud ni la urgencia de hacer que su existencia valiera la pena. Eran, simplemente, eternos. Su ser no estaba marcado por la pérdida ni por la necesidad de trascender, porque no había nada que pudieran perder. Sus descendientes, en cambio, somos mortales y, precisamente por eso, buscamos la inmortalidad. Pero nuestra inmortalidad no es un don regalado, como en el jardín del Edén, sino algo que le arrancamos al tiempo a través del pensamiento, la palabra, la creación. Somos inmortales no a pesar de la muerte, sino gracias a ella. Es el hecho de sabernos finitos lo que nos impulsa a desafiar la fugacidad, a resistir la nada, a inscribirnos en una historia más grande que nosotros mismos. El pensamiento es el medio a través del cual nos negamos a nos negamos a desaparecer sin haber dejado rastro, sin haber pronunciado una sola palabra que perdure. Nuestra inmortalidad no es la de quien nunca muere sino la de quien, sabiendo que morirá —y precisamente por eso—, piensa, habla, escribe, crea. En este sentido, la muerte no es solo un límite, sino un motor. Sin ella no habría urgencia por decir, por pensar, por crear, por dejar un legado. No habría necesidad de inscribirnos en el tiempo con algo que nos sobreviva.

Por eso, sospecho que Unamuno jamás habría hallado consuelo en la inmortalidad del Paraíso. Su angustia no surgía solo del miedo a la muerte, sino de un deseo irreprimible de persistir, de seguir siendo él mismo, de no desvanecerse en una eternidad sin conciencia. Su clamor no es el de quien anhela simplemente existir para siempre,

sino el de quien busca una inmortalidad cargada de identidad, de pasión, de búsqueda. ¿De qué serviría vivir eternamente si en esa eternidad se extinguiera el deseo, si desapareciera la pulsión que, en la tensión de la búsqueda, nos concede, cada tanto, la experiencia sublime de la felicidad derramándose sobre nosotros como un estado de gracia por un instante —siempre efímero, nunca eterno—?

Eva renunció a la eternidad inmutable del Paraíso, pero al hacerlo le abrió la puerta a la inmortalidad del deseo, esa llama que no cesa y que nos empuja a buscar más allá de lo que se nos da. Su destierro no fue castigo, sino el sello de su libertad. Porque lo contrario de la muerte no es la eternidad, sino el deseo. Y Eva, al escuchar la voz de la serpiente —su propia voz—, se convirtió en la primera en sentir la carencia que inspira el anhelo de verdad.

Eva no nos arrebató la inmortalidad, sino que nos la concedió. No la inmortalidad sin fisuras del Edén, sino aquella que arde en la pregunta. Nos dio la eternidad que no se mide en tiempo, sino en la libertad de buscar, en la inquietud de trascender lo dado. Lo que Eva nos legó no fue solo la muerte, sino el fuego inextinguible del deseo que alimenta nuestro amor a la vida.

15 Hildegarda de Bingen (1098-1179) fue una abadesa benedictina alemana. Compositora, escritora, filósofa, científica, naturalista, médica, mística, líder monacal y profetisa, es considerada la versión femenina de Leonardo da Vinci. El papa Benedicto XVI le otorgó el título de Doctora de la Iglesia en 2012. Es considerada una de las figuras más importantes en la historia de la emancipación de la mujer. Fue la primera persona en describir el orgasmo femenino, en 1151, y en afirmar que el placer sexual es de a dos. Buscó reivindicar la figura de Eva en

el relato del Génesis sosteniendo que lo que ocurrió en el Jardín del Edén fue culpa de Satán, no de Eva. Celoso de que ella tenía el poder de dar la vida, envenenó el fruto prohibido y Eva, tan humana como Adán, no pudo resistirse. «La mujer podrá estar hecha del hombre, pero el hombre no se puede hacer sin una mujer», afirmó.

16 Las cursivas acentúan un hecho decisivo para el sentido de este libro porque, aunque es cierto que Adán también arriesgó su inmortalidad probando el fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, el hecho de que, según el relato, haya sido Eva la que tomó esa decisión en una primera instancia es un detalle clave. En este caso, y en contraposición a la lógica formal, el orden de los factores sí altera el producto. Esto es, si Adán hubiese sido el primero en probar el fruto prohibido, yo no estaría escribiendo este libro.

17Michel de Montaigne, *Ensayos*.

18 «La mujer se fijó en que el fruto sí se podía comer, y que solo de verlo se le antojaba y daban ganas de alcanzar sabiduría. Arrancó, entonces, uno de los frutos y comió», dice la Biblia.

19 Arquetipo es el patrón ejemplar del cual se derivan otros objetos, ideas o conceptos. Es el modelo perfecto de algo.

20 Según la mitología griega, Epimeteo era un titán hermano de Prometeo. Su nombre significa «que reflexiona más tarde». Prometeo es la mente previsora, en tanto que Epimeteo es el que aprende de las consecuencias de las malas decisiones y no escucha los buenos consejos de su hermano.

21 Claude Lévi-Strauss, *Mitológicas*.

22 Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*.

23 Jorge Luis Borges, conferencia «La inmortalidad», en *Borges oral*.

24 Jorge Luis Borges, *El Aleph*.

25 «Nunca llega a ser coronado por la inmortalidad quien teme ir adonde le conducen voces desconocidas», dice John Keats.

III

Donde nace el asombro

Canto de Eva

No pediré permiso ni perdón,
no seré sombra sin rebelión.
Abrazo la duda, la enciendo y la nombro,
mi fe es la duda que arde con pasión.

Cargo el peso de quien arriesga,
no de quien teme y se repliega.
No esperes que me carcoma la culpa
ni que conjure la noche incierta.

Qué dulce el vértigo, qué tierna la herida:
caer para vivir,
desafiar al juez, abrir la jaula,
llevar la serpiente ceñida al alma.

Si Camus dice que hay que imaginarse a Sísifo dichoso, el desafío en este libro es imaginarnos a Eva filósofa. El propósito es desafiar la interpretación tradicional que nos presenta a Eva como débil, tentada y culpable. Esa Eva nunca me convenció. Pero no por una cuestión de simple gusto. El gusto es arbitrario y cambiante, como la música que nos acompaña en distintas etapas de la vida. A los veinte años Bach no me generaba nada; hoy, mientras escribo, su música me conmueve. ¿Quién sabe qué música escucharé mañana? El gusto es pasajero e insustancial: para el desafío de pensar se requiere otra fuerza, un impulso capaz de conducir la imaginación y la razón a un encuentro que dé a luz una nueva idea.

Y algo parecido pasa con el oficio de escribir. Bukowski[26] creía que para escribir es necesario sentir un fuego interno, un sol que arda en las entrañas buscando derramar su luz sobre las páginas escritas. Pero para escribir también hay que saber esperar, porque las ideas son como la comida: necesitan tiempo para alcanzar el punto justo para ser puestas sobre la mesa. Después serán saboreadas por quienes puedan o quieran. Como cualquier plato, las ideas no tienen por qué gustarles a todos por igual. Pero sí a quien las cocina; como los ingredientes de un plato exquisito, si uno no los combina con cuidado, los pensamientos pueden convertirse en una

avalancha de impresiones dispersas y sin sentido. El sol que arde en las entrañas puede iluminarnos, pero también enceguecernos.

No, la Eva débil, ingenua y culpable nunca me convenció. Al principio creí que el relato fue creado a partir de prejuicios machistas para afirmar la supuesta inferioridad de la mujer. Según esta narrativa, el sufrimiento en este valle de lágrimas es consecuencia de la culpa, la debilidad, el pecado de la primera mujer. Una narrativa que pretende reafirmar la superioridad intelectual y moral del varón, que debe ser protegida de la perniciosa influencia femenina. Si Adán fue seducido por la naturaleza antojadiza y transgresora de Eva, los varones deben cuidarse de no volver a ser embaucados por ninguna mujer. Este argumento es, desde luego, absurdo, pero no debemos desestimar el poder de lo absurdo para forjar creencias en el imaginario cultural. Nietzsche comprendió esto con claridad: «¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas, vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son».[27]

La primera chispa del fuego interno que describe Bukowski en su poema se encendió en mi adolescencia cuando leí el mito del Génesis por primera vez. Al principio solo sentí incomodidad, pero con el tiempo la incomodidad se transformó en cuestionamiento. Ya no me conformaba la explicación de que era un mito «machista», creado para culpabilizar y someter a la mujer. Sentía que el mito tenía una profundidad y una sutileza que no se condecían con un

propósito tan chabacano. Había algo en el relato que me llamaba la atención, algo en el personaje de Eva con lo que, de alguna manera, me sentía identificada. No sabía exactamente qué, pero sentía que había algo en su actitud que me seducía y me llamaba a querer parecerme a ella. La Eva débil, caprichosa, carente de voluntad y culpable me convencía cada vez menos. Tenía que haber otra manera de interpretar su desobediencia.

No sé si esta inquietud influyó en mi decisión de estudiar filosofía o si fue la filosofía la que avivó el deseo de resolver este enigma. Lo cierto es que la voluntad de reinterpretar el mito estaba latente en mí. Resonaba cada vez que me encontraba con Eva, reflexionando ya fuera sobre el feminismo, la condición de la mujer, la naturaleza del bien y del mal o el deseo humano de saber. Hasta que en un taller sobre Nietzsche experimenté ese instante en el que imaginación y pensamiento confluyen para revelarme la idea. La sensación fue de algo que decantaba lentamente en mí mientras pensábamos en los distintos significados de la serpiente que, junto con el águila, acompañó al profeta Zaratustra durante los diez años que vivió solo en las montañas.

Ambos animales simbolizan, en el pensamiento de Nietzsche, virtudes humanas fundamentales para tener una vida plena y significativa. El águila representa el orgullo o el amor propio, gracias al cual nos respetamos y practicamos el autocuidado. Los griegos llamaban a esta virtud «cuidado de sí» y la consideraban imprescindible para poder cuidar a otras personas. La serpiente, a su vez, simboliza la inteligencia para pensar críticamente y vencer los obstáculos, tanto externos como internos, que nos condenan a la pereza intelectual o a la complacencia. No basta con el águila para

escalar la montaña de nuestra existencia. Debido a nuestra humana vulnerabilidad, es fácil creer que nos estamos cuidando cuando elegimos no arriesgar, abandonar el ascenso hacia nuestra cima para resguardarnos en un refugio seguro y confortable. Es entonces cuando la serpiente nos muerde, para despertarnos del letargo y acordarnos de que debemos seguir andando si no queremos sucumbir a la mediocridad. La serpiente, como símbolo de la inteligencia, nos incita a cuestionarnos y superarnos. Por eso Zaratustra se apoya en un bastón en cuyo mango hay una serpiente enroscada a un sol; las ideas luminosas son concebidas por mentes inquietas mientras caminan.

En la interpretación tradicional del mito del Génesis la serpiente tiene un significado bien distinto. Como representación del mal, la serpiente busca introducir la muerte, el sufrimiento, el dolor y la angustia en el mundo, incitando a Eva a cometer el «pecado original». A diferencia de la serpiente amiga de Zaratustra, la de Eva es tradicionalmente considerada su acérrima enemiga. Una voz que la empujó a desafiar los límites que la contenían en el Paraíso. Una voz que provocó su caída. Una voz que Eva no debió escuchar.

Pero ¿qué tal si reescribimos el relato y contamos la historia de Eva, la primera en sentir el impulso de filosofar?

> El Paraíso era perfecto. Así lo decían. No faltaba nada y cada día transcurría en la armonía de lo eterno. Eva caminaba entre los jardines, envuelta en aquella plenitud concedida. Sin embargo, algo asomaba en su alma inquieta. No podía nombrarlo con certeza, pero lo sentía como una grieta imperceptible en la superficie de lo dado. Si todo estaba completo, ¿por qué la inquietaba esa sutil sensación de carencia?Las preguntas la

asaltaban en los silencios. ¿Qué es lo que no sé? ¿Qué hay más allá de lo que me han contado? ¿Es acaso la obediencia la forma más alta de la existencia? Aunque en el Paraíso no existía el cuestionamiento, solo el agrado, sin saberlo del todo, Eva había comenzado a dudar. Entonces la vio. La serpiente se deslizaba entre las ramas con la serenidad de quien posee un saber aún no revelado. No le inspiró temor, sino fascinación. Su mirada era profunda, como reflejando pensamientos largamente incubados. Y cuando habló, sus palabras no fueron extrañas, porque resonaban con algo que ella ya intuía.—¿Por qué no pruebas del fruto del árbol del conocimiento?Eva sintió el eco de la pregunta vibrar en su alma. Sabía la respuesta que le habían dado: porque está prohibido. Pero la voz de la serpiente despertó otra: ¿por qué lo está? ¿Qué peligro puede haber en conocer?La duda germinó en su pensamiento como una semilla que no podía ya ignorar. La serpiente no era su enemiga, sino su espejo. Le reveló lo que ella misma se había negado a aceptar: que la ignorancia impuesta es la peor condena. Que el verdadero paraíso no es aquel donde todo está dado, sino aquel donde todo está por ser descubierto. El fruto del árbol prohibido representaba el límite impuesto sin su consentimiento. Un límite absurdo: ¿por qué le estaba vedado alimentarse precisamente del árbol que parecía prometerle la plenitud que tanto ansiaba? ¿Acaso valía la pena la vida eterna libre de sufrimiento si para ello debía pagar el precio de su propia ignorancia?Entonces, Eva eligió. No por debilidad ni por antojo impulsivo, sino por el deseo de descubrir la verdad. La verdadera revolución no comienza con una espada, sino con una pregunta. Y la de Eva fue esta: ¿qué pasará si como del fruto del Árbol del

Conocimiento del Bien y del Mal?Rebelarse era necesario. Para alcanzar la verdad, debía enfrentarse no solo al mandato divino, a la ley impuesta, sino también a los miedos que anidaban en su propio mundo interior. El conocimiento y la libertad tienen un precio. Y Eva, a diferencia de quienes prefieren la gratuidad de lo dado al precio de un saber descubierto y conquistado, sintió que valía la pena pagarlo. En la mordida del fruto del árbol del conocimiento no hubo pecado, sino filosofía, esto es, amor a la sabiduría. Eva no cayó simplemente. Como un pájaro recién nacido, se lanzó en caída libre para desplegar sus alas y volar. Atravesó la comodidad del Edén para abrazar la incertidumbre de su humana existencia. Se convirtió en la primera en mirar el mundo sin la venda de lo impuesto, la primera en desafiar con el fuego de la razón las creencias limitantes que nos mantienen cautivos en la ignorancia.

Eligió la caída si eso le daba alas para pensar. Porque más que el confort del Paraíso, lo que colmaba el corazón de Eva era saberse libre, ardiendo en el fuego del pensamiento. De su gesto de rebeldía perspicaz nace el inconformismo que alimenta nuestra razón apasionada.

Porque filosofar es desear saber y desafiar los mandatos que impiden la comprensión. Filosofar es sentirse insatisfecho con lo dado y lanzarse a lo desconocido en busca del sentido. Y eso fue lo que hizo Eva. Con su gesto de rebeldía se convirtió en símbolo. No de la caída, sino del ascenso. No de la culpa, sino de la duda. No de la mancha del pecado, sino del coraje para rebelarse contra los preceptos que coartan la libertad para buscar la verdad.

Porque la verdad duele, pero la mentira nos condena a una muerte simbólica, una existencia atrapada en prejuicios que infunden miedo e impiden pensar en libertad. Buscando certezas, suelos firmes para compensar nuestra vulnerabilidad, corremos el riesgo de quedar atrapados en creencias que nos dan seguridad a cambio de la renuncia a cuestionarlas. Y es la serpiente quien rescata a Eva de esa muerte en vida. Una voz que le habla desde el fondo de su alma. Freud llamó a esta dimensión «el inconsciente». Comparó la mente humana con un iceberg; la parte visible representa la conciencia, la sumergida, mucho mayor, el inconsciente. Gran parte de nuestra vida psíquica permanece oculta y actúa sin que seamos conscientes de ella. El desafío es hacer consciente lo inconsciente, aprendiendo a escuchar las voces que emergen desde lo profundo del alma. Por eso Platón identificó la filosofía como «el silencioso diálogo del alma consigo misma».[28] Aunque es importante filosofar con otros, la filosofía nos exige ir al encuentro de la diversidad de voces que se expresan en nuestro mundo interior. Como cantó Walt Whitman, «soy inmenso, contengo multitudes».[29] El camino del autoconocimiento comienza con el descubrimiento de esa multiplicidad que nos habita. La diversidad, tan valorada hoy en día, empieza en uno mismo. Vano es el llamado a reconocerla y respetarla en los demás si no la reconocemos en nosotros mismos, antes que nada.

Existe un paralelismo entre la serpiente, concebida como una voz interior que interpela a Eva, y el *daimon* que interpelaba a Sócrates según los diálogos de Platón. En la cultura griega antigua, el *daimon* era una entidad ambigua y poderosa, situada entre los dioses y los humanos. No era una deidad en el sentido estricto, pero tampoco un

simple espíritu; se lo concebía, más bien, como una fuerza intermediaria, un guía interior que influía en la vida de cada individuo. En *Apología de Sócrates*,[30] Sócrates describe su propio *daimon* como una voz interna, una especie de brújula ética que lo guía en su actuar. No le infunde órdenes ni le ofrece un conocimiento positivo. El *daimon* no es una conciencia moral que dicta mandatos externos, sino una presencia íntima que le advierte a Sócrates cuando se aparta de lo que le dice su propia conciencia. No impone, sino que cuestiona, siembra la duda y nos empuja a revisar nuestros prejuicios y creencias para actuar conforme a la búsqueda de la autenticidad.

Al igual que el *daimon* socrático, la serpiente no le impone a Eva ningún mandato, sino que le susurra la posibilidad de cuestionar lo dado. No la obliga, no la manipula; simplemente le revela una posibilidad de la que, hasta entonces, no se había percatado. De esta manera, tanto la serpiente como el *daimon* son voces que emergen del inconsciente profundo, portadoras de un saber oculto en la sombra, en lo que tememos mirar. Son fuerzas que despiertan, que sacuden y desafían lo impuesto. En ese despertar, en esta ruptura con la complacencia se encuentra la verdadera libertad. Porque Eva, igual que Sócrates, escucha la voz y decide actuar aun sabiendo que cruzar ese umbral la alejará del mundo seguro y ordenado en el que vive. Ambos representan la figura del buscador, de quien elige la inquietud del conocimiento sobre la tranquilidad de la ignorancia.

Todos tenemos una serpiente, un *daimon* que nos llama y habla desde las profundidades de nuestro mundo interior. Algunos llaman a esta voz intuición, olfato, presentimiento, clarividencia. Pero la

pregunta es por qué algunos escuchan esa voz y otros no. ¿Por qué Eva y Sócrates y no Adán o Jantipa? Según la tradición órfica y pitagórica, si bien cada ser humano nace con un *daimon*, no todos lo escuchan. Algunos, por miedo, conformismo o apego a las normas establecidas, sofocan su voz y viven ajenos a su verdadero propósito.

Escuchar al *daimon* implica un acto de valentía, pues su llamado suele empujar a quien lo oye fuera de su zona de confort. La voz del *daimon* —como la de la serpiente— solo puede ser percibida por quienes están dispuestos a abrazar el vértigo de la verdad, por quienes están abiertos a sentir el placer que produce una nueva idea cuando anida en el alma y enciende una luz que nos permite ver con mayor claridad lo que estaba ahí, oculto tras la sombra, pero esperando el momento justo para darse a luz.

Como en el embarazo, la idea se gesta en nuestra interioridad, pero sin pertenecernos nunca del todo. No la hemos creado de la nada; más bien, ha encontrado en nosotros un espacio donde arraigar, crecer y expresarse. Su presencia es anterior a nosotros, nos antecede como una verdad que aguardaba el lugar y el tiempo adecuados para manifestarse. La voz del *daimon* es precisamente el susurro de esta idea que ya existía antes de que pudiéramos reconocerla y formularla. Pero para que anide en el alma hay que dejarla entrar, ser hospitalarios con ella para que encuentre en nuestra alma un terreno fértil donde echar raíces. Su presencia no se impone de inmediato; crece en el silencio, se alimenta de preguntas aún sin respuesta, se expande en la penumbra de lo no dicho esperando el momento para pronunciarse. «Todos los pozos profundos viven con lentitud sus experiencias», sentenció Nietzsche,

«tienen que esperar largo tiempo hasta saber qué cayó en su profundidad».[31] Su nacimiento no es siempre sereno; a veces duele, se resiste, nos exige atravesar el umbral del miedo y la incertidumbre. Parir una idea, como escuchar la voz del *daimon*, es dar vida a algo que transforma, que no nos deja iguales, que una vez dado a luz ya no puede ser ignorado.

El *daimon* es esa voz interior que, como la madre que siente a su hijo moverse dentro de ella, nos susurra que algo está tomando forma en nuestro interior. No siempre lo escuchamos con claridad, a veces nos cuesta reconocer su presencia entre el ruido del mundo, entre las distracciones y los miedos que nos anestesian. Pero él insiste. La idea que está por nacer late en lo más hondo, busca su salida, empuja contra las barreras de lo que creíamos saber. Y cuando finalmente emerge, cuando la pronunciamos o la escribimos, cuando la enfrentamos en toda su verdad, sentimos la sacudida de la revelación: hemos dado a luz algo que ya estaba ahí, que no nació con nosotros, pero que necesitaba de nosotros para poder emerger.

El nacimiento de una idea es un acto de creación, pero también de reconocimiento. No se trata solo de inventar, sino de des-cubrir, de correr el velo de lo que ya estaba, pero aún no se veía. No es casual que en griego la palabra *alétheia* signifique tanto «verdad» como «desocultamiento»: parir una idea es desvelar lo que estaba oculto, traer a la luz lo que permanecía en sombras. Escuchar al *daimon*, entonces, es atreverse a gestar lo que aún no tiene nombre, a cargar con la incomodidad de lo que crece dentro, a soportar el dolor necesario para darlo a luz. Lo que distingue a Eva y a Sócrates es su capacidad de escucharse a sí mismos. No buscan respuestas en otros ni se someten a verdades impuestas, porque comprenden

que la clave está dentro de ellos. No se paralizan por el miedo a desafiar las expectativas ni por dogmas que prometen certezas y seguridad a cambio de libertad. Saben que el camino es incierto y difícil, pero también que deben seguir la voz que los llama.

Por eso Eva muerde la fruta. Sabe que cruzar ese umbral tiene un precio —la expulsión del Paraíso, el castigo, la condena—, pero también que solo así puede abrirse paso hacia el conocimiento. Y lo hace a pesar de todo, aun sabiendo que su acto será interpretado como pecado y que su nombre cargará con siglos de «mala prensa». Sócrates también se mantiene fiel a su *daimon* incluso cuando ello significa una condena a muerte. Ambos eligen la incomodidad y el riesgo de buscar la verdad antes que el refugio de las certezas. Pero ellos también representan una incomodidad para quienes se resisten a despertar. Quien ha despertado expone a los que todavía sueñan. Por eso ambos son condenados.

La excepcionalidad de Eva y Sócrates también radica en su disposición a reconocer la falta y abrazar su vulnerabilidad. En vez de refugiarse en la ilusión de la autosuficiencia o culpar a otros por sus frustraciones y carencias, ellos escuchan su voz interior: Eva a la serpiente, Sócrates a su *daimon*. No temen reconocer lo que no saben, lo que aún no son. En lugar de culpar a Dios, a otras personas o a las circunstancias, asumen el reto de examinarse a sí mismos y tomar las riendas de su destino. Esa disposición a la introspección, esa atención a la intuición que los interpela los hace excepcionales. No huyen de la pregunta ni de la incertidumbre, sino que las convierten en un motor de búsqueda. Jung diría que ambos representan a quien emprende el camino del héroe, un viaje hacia el autoconocimiento, la integración de la sombra, la superación de

limitaciones y la construcción de una identidad más auténtica. Ser héroe no es grandeza épica, sino valentía para cuestionarse, aprender y evolucionar.

Así, si hay castigo en el destino de Sócrates y Eva, también hay salvación. La serpiente y el *daimon* liberan a Eva y a Sócrates de una existencia sin preguntas ni evolución. Les muestran que pueden pensar y elegir, ser más que meros habitantes de una realidad servida en bandeja. Lejos de ser símbolos de engaño o perdición, la serpiente y el *daimon* representan la inquietud filosófica que impulsa el pensamiento crítico y hace que la vida, aunque más difícil, sea plenamente humana.

La serpiente y el *daimon* nos desarraigan del confort de las certezas y nos afirman en la incertidumbre de la búsqueda. Rompen la inercia de lo dado, cuestionan lo incuestionado y nos obligan a atravesar el velo de Maya para poder descubrir lo que hay más allá. Despiertan la voluntad de saber, el coraje de elegir y la urgencia de ser. Simbolizan lo que, al mismo tiempo, inquieta y libera. Porque vivir sin pensar es un letargo ciego disfrazado de bienestar, y solo con los ojos bien abiertos podemos sentir la experiencia de la vida.

Eva, «la que da vida», es la primera en dar a luz, pero no solo en el sentido biológico. Su primer gesto dador de vida es mucho más profundo aún: ella da a luz la conciencia que nos caracteriza como humanos. Mientras que muchos animales poseen conciencia en el sentido de percibir el mundo, experimentar emociones y responder a estímulos, los seres humanos somos los únicos que podemos reflexionar sobre lo que significa existir en esta vida como humanos. Nuestra autoconciencia nos permite no solo percibir el mundo, sino interrogarnos sobre él, trascender lo inmediato y construir narrativas

que dan forma a nuestra identidad. Es esta inquietud intelectual la que nos define: no nos conformamos con lo dado, sino que buscamos comprenderlo, transformarlo y, en última instancia, otorgarle significado.

Como la serpiente con su piel, Eva da vida a esta nueva manera de estar en el mundo a través de un cambio en su alma. El diálogo con la serpiente es el momento crucial de este despertar. La serpiente, símbolo del conocimiento, la incita a ver más allá de la armonía estática del Edén. En ese instante Eva ya no es solo una criatura que disfruta de lo dado, sino una que se interroga, que siente la incompletud que la lleva a cuestionarse y pensar.

Eva fue la primera en sentir el deseo de saber. No Adán, no un hombre, sino una mujer. En el Paraíso, donde todo parecía colmado, fue ella quien sintió la carencia, quien cargó con el peso de la pregunta. No se conformó con lo dado, con lo impuesto, con la pasividad de una existencia sin cuestionamientos. Fue Eva quien dialogó con la serpiente, quien abrió la grieta en la obediencia, quien se atrevió a cuestionar el mandato. En su impulso de conocer, de ver más allá de los límites establecidos, se anticipa a Sócrates, a Descartes, a todos aquellos que luego buscarían la verdad a través del asombro y la duda. Pero ella fue la primera. Y fue una mujer. La historia la condenó por ello, la religión la convirtió en un símbolo de culpa, pero ¿qué revela el mito si no que la chispa del pensamiento, la rebelión contra la ignorancia brotó primero en la mente de una mujer? No es la tentación lo que movió a Eva, sino la sensación de que había algo que no cerraba, la intuición de que la apacibilidad sin conciencia no es bienestar sino inercia. Su acto es el primer acto filosófico de la humanidad, de esto no cabe ninguna duda. Porque

fue Eva la primera en querer saber, en elegir la búsqueda de la verdad sobre el acatamiento sumiso de lo dado. Y, también, porque fue Eva la primera en descubrir que «hay un placer en la filosofía».[32] Mucho antes de que Pitágoras se autodenominara filósofo, Eva ya experimentaba el gozo liberador de poder pensar:

> Ese árbol no es, como se nos ha dicho, un árbol cuyo fruto peligroso abre una senda de males desconocidos al que lo gusta, sino que, por el contrario, su efecto es divino: abre los ojos y transforma en dioses a los que lo prueban [...] mis ojos, antes turbados, están ahora más abiertos, mi espíritu más despejado; más amplio mi corazón, me elevo a la divinidad [...] no es la muerte lo que siento en mí, sino la vida aumentada, la vista más penetrante, nuevas esperanzas, nuevos goces, un sabor tan divino, que todas las dulzuras que antes halagaban mis sentidos me parecen ahora, comparadas con él, ásperas e insípidas.[33]

Entonces, ¿cómo no imaginar a Eva filósofa?

26 Charles Bukowski, «¿Así que quieres ser escritor?».
27 Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*.
28 Platón*, Fedon*.
29 Walt Whitman, «Canto a mí mismo».
30 Platón, *Apología de Sócrates*.
31 Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.
32 Will Durant, *La historia de la filosofía*.
33 John Milton, *El paraíso perdido*.

IV

El susurro de la serpiente

Y así vemos ya más claramente la condición de la filosofía: admiración, sí, pasmo ante lo inmediato, para arrancarse inmediatamente de ello y lanzarse a otra cosa, a una cosa que hay que buscar y perseguir, que no se nos da, que no regala su presencia. Y aquí empieza ya el afanoso camino, el esfuerzo metódico por esta captura de algo que no tenemos, y necesitamos tener, con tanto rigor, que nos hace arrancarnos de aquello que tenemos ya sin haberlo perseguido.

María Zambrano

Eva no se encontró con la serpiente por casualidad; fue el destino de quien busca más allá de lo dado. No la vio con temor, sino con el desconcierto de quien percibe una grieta en la realidad. En el Edén todo parecía responder a una armonía incuestionable, pero la aparición de la serpiente rompió ese equilibrio. Le habló con una cadencia distinta, con palabras que no imponían sino sugerían, con una verdad que no era orden sino posibilidad. El asombro fue su primer paso hacia la filosofía: el momento en que intuyó que el mundo podía ser algo distinto de lo que le habían contado.

La serpiente no fue una amenaza, sino un detonante. Al verla, Eva experimentó la extrañeza de lo distinto, el primer temblor de la duda. ¿Por qué esa criatura hablaba con un lenguaje diferente? ¿Por qué sus palabras no imponían certezas, sino sugerían posibilidades?

El asombro de Eva fue el inicio de su emancipación. No fue un mero capricho sino el despertar de la tendencia humana a filosofar: la voluntad de cuestionar lo dado, la necesidad de abrir los ojos a lo que hasta entonces había permanecido vedado.

El asombro no es solo la reacción ante lo inesperado; es la fisura en la percepción de la realidad por la que se filtra la posibilidad de un nuevo conocimiento. Karl Jaspers señaló que el asombro es uno de los orígenes de la filosofía, el punto de partida en el que la mente despierta ante lo desconocido y se comienza a preguntar. Y en el

Edén Eva fue la primera en experimentarlo. Su mirada se alzó más allá del horizonte de lo obvio vislumbrando algo que se debatía en su propio mundo interior, esa grieta por la que asomaba la duda que disparaba la pregunta: ¿es esta la única realidad posible?

El asombro es la regla en la infancia y la excepción a medida que crecemos. Los niños no se encuentran aún bajo el yugo de las creencias limitantes. Contemplan el mundo sin prejuicios, abiertos a las sorpresas que este les ofrece. Mientras el ojo infantil da libertad a lo que observa, el del adulto percibe las cosas —desde una luna llena hasta un árbol, una tortuga marina, una estrella fugaz o un poema de Cortázar— cargadas de un significado preestablecido. Los niños habitan un universo de posibilidades y los adultos, un sistema de expectativas.

Pero la búsqueda de la verdad exige recuperar la capacidad de asombro que poseíamos cuando éramos niños. Por eso Nietzsche identificó al superhombre con un niño[34] y Einstein imaginó la condición humana a través de la parábola del niño en una inmensa biblioteca:

> Estamos en la posición de un niño pequeño, entrando en una enorme biblioteca cuyas paredes están cubiertas hasta el techo de libros en muchos idiomas diferentes. El niño sabe que alguien debió haber escrito esos libros. No sabe quién ni cómo. No entiende los idiomas en los que están escritos. El niño observa un plan definido en la organización de los libros, un orden misterioso, el cual no comprende; un orden misterioso que no entiende, pero apenas sospecha sutilmente. Esa, me parece, es la actitud de la mente humana, incluso de la más grande y la más culta, hacia

> Dios. Vemos un universo maravillosamente organizado, obedeciendo ciertas leyes, pero solo entendemos las leyes vagamente. Nuestras mentes limitadas no pueden escrutar la fuerza misteriosa que balancea las constelaciones.

La metáfora de Einstein nos coloca en una posición de asombro y humildad ante el universo. Por más ilustrada que sea nuestra mente, seguimos siendo como ese niño pequeño dentro de la biblioteca, incapaces de comprender del todo los libros y las lenguas en las que están escritos. Aunque el niño intuye un orden, no puede descifrarlo del todo. Esta metáfora ilustra nuestra relación con el conocimiento y la realidad: percibimos patrones, construimos categorías, intentamos comprender el universo que nos rodea. El problema es que nunca logramos descifrarlo del todo. La fuerza misteriosa que ordena el universo es inasible, más poderosa que nuestro entendimiento. Se nos revela fugazmente, como el sol al atardecer: brilla un instante y luego se oculta, dejando tras de sí el anhelo imposible de retenerlo. Nos atrae lo que se escapa, lo que nunca poseemos del todo: la belleza, la verdad, el sentido. Sin embargo, esta fascinación convive con nuestro deseo de control, con la necesidad de comprender, de predecir, de poseer lo valioso. Nos debatimos en esta contradicción: nos seduce lo huidizo, pero nos angustia la falta de control. Y en ese afán de dominio, en la construcción de certezas que nos den seguridad, sacrificamos poco a poco la capacidad de asombro, volviéndonos cada vez menos sensibles a la maravilla del mundo.

Así, a medida que crecemos va disminuyendo nuestra capacidad de asombro. Queriendo dar sentido al mundo, nos aferramos a creencias y narrativas que nos brindan seguridad. Clasificamos,

categorizamos y etiquetamos «los libros» para sentir que tenemos el control. Nos aferramos a relatos que nos ofrecen estabilidad. Queremos pensar que podemos diferenciar entre bien y mal, entre mentira y verdad, y conocer el sentido de todo lo que existe. Nombramos las cosas y nos aferramos a la ilusión de que esos nombres capturan su verdadera esencia. Como si las palabras fueran espejos que capturan la verdad de lo que designan. Creemos que el mundo es nuestro texto, nuestras categorías, nuestra construcción. Que no hay leyes ni orden misterioso detrás de lo que existe y que las páginas de los libros están en blanco para que podamos escribirlas según nuestro propio deseo y criterio.

Desconfiamos de quienes dicen «no sé» y ¡ni hablar de quienes piensan lo contrario! Si antes los arrastrábamos a la cárcel, al reformatorio o al hospital psiquiátrico, hoy los mecanismos de exclusión son más sutiles, pero no por ello menos violentos. Ahora, en lugar de castigos físicos o institucionales, recurrimos a la invisibilización, el aislamiento digital y la condena social. Ghosteamos, funamos, cancelamos. Expulsamos de la conversación a quienes piensan distinto, a quienes desafían las certezas del momento, a quienes cuestionan lo establecido como verdad. Y lo hacemos en nombre del bien, convencidos de que estamos del lado correcto de la historia. No es difícil entender por qué ocurre esto. La cultura de lo «políticamente correcto» nació como un esfuerzo necesario para corregir siglos de exclusión, discriminación e injusticia. Nos ha permitido generar mayor conciencia sobre el impacto del lenguaje, visibilizar opresiones históricas y dar voz a quienes antes no la tenían. Pero cuando la búsqueda de mayor equidad se transforma en un régimen de vigilancia ideológica,

cuando la corrección se impone como un dogma que no admite disidencia, el terreno que se pisa es peligroso. Entre la legítima lucha por la justicia y la imposición de un pensamiento único que silencia todo matiz hay una delgada línea roja en la que el respeto puede volverse censura y la inclusión, una nueva forma de exclusión. La paradoja es evidente: en nombre de la diversidad, a menudo acabamos exigiendo uniformidad; en nombre del respeto, terminamos imponiendo miedo a hablar; en nombre de la justicia, legitimamos castigos sin juicio ni derecho a réplica. En este clima, el disenso deja de ser un motor de pensamiento y se convierte en un riesgo a evitar. Callar se vuelve prudente. La autocensura, un acto de supervivencia. Así, lo «políticamente correcto», que nació como una herramienta para proteger a los más vulnerables, puede convertirse en una nueva ortodoxia que margina a quienes no encajan en su marco de interpretación.

Pensar es arriesgado. Siempre lo ha sido. La historia nos lo recuerda con nombres de perseguidos y exiliados, de herejes y rebeldes, de filósofos condenados al silencio. Hoy, el castigo es distinto pero el principio es el mismo: la disidencia incomoda, la duda inquieta, la ambigüedad molesta. Por siempre va a resonar el poema de R. D. Laing: «Están jugando un juego. Están jugando a que no juegan un juego. Si les demuestro que veo que están jugando, romperé las reglas y me castigarán. Debo jugarles el juego de no ver que veo el juego».[35] ¿Quién no se sintió alguna vez identificado con esto? Jugamos a que sabemos cuál es la manera correcta de jugar; esta es la primera regla que debemos acatar para poder participar en el juego. Y quien la cuestione o proponga una nueva es castigado. Olvidamos que, como en todos los juegos, las

reglas las creamos nosotros. Y que siempre podrían ser otras. Y que para no acabar siendo las piezas del juego —en vez de la mano que las mueve— debemos tener la libertad para imaginar, crear y proponer formas alternativas para jugar. Pero es más cómodo ser la pieza que ser la mano. Porque mientras las piezas son dirigidas, la mano debe elegir y esto a veces puede significar ir contra las reglas, hacernos responsables de las decisiónes que tomamos y arriesgarnos a ser castigados. Por eso no sorprende que muchos sientan miedo y busquen adaptarse a las reglas, mientras solo unos pocos se atreven a desafiarlas cuando resultan falsas o injustas.

En una época en la que la virtud por excelencia es el optimismo, no es extraño que el rechazo a lo que consideramos incorrecto o injusto brille por su ausencia. Hoy hay que «ser positivo», ver «el vaso medio lleno» so pena de ser tildado de «pesimista», «fracasado» o, lisa y llanamente, «infeliz». Se dice que si el vaso está mitad lleno o mitad vacío no depende de ninguna realidad objetiva, sino de nuestra voluntad de verlo de una u otra manera. Y si no podemos evitar verlo mitad vacío tenemos un problema. Pero no hay que desesperar: existen recetas, métodos, teorías, cursos y gurús que nos pueden enseñar a ser más «positivos». Basta con tener un perfil en alguna red social o comprar un curso, un tutorial o una aplicación a precios adaptados a cada bolsillo para aprender a aceptar las reglas de juego y adquirir la tan anhelada «felicidad».

En la sociedad del exceso de positividad, en la que la virtud se equipara con la actitud optimista y proactiva, todo parece estar al alcance de nuestra gestión emocional: la tristeza, la angustia, el miedo. Como si el malestar fuera un error de programación, un fallo a corregir, y no un aspecto fundamental de la existencia. Pero esta

visión no solo es ingenua, sino también peligrosa. No podemos —y tampoco debemos— pretender manipular la realidad para que se adapte a nuestro bienestar. A veces la realidad duele, y es necesario que duela. Porque solo al confrontarnos con lo que nos hiere podemos reconocer nuestras sombras; solo en la fricción con lo incómodo podemos denunciar lo que está mal en el juego de la vida.

Es irónico que en una época que exalta la máxima de Nietzsche —«lo que no me mata me fortalece»— se conciba el sufrimiento, la incomodidad y la angustia no como experiencias transformadoras, sino como síntomas de una vida mal gestionada. Pero la verdadera fortaleza no consiste en evitar el dolor, sino en atravesarlo, sostenerlo, dejar que nos revele lo que debemos cambiar. Porque la superación no es un acto de domesticación emocional, sino una confrontación real con lo que nos desafía. Y es en esa confrontación donde no solo nos transformamos a nosotros mismos, sino también donde podemos cambiar las reglas del juego.

Cada vez nos acercamos más a la afirmación de Protágoras «el hombre es la medida de todas las cosas». Su pensamiento —chabacanamente interpretado— resuena hoy con más fuerza que nunca. En lugar de concebir el universo como la gran biblioteca de la metáfora de Einstein, ordenada por un misterio que nos excede, preferimos creer que la realidad es creada, definida y estructurada por nuestra propia mente. Creemos que podemos ordenar los libros a nuestro antojo, según nuestras creencias, intereses y marcos de referencia políticos, económicos, estéticos o científicos. Esta visión nos seduce porque nos da la ilusión de control, pero también socava nuestra capacidad de asombro. Descartamos la posibilidad de que existan libros aún incomprensibles, que nos desafían, que nos

insinúan la existencia de algo más allá de nuestras limitadas categorías. La «cultura positiva» nos protege del vértigo de la incertidumbre, pero también nos priva del asombro ante un universo que sigue siendo tan vasto como indiferente a nuestros propósitos.

La capacidad de asombro no es un sentimiento pasajero, sino una forma de estar en el mundo: con la mirada abierta, con la certeza de que siempre hay algo aún por descubrir. El asombro se alimenta del enigma. Nos sorprende lo incierto, lo desconocido, lo imprevisto. Solo se asombra quien nada en el mar de la incertidumbre, quien sospecha que hay muchas islas, muchos puertos, y aún no sabe en cuál recalar. Quien se siente como el niño en la metáfora de Einstein, rodeado de libros que todavía no comprende. Sin referencias ni referentes definitivos: con un mundo de posibilidades desplegándose ahí, abierto a ser examinado y descifrado. El asombro nace de la conciencia de que existe una grieta, algo que no termina de cerrar en lo que pensamos, observamos y sentimos.

Y esa grieta se abre en el alma de Eva en el momento en que se encuentra con la serpiente:

> ¿Qué oigo? ¿El lenguaje del hombre, el pensamiento humano, expresado por la lengua de un bruto? Yo estaba en la creencia de que no se había concedido la palabra a los animales y de que Dios los había hecho mudos el día de su creación, impidiéndoles la articulación de los sonidos. Bien, es verdad que en cuanto al pensamiento tenía mis dudas, porque a menudo se perciben destellos de razón en las miradas y en las acciones de las bestias. A ti, serpiente, te conocía como el más sutil de los animales de los campos, pero ignoraba que estuvieses dotada de la voz humana.

> Repite, pues, ese milagro, y dime cómo es que, siendo antes muda, hablas ahora y en qué consiste que me demuestres más afección que el resto de la especie irracional que se ofrece diariamente a mi vida. Dímelo, porque semejante maravilla llama, como es natural, toda mi atención.[36]

La biblioteca del Edén no era un lugar de incertidumbre. Allí, Adán y Eva no necesitaban leer los libros ni descifrar sus enigmas. Conocían su contenido porque su autor, Dios, se los había revelado. No había preguntas sin respuesta ni misterios que desentrañar. El Paraíso no era un espacio de descubrimiento, sino de obediencia. Las leyes divinas no debían ser comprendidas, sino acatadas. En el jardín del Edén reinaba la calma inmutable de las certezas.

Sin embargo, cuando Eva se encuentra con la serpiente se prende una luz distinta, algo cambia. Eva se asombra: percibe una anomalía, algo que no esperaba y que abre una grieta en el orden perfecto que reinaba en el Paraíso. Y siente que ha llegado el momento de dejar de escuchar lecturas ajenas; no quiere que le sigan leyendo los libros, quiere abrirlos y leerlos ella misma.

Pero ¿por qué?

Si en el Edén las respuestas estaban al alcance de la mano, si Dios les narraba el mundo sin exigirles el esfuerzo de comprenderlo, ¿por qué arriesgar la comodidad de las respuestas dadas por la inquietud de la búsqueda? Y, más aún, ¿por qué fue Eva, y no Adán, la primera en presentir que existía un misterio detrás de esa realidad perfectamente ordenada que se desplegaba ante ella?

La diferencia entre Eva y Adán radica en una experiencia profundamente filosófica: la sensación de carencia. Mientras Adán se

sentía conforme en la seguridad del Paraíso, Eva experimentó una inquietud, una grieta en la aparente plenitud edénica. En su interior comenzó a resonar una inquietud que siglos después Sócrates plasmaría en una de las máximas más célebres de la historia de la filosofía: «Solo sé que no sé nada». Sócrates vivió en un mundo plagado de certezas impuestas, donde los sofistas dominaban la escena intelectual de la Atenas de su época. En una democracia floreciente, la retórica y la persuasión eran esenciales para la vida social y política. Y, así, los sofistas se erigieron como los grandes maestros de la oratoria. Ellos enseñaban que la verdad es relativa y que la realidad podía ser interpretada de distintas maneras según la habilidad de quien argumentara. No buscaban la verdad en sí misma, sino la eficacia del discurso, formando a jóvenes aristócratas en el arte de convencer y triunfar en los debates públicos. Su prestigio era inmenso, pues dotaban a sus alumnos de un poder político invaluable: la capacidad de influir en la opinión de los demás.

Pero Sócrates no se conformó con este relativismo. Él pensaba que la verdadera sabiduría no consistía en construir discursos persuasivos, sino en reconocer la propia ignorancia y buscar un conocimiento auténtico. Su sabiduría era una herida: la conciencia de que le faltaba algo. Proclamaba que su única certeza era saber que no sabía y que el saber no consiste en la creación de un discurso o un argumento convincente, sino, como el niño en la biblioteca, en dejarse sorprender por un universo que nos invita a descifrar su enigma. Sócrates comprendió que la realidad, igual que nuestra propia existencia, nos es dada antes de que podamos conocerla y categorizarla. De ahí que Heidegger, un pensador que

difícilmente podríamos llamar socrático, haya concebido una idea sorprendentemente afín: «*Denken ist danken*».[37] Pensar no es apropiarse de la realidad, sino descubrir el don que nos permite reconocer el misterio que subyace en el orden de la naturaleza, asombrarnos ante él y sentir el impulso de revelarlo. En este sentido, «pensar es agradecer» implica una actitud de humildad ante esa fuerza misteriosa que rige las leyes del universo. La misma actitud que encontramos en Sócrates cuando afirma «solo sé que no sé nada».

Esta misma actitud se refleja también en Eva cuando escucha la voz de la serpiente y dialoga con ella. Su gesto no es un acto de rebeldía caprichosa, sino una respuesta a la conciencia de su propia falta de conocimiento. Al detenerse a escuchar a la serpiente y sentir el impulso de probar el fruto del árbol del conocimiento, Eva se coloca en la posición del niño en la metáfora de la biblioteca de Einstein. El gesto de Eva es de gratitud en el sentido heideggeriano: agradecer el pensamiento no es solo aceptar lo que nos ha sido dado, sino reconocer que hemos recibido la capacidad de cuestionar, de buscar, de asombrarnos ante el misterio de lo desconocido. Eva no rechaza el mundo en el que ha sido colocada; por el contrario, su inquietud nace de la contemplación de su inmensidad, del asombro que esta le provoca y de la apertura a la posibilidad de comprenderla mejor. Al probar el fruto, no se adueña del conocimiento como quien se apodera de un objeto cualquiera, sino que lo recibe como quien reconoce el valor del don recibido. Así, su gesto no es soberbio, sino humilde: solo quien reconoce su propia falta puede sentir el deseo de conocer. Pensar es agradecer porque es admitir que no nos bastamos a nosotros mismos, que el mundo nos desborda y nos

interpela y que el conocimiento es un don que solo podemos recibir en la medida en que estemos dispuestos a buscarlo.

Eva no se contentó con ser feliz. Prefirió tener la razón,[38] porque aquella felicidad apacible, sin la conmoción del asombro, no le alcanzaba. Aunque se encontraba en una biblioteca perfectamente ordenada, Eva sentía la necesidad de saber cuál era el sentido, el fundamento de ese orden. Sospechaba que detrás de todo lo dado como obvio existía algo más. Antes que Pitágoras y Sócrates, Eva experimentó la sensación de carencia y fue impulsada por el deseo de saber. Porque si la filosofía comienza con la sospecha de que la realidad esconde significados más profundos, Eva intuyó que detrás del acatamiento de una verdad incuestionada yace la condena de la ignorancia. Su asombro ante la aparición de la serpiente no fue una mera reacción pasiva ante lo imprevisto, sino el preámbulo de un acto de resistencia intelectual. Fue el instante en que comprendió que su inquietud, su sensación de incompletud, era el síntoma de un saber profundo asentado en su alma. La ignorancia es la noche sin estrellas de la mente y, aunque su peso es una carga, solo la lleva quien no la siente.

En definitiva, somos seres habitados por una contradicción profunda: nos atrae lo que se nos escapa, lo que nunca podemos poseer del todo —la belleza, la verdad, el sentido—, pero al mismo tiempo necesitamos certezas que nos anclen, estructuras que nos den seguridad. Queremos comprender, predecir, controlar, y sin embargo nos fascina lo inasible, lo que deslumbra solo por un instante antes de desvanecerse. Sostener esta tensión sin quebrarnos es nuestro mayor desafío: aferrarnos a narrativas que nos brinden estabilidad sin perder la capacidad de asombro,

encontrar refugio en el conocimiento sin apagar la chispa de la incertidumbre. No se trata de elegir entre el orden y el misterio, sino de habitarlos a ambos sin que el miedo a lo desconocido nos robe la maravilla de lo que aún no comprendemos.

Eva no solo comió del fruto prohibido, sino que primero se atrevió a mirar el árbol con curiosidad, a escuchar la posibilidad de otra verdad, a sentir en su interior el anhelo de comprender. No aceptó el mundo tal como le había sido entregado, sino que se permitió dudar, maravillarse, reconocer el don recibido de pensar. Y entonces dijo: «El bien que no se conoce no se posee, o si se posee, como continúe desconocido, es lo mismo que no existiera».[39]

Roberto Juarroz[40] escribió que «hay palabras que son como una fiesta que cae del asombro de los pájaros», y las de Eva son precisamente eso. Las fiestas interrumpen la lógica de la productividad, desarticulan el tiempo del rendimiento y la utilidad. No sirven para nada, salvo para ser disfrutadas. Son tiempo pleno, gozo que se justifica a sí mismo. La fiesta es un paréntesis sublime en el mecanismo del mundo, un tiempo más allá del tiempo. Celebramos fiestas porque son buenas y porque no tienen otro propósito que ser disfrutadas. Las fiestas son un bien en sí mismo. Y lo mismo ocurre con la búsqueda de la verdad. El conocimiento no puede comprarse, no se mide en pérdidas y ganancias. Su costo no es monetario, sino personal: esfuerzo, entrega, una pasión inagotable por descubrir lo que se oculta detrás de las apariencias. Nadie puede recorrer ese camino por nosotros. Sin una motivación profunda, incluso el conocimiento más prestigioso se vuelve estéril; no transforma, no sacude, no ilumina.

Desde la caída del Paraíso los seres humanos ansiamos recuperar aquella seguridad perdida. Hoy ese deseo se manifiesta en la creación de algoritmos, tutoriales y aplicaciones que nos dan las respuestas servidas en bandeja. La inteligencia artificial responde nuestras preguntas antes de que podamos formularlas con claridad. Los influencers simplifican teorías complejas en recetas de contenido fácilmente digerible. Las plataformas de aprendizaje prometen el dominio de una disciplina en cursos y tutoriales exprés. En lugar de una divinidad que nos dicta la verdad, hoy tenemos un sistema «inteligente» que la empaqueta y nos la entrega pronta para utilizar. El deseo de acceder al conocimiento sin esfuerzo no es una tendencia moderna; es una constante en la historia de la humanidad. Adán y Eva tenían a Dios para eximirlos de la duda y del esfuerzo para descubrir la verdad; nosotros hemos creado una maquinaria de accesibilidad absoluta que nos promete un retorno a aquel Paraíso perdido. No queremos perdernos en los laberintos de la duda, queremos respuestas inmediatas. No queremos leer, queremos resúmenes. No queremos pensar, queremos soluciones.

Así, en un mundo en el que todo parece reducirse a precio, utilidad y consumo, Eva nos enseña que el deseo de saber se resiste a esta lógica del rendimiento. El conocimiento no es un medio, sino un fin en sí mismo. Y ese es su verdadero encanto: aunque no sirva para nada, la verdad es, *per se*, siempre buena.

Por eso deberíamos celebrar la capacidad de asombro de Eva. Porque al probar del fruto prohibido nos dejó una enseñanza invaluable: el mensaje de que la verdad no se busca por conveniencia ni por recompensa, sino porque vale por sí misma,

aunque duela. Eva nos enseñó que lo bueno no siempre es sinónimo de lo fácil, lo cómodo, lo útil o lo que nos exime del sufrimiento.

En un tiempo en el que la lógica positiva nos vende la ilusión de que todo malestar puede ser erradicado, que la felicidad es un estado alcanzable con una actitud positiva y que el dolor es un obstáculo que puede ser sorteado con la sola voluntad, Eva nos deja un recordatorio tan incómodo como necesario. Su historia nos revela la falacia escondida detrás de esta mentalidad: la vida no es una línea ascendente de bienestar ni un camino recto hacia la autosuperación. Es también vértigo y caída, avance y retroceso, un equilibrio frágil entre placer y dolor. Estamos sostenidos por una oscilación constante, como el trazo de un electrocardiograma: si la línea se vuelve recta, significa que la vida ha terminado.

Por eso Eva nos devuelve el derecho a la inquietud y al asombro. Nos enseña que lo bueno no siempre es útil o placentero y que la verdad, aunque duela, siempre libera. Eva rompió las reglas del juego. Como en la metáfora de Laing, se negó a jugar el juego de fingir que no veía la injusticia o la mentira, de aceptar sin cuestionar, de obedecer sin comprender. Se atrevió a ver y a actuar conforme a lo que vio.

Pero en su desobediencia nos dejó una lección que sigue resonando hasta el día de hoy: a veces no basta con jugar a no ver el juego. A veces hay que denunciarlo. Porque solo así es posible cambiar las reglas del juego de la vida.

34 «Pero decidme, hermanos míos, ¿qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha podido hacer? ¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño? Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí. Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí: el espíritu quiere ahora su voluntad, el retirado del mundo conquista ahora su mundo». Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.

35 Ronald David Laing, *Nudos*.

36 John Milton, *El paraíso perdido*.

37 «Pensar es agradecer».

38 En alusión al dicho popular ¿qué preferís, tener la razón o ser feliz?

39 John Milton, *El paraíso perdido*.

40 Roberto Juarroz (1925-1995) poeta y bibliotecario argentino

V

DEL PARAÍSO A LA DUDA

Anhelaba conectarme con algo más grande que yo misma,
reflexionar sobre la realidad y mi lugar en ella.
No estaba buscando un dios personal.
Buscaba la verdad,
que no me prometía un universo que me complaciera,
sino uno que fuera real.

Regan Penaluna[41]

Durante siglos se ha dicho que Eva cayó por debilidad. Que no tuvo la fortaleza para resistirse a la serpiente, que fue demasiado frágil para discernir por sí misma, que su culpa no fue la de una rebelde consciente, sino la de una víctima ingenua de un engaño, incapaz de resistirse a las artimañas de una voluntad malvada que abusó de su inocencia. Su acto ha sido tradicionalmente interpretado como el síntoma, la prueba de la debilidad femenina, de la incapacidad de las mujeres para ser independientes, confiar en sí mismas y hacerse cargo de sus decisiones. Este estereotipo de la debilidad femenina hizo de fundamento a una estructura paternalista que mantuvo a la mujer históricamente bajo tutela. Se la consideraba incapaz de resistir las tentaciones, proclive a la manipulación y el error, por lo que debía ser cuidada, resguardada, conducida por una voluntad más fuerte, más racional, más moral: la del varón. Pero su protección era, al mismo tiempo, su limitación. No podía tomar decisiones sin supervisión, no podía gobernarse a sí misma: la historia de Eva ilustraba lo que sucede cuando una mujer actúa por cuenta propia. El hombre, el guardián, el protector debía asumir el rol que Adán no supo jugar en el Edén: evitar que la mujer cayera en el error. Hoy, esa misma figura de la mujer víctima sigue persistiendo, aunque bajo otras narrativas menos explícitas. Ya no tanto como la débil protegida, sino como la oprimida sistémica.

Desde algunas perspectivas —muy en boga—, la mujer no solo es víctima de los hombres, sino de todo un orden patriarcal que la somete, la silencia, la reduce a un objeto. Si antes era una criatura frágil a la que había que proteger de sí misma, ahora es una víctima estructural que necesita ser salvada de un sistema opresor. En ambos casos, la mujer sigue definida por lo que le hacen, no por lo que hace ella misma. Por lo que sufre, no por lo que elige. La mujer es, en última instancia, alguien que necesita ser protegida o defendida, pero no alguien capaz de liberarse a sí misma.

Paradójicamente, en una época en la que el poder individual es tan estimado y promovido, esta noción aún no parece aplicarse del todo a la mujer. Bajo el yugo del estereotipo de la mujer víctima, las mujeres todavía seguimos viéndonos como alguien que necesita ser rescatada: del hombre que busca someternos, de la cultura patriarcal que nos reprime, incluso de otras mujeres que, atrapadas en la misma narrativa, refuerzan la idea de que sin custodia —del Estado, de las comunidades y los colectivos feministas, de las normas de «corrección política»— nuestras posibilidades se ven coartadas, como si nuestra autonomía dependiera siempre de una instancia superior que nos garantice protección y reconocimiento, en lugar de nuestra propia capacidad de acción y autodeterminación. Mientras nos sigamos definiendo por lo que nos oprime y no por lo que somos capaces de hacer, difícilmente encontraremos el poder de la autonomía ni escucharemos nuestra propia voz para construir la vida que elegimos. Si nuestra identidad queda atada a la condición de víctimas del poder represor del varón, estaremos condenadas a vivir a la defensiva, a reaccionar en lugar de actuar. La indignación y el enojo ante la injusticia son necesarios. Sin ellos, no hay chispa

que encienda la voluntad de transformación, no hay despertar ante lo que debe ser cambiado. Pero sentir indignación no es suficiente. La reacción impulsiva puede señalar el problema, pero no lo soluciona; puede destruir lo que se rechaza, pero no construir lo que debe reemplazarlo. Para transformar la realidad no basta con reaccionar, es necesario actuar. Y actuar no es simplemente responder al estímulo inmediato; es aprovechar la potencia del enojo, canalizar la energía de la indignación con inteligencia y con una meta. La acción requiere pensamiento, estrategia, voluntad. Implica preguntarse no solo qué nos indigna, sino cómo podemos cambiarlo, y usar la fuerza del enojo para orientar la transformación. La diferencia entre reaccionar y actuar radica en la conciencia que guía el impulso: la reacción es explosión sin rumbo, la acción es fuego dirigido. Para actuar hace falta coraje. Y el coraje no surge del mero deseo de justicia, sino de la convicción de que podemos alcanzarla. Sin la convicción interna de que somos capaces de elegir y ejercer nuestra autonomía, la acción se vuelve imposible. Sin coraje, quedamos atrapadas en la reacción, en el rechazo a lo que nos oprime, sin la fuerza para construir algo distinto. Es solo cuando creemos en nuestra propia capacidad de incidir en la realidad que podemos romper el ciclo de la impotencia y la pasividad. Solo quien se sabe capaz de actuar puede reunir la valentía necesaria para hacerlo.

Es innegable que la mujer ha sido —y sigue siendo en muchos aspectos— víctima de una cultura que ha intentado someterla y reprimirla. La historia está cargada de ejemplos de exclusión, violencia y desigualdad que han marcado profundamente nuestra experiencia. Pero si queremos emanciparnos realmente, debemos

salir de ese lugar, dejar de identificarnos como víctimas y empezar a definirnos más por lo que somos que por lo que nos han hecho. A veces, esa imagen de fragilidad nos la imponen; otras veces, la asumimos nosotras mismas. Incluso, en ciertas circunstancias, nos aferramos a ella porque en la vulnerabilidad existe una forma de poder: el poder de exigir, el poder de denunciar, el poder de evidenciar la injusticia. Pero para ser las artífices de nuestro propio destino debemos dejar de concebirnos como víctimas. La verdadera transformación no radica solo en reconocer y denunciar lo que nos oprime, sino en construirnos desde nuestras potencias, desde lo que podemos crear, desde la libertad que podemos conquistar.

Aquí es donde Eva debe ser reivindicada. No como la mujer débil que sucumbe víctima de la astucia y las artimañas de la serpiente, sino como la primera persona en encarnar el heroísmo filosófico. José Ortega y Gasset definió al héroe como «aquel que quiere ser él mismo», y en *El coraje de la verdad* Foucault describe el heroísmo filosófico como una actitud en la que el saber y el ser, la manera de pensar y de vivir, coinciden en la misma persona. La verdad no es, para el héroe o la heroína filosófica, una teoría abstracta ni una mera especulación intelectual, sino una forma de existencia. El filósofo, concebido de esta manera, no es aquel que reflexiona dentro de la torre de marfil, sino aquel que vive conforme a lo que piensa: lleva su verdad a la práctica, la vive y la asume con todas sus consecuencias.

Así, la decisión de Eva de probar el fruto prohibido puede ser interpretada como la primera expresión de heroísmo filosófico en la historia de la humanidad. Una manifestación encarnada en una mujer. Porque Eva no solo pensó, sino que actuó en conformidad

con lo que pensaba. No se limitó a cuestionar el mandato divino, sino que lo desafió a través de la acción.

Muchas veces creemos que basta con el cuestionamiento de la realidad. Pensamos, analizamos, criticamos… pero no actuamos. Nos convencemos de que con darnos cuenta es suficiente, que con señalar lo que está mal nos volvemos automáticamente «rebeldes» o «conscientes». Pero el pensamiento sin acción es solo una abstracción estéril. La verdadera transformación requiere de la acción. No basta con ver el muro que nos limita, hay que atreverse a cruzarlo. Y esto es precisamente lo que caracteriza a la heroína filosófica encarnada en Eva: el coraje no solo de cuestionar, sino de dar el paso siguiente y actuar en consecuencia.

El coraje no implica la ausencia de miedo. Tendemos a concebir el miedo como algo que nos paraliza, pero el miedo puede ser un gran aliado a la hora de actuar. Quien se atreve a romper las reglas del juego no lo hace sin miedo, sino todo lo contrario. El verdadero coraje implica «agarrar al miedo por las guampas» y convertirlo en un impulso para confrontar lo difícil. Aristóteles lo comprendió bien cuando, en *Ética a Nicómaco*, afirmó que la valentía no reside en la imprudencia del que nada teme ni en la cobardía del que se paraliza ante el riesgo, sino en el punto intermedio, donde el miedo se reconoce y se conduce con inteligencia para enfrentar el desafío. En este sentido, Eva no fue temeraria ni insensata, sino valiente. No desafió la regla impuesta por el mero arte o gusto de transgredirla, sino movida por una inquietud genuina: el deseo de conocer la diferencia entre el bien y el mal.

No hay pensamiento filosófico sin riesgo. No hay verdad reconocida sin el coraje de vivir conforme a ella. Eva, en este

sentido, se adelanta a todos los grandes filósofos y filósofas que vendrán después de ella. Su historia no es la de una pecadora escarmentada, sino la de una heroína filosófica. La historia de la filosofía está signada por esta tensión fundamental: entre la búsqueda de la verdad y el peligro que esa búsqueda conlleva. Filosofar no es un acto inofensivo. No basta con encontrarse encerrado en la torre de marfil reflexionando sobre las grandes preguntas de la vida. La búsqueda de la verdad no es un refugio seguro, sino un terreno incierto que solo los valientes se atreven a pisar. Michel Foucault lo expuso con claridad en su curso «El coraje de la verdad», en el cual presenta y examina una noción central de la filosofía antigua: la parresía.

La palabra griega *parresía* se traduce como «decirlo todo», pero en la tradición filosófica implica algo más profundo: el coraje de decir la verdad, incluso cuando hacerlo supone un riesgo para la propia vida. No se trata de hablar sin filtros ni de una franqueza ingenua, sino de una actitud ética y existencial: la disposición a enfrentarse al poder, a desafiar las normas establecidas, a soportar el peso de la verdad, aunque esta traiga consecuencias displacenteras. La *parresía* no es solo el acto de cuestionar o buscar la verdad, sino el coraje de vivir conforme a ella, asumiendo las consecuencias que esto implica. No se trata de una verdad abstracta, encerrada en la especulación filosófica, sino de una verdad que exige ser encarnada en la existencia misma del parresiastés.[42] Decir la verdad, en este sentido, no es un ejercicio neutral ni inofensivo, sino un acto de riesgo que desafía el poder, las normas y las expectativas preestablecidas. El parresiastés no se limita a reflexionar en la seguridad de la teoría, sino que actúa en

coherencia con lo que piensa, aun cuando esto lo exponga a la censura, el rechazo o la persecución. Su decir es inseparable de su hacer, pues para él la verdad no es solo algo que se enuncia, sino algo que se habita, se sostiene y se defiende con la propia vida.

Sócrates fue un claro ejemplo del coraje de la verdad. Al desafiar los valores imperantes en Atenas y cuestionar a los poderosos, fue acusado de corromper a la juventud y de adorar a dioses falsos y condenado a beber cicuta. Tuvo la posibilidad de que su condena fuese revocada si aceptaba los cargos que se le imputaban haciendo una suerte de *mea culpa*. Pero, confiando en que había vivido y actuado conforme a su conciencia, Sócrates aceptó su destino y bebió la cicuta con la serenidad de quien ha vivido en consonancia con sus ideas.

Baruch Spinoza también fue un emblema del coraje de quien elige pensar contra la corriente, de quien se niega a traicionar su razón y la búsqueda de la verdad, aun cuando esto implique la soledad, el rechazo y el exilio intelectual. En su *Tratado de la reforma del entendimiento*, Spinoza reflexiona sobre el modo en que el ser humano debe orientar su vida para alcanzar la verdadera felicidad y libertad. Para él, la existencia auténtica no se basa en la sumisión a las pasiones ni en la obediencia ciega a los dogmas y las costumbres, sino en una vida guiada por la razón. Su propuesta es radical: pensar con autonomía, buscar la verdad sin miedo y vivir de acuerdo a los dictados de la razón, sin dejarse arrastrar por las opiniones ni por el temor a la sanción social. Este ideal fue, en la vida de Spinoza, una exigencia y un destino ineludible. A los veintitrés años fue expulsado de la comunidad judía de Ámsterdam a la cual pertenecía con una maldición implacable: lo declararon

hereje, lo desterraron y le prohibieron a cualquier persona hablar con él o prestarle ayuda. Su «delito» fue cuestionar el conocimiento adquirido, negarse a aceptar dogmas sin examen crítico y sostener que la verdadera relación con lo divino debía pasar por la comprensión racional del universo. A partir de ese momento, Spinoza vivió en la marginalidad y llevó una existencia austera, dedicada por completo a la filosofía. Al igual que Sócrates, Spinoza tuvo la posibilidad de retractarse para evitar la excomunión, pero no lo hizo. En su *Tratado de la reforma del entendimiento*, Spinoza sostiene que la mayoría de las personas viven atrapadas en una existencia sin dirección clara, dominadas por las pasiones, el azar y la búsqueda de placeres fugaces. La verdadera libertad, afirma, no consiste en hacer lo que uno quiere, sino en actuar conforme a lo que nuestra consciencia nos dicta. Pero vivir según la razón no es una tarea sencilla. Requiere un esfuerzo constante, un trabajo continuo sobre uno mismo y la renuncia a las ilusiones cómodas que el mundo nos ofrece. Aquí es donde su filosofía se enlaza directamente con el coraje: pocas cosas exigen más valentía que atreverse a pensar por cuenta propia y a vivir de acuerdo con lo que la razón nos indica, sin concesiones ni excusas. Spinoza creía que el peor enemigo de la razón es el miedo que nos esclaviza. La sociedad, la religión y el poder político se han valido históricamente del miedo para controlar a las personas: miedo al castigo, miedo al infierno, miedo a la culpa, miedo a la desaprobación social. El coraje, entonces, no es la ausencia de miedo, sino la capacidad de trascenderlo y actuar conforme a lo que consideramos justo y correcto. El ejemplo de Spinoza enseña que el coraje filosófico no consiste solo en enfrentarse al poder externo, sino también en la

confrontación y la superación de nuestros propios miedos y cadenas internas. Pensar de manera radical, elegir conforme a la razón exige más valentía que cualquier batalla contra una autoridad externa. El mayor enemigo del pensamiento no es la represión política, religiosa, cultural o social, sino el miedo que nos encadena a la comodidad de conformarnos, de callar, de ceder ante lo fácil.

Pero fueron los filósofos cínicos quienes llevaron la parresía a su máxima expresión. Diógenes de Sinope, el más célebre de ellos, desafió abiertamente las convenciones sociales de su época, exponiendo las hipocresías ocultas tras los «buenos modales» y las normas aceptadas sin cuestionamiento. Su vida misma fue una provocación filosófica, un acto de resistencia contra la comodidad, la artificialidad y las preocupaciones banales que, según él, alejaban a los hombres de lo verdaderamente importante. Su desprecio por la hipocresía social era feroz. «Veo en esta ciudad», decía, «a muchos que se entrenan duramente como corredores, pero a ninguno que haga el sincero esfuerzo en ser un hombre honesto; músicos que se afanan en templar a tono las cuerdas de su lira, cuando no saben acompasar sus pasiones al verdadero son del espíritu humano; y hasta oradores que se llenan la boca hablando de justicia, pero pocos que parezcan ponerla en práctica». La mayoría de la gente, creía Diógenes, rara vez se ocupa de cultivar la virtud o la autenticidad. Prefieren el artificio y la apariencia, vivir *pour la galerie* antes que el desarrollo de las virtudes que hacen posible la verdadera paz interior. Otro episodio memorable lo muestra piando como un pájaro en la plaza pública para captar la atención de quienes ignoraban su discurso sobre lo esencial. Al notar su reacción, les dijo: «Si hubiera estado piando desde el principio, me

habrían escuchado». La gente prefiere entretenerse con lo banal e intrascendente antes que enfrentarse a la verdad. Es menos arriesgado.

Como en el caso de Sócrates, el coraje de Diógenes no consistió solo en decir la verdad, sino en enfrentar a quienes no querían escucharla. Vivía en una tinaja como una manera de atestiguar que el lujo y la propiedad eran innecesarios para la vida. Se cuenta que, al ver a un niño beber agua con sus manos, arrojó su vasija y dijo: «Este niño me ha dado una lección: me ha mostrado que aún tengo cosas superfluas». Su cinismo no era solo una doctrina, sino una forma de vida: se burlaba de los modales refinados, la educación formal y la actividad política, que consideraba distracciones absurdas de la verdadera vida. Sostenía que la naturaleza debía ser la guía del hombre y por ello despreciaba la moda, la reputación y las jerarquías económicas y sociales. Consideraba que los títulos y las riquezas solo servían para encadenar a las personas en un teatro de apariencias. Practicaba la autarquía (dominio de sí mismo) y la ataraxia (imperturbabilidad del alma). No dependía de nadie, comía lo que encontraba y dormía donde podía.

Su encuentro con Alejandro Magno se ha convertido en una de las leyendas más emblemáticas de la historia de la filosofía. El conquistador, fascinado por la fama del filósofo, se acercó a él y le ofreció concederle cualquier deseo. Diógenes, impasible, le respondió con una simple petición: «Muévete, me estás tapando el sol». Alejandro Magno era el hombre más poderoso de su tiempo, capaz de aplastar civilizaciones con su sola voluntad. Cualquier otra persona habría caído de rodillas, habría agradecido la visita del emperador y habría aprovechado la ocasión para pedir riquezas o

protección. Pero Diógenes no se dejó intimidar. Su indiferencia hacia el poder y su desprecio por la autoridad política encarnan lo que es la auténtica parresía: no solo dijo la verdad, sino que la actuó de manera radical. «El parresiasta», afirma Foucault, «será el decidor valeroso de una verdad con la cual se arriesga él mismo y arriesga su relación con el otro [...]. La parresía es una actitud, una manera de ser que se emparenta con la virtud, con una manera de hacer».[43]

No en vano Alejandro Magno no solo no castigó a Diógenes, sino que reconoció en él una grandeza que él mismo, con todo su poder, envidiaba. «Si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes», confesó. La libertad para hablar y vivir conforme a su conciencia convirtió a Diógenes en el único hombre verdaderamente libre ante los ojos del conquistador más poderoso de su época. Alejandro tenía ejércitos, imperios, riquezas, pero Diógenes tenía algo que él jamás podría poseer: una independencia absoluta, una vida sin temor a perder nada, porque nada tenía ya que nada necesitaba.

Pero lo que hizo excepcionales a los cínicos fue que, además del combate espiritual contra sus propias debilidades, inseguridades y tendencia a la complacencia, su rebelión fue también contra las costumbres, las convenciones, las leyes y las instituciones políticas y sociales que nos mantienen cautivos en lo insignificante. En ese sentido, ellos fueron unos auténticos combatientes políticos. «El filósofo cínico», afirma Foucault en *El coraje de la verdad*, «aparece como una especie de vigilante que vela por el sueño de la humanidad [...]. Tiene que hacer su ronda como un médico y tomar el pulso de todo el mundo. Misionero universal del género humano, que vela por los hombres sin importar lo que estos hagan ni dónde

estén, que golpea las puertas, que entra, que verifica lo que pasa, que dice lo que está bien y lo que está mal [...]. El cínico es un funcionario de la humanidad en general, un funcionario de la universalidad ética».[44]

En nuestra época, en la que los derechos individuales han conquistado un lugar preeminente, la misión del cínico, tal como la describe Foucault, puede ser vista con sospecha, cuando no con abierta hostilidad. Cualquier intento de cuestionamiento profundo sobre la vida que llevamos corre el riesgo de ser interpretado como una intromisión en la libertad individual. Esto es comprensible en un mundo en el que la autonomía personal es un valor fundamental, a diferencia de la época en la que vivieron los cínicos, cuando la felicidad individual se concebía inseparable del bienestar de la comunidad. Sin embargo, hoy nos encontramos envueltos en un individualismo cada vez más exacerbado y empobrecido que, en nombre del derecho de cada individuo a expresar su opinión, erosiona cada vez más la distinción entre la verdad y la mentira, el bien y el mal, lo absurdo y lo sensato. El alboroto de quien «pía» más fuerte se impone sobre la coherencia y la consistencia a la hora de determinar, entre todo el barullo opinológico, cuál es la opinión dominante. Esta confusión acarrea consigo un narcisismo tan sutil como pernicioso. En nuestra aspiración a la independencia, terminamos más dependientes que nunca de la mirada ajena. La búsqueda de la verdad ha sido reemplazada por la búsqueda de validación social. Ya no se trata de vivir bien, sino de parecer que vivimos bien. Nos exhibimos en redes sociales y nos entregamos a la lógica del autobombo mientras fingimos desinterés por la opinión de los demás. Pero detrás de esa aparente indiferencia narcisista

subyace una necesidad de reconocimiento cada vez más acuciante. Cuanto menos nos ocupamos de ser, más necesitamos parecer ante la mirada de los otros: «Me siento bien si los demás me ven bien». Nuestra autoestima y nuestro bienestar dependen cada vez más de los emojis positivos que recibe nuestra imagen exhibida en las redes sociales.

En este contexto aparecen los especialistas en el novel concepto de marca personal, quienes, a través de sus propios posteos con miles de *likes* o de cursos en los que enseñan los secretos para construir y gestionar tu propia identidad, se erigen como modelos a seguir e imitar. En un mundo donde el contacto con la realidad está mediado por aplicaciones instaladas en el celular, la autoridad moral se mide en cifras de adhesión y la influencia ya no depende del conocimiento, sino de la capacidad de generar aprobación. Vivimos rodeados de un «piar» incesante que nos mantiene entretenidos y preocupados por lo superfluo. Nos importa lo que está de moda, lo que nos hace ver bien ante los demás, pero no lo que nos acerca a la verdad. En esta cacofonía en la que todas las voces se igualan, corremos el riesgo de confundir la libertad de expresión con la impunidad del sinsentido. Opinamos sobre todo y sobre todos sin asumir la responsabilidad de pensar antes de hablar. Como observó Umberto Eco:[45]

> Admitiendo que entre los siete mil millones de habitantes del planeta haya una dosis inevitable de necios, muchísimos de ellos antaño comunicaban sus desvaríos a sus íntimos o a sus amigos del bar, y de este modo sus opiniones quedaban limitadas a un círculo restringido. Ahora una consistente cantidad de estas personas tienen la posibilidad de expresar las propias opiniones en

las redes sociales. Por lo tanto, esas opiniones alcanzan audiencias altísimas, y se confunden con muchas otras expresadas por personas racionales.

La consecuencia de esta indiferenciación entre lo razonable y el disparate no es la pluralidad, sino la imposibilidad de orientarnos críticamente en el mundo. Si todo vale, nada vale.

El ser humano siempre ha buscado guías, referentes que lo ayuden a orientarse en el caos de la existencia. Desde los oráculos de la antigüedad hasta los algoritmos que hoy dictan tendencias, la necesidad de un faro que nos guíe parece inseparable de nuestra condición humana. Pero hay una diferencia crucial entre quienes simplemente señalan un camino y quienes encarnan, con su propia vida, aquello que defienden. Los primeros pueden ser meros predicadores, consejeros o figuras de autoridad revestidas de carisma. Su influencia radica en el poder de su palabra, en la fuerza de su discurso o en la imagen que proyectan. Hoy, en la era de la hiperconectividad, son los influencers quienes ocupan ese lugar: dictan normas sobre qué pensar, cómo vivir, qué consumir, qué desear. Pero su autoridad es efímera y frágil, pues generalmente se sustenta en una construcción artificial de sí mismos. Lo importante no es la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, sino generar impacto, captar la atención y obtener aprobación. No importa si el mensaje es vacío o contradictorio, lo esencial es estar presente en el flujo constante de estímulos, brillando lo suficiente como para que el próximo clic no sea hacia otro lugar. Así se alimenta a una legión de consumidores de contenido que navegan por internet y redes sociales buscando entretenimiento fácil,

validación automática o respuestas cómodas que no les exijan pensar ni cuestionarse.

El héroe filosófico, en cambio, no dicta ninguna verdad desde un púlpito o una pantalla. Su autoridad no se fundamenta en el número de seguidores, sino en la fidelidad a sus propios principios. A diferencia del influencer, que depende de la mirada ajena para validar su discurso, el héroe filosófico es aquel que, aun sin testigos, seguirá actuando conforme a lo que cree verdadero o correcto. Su brújula moral no responde a las fluctuaciones del mercado ni a las expectativas externas, sino al llamado de su propia conciencia.

Sócrates no escribió tratados ni intentó convencer con discursos grandilocuentes. Su influencia se alimentaba de sus preguntas incómodas y de su negativa a traicionar a su conciencia incluso ante el riesgo de perder la vida. Diógenes llevó la coherencia al extremo, viviendo en una tinaja y rechazando cualquier tipo de comodidad que comprometiera su autonomía. Ambos fueron figuras tan influyentes como incómodas, porque su sola existencia ponía en evidencia la incongruencia de quienes, como Alejandro Magno, se sentían atraídos por ellos, lo que los obligaba a despertar de la complacencia y cuestionarse. Hoy, en un mundo saturado de un «piar» constante y sonante, necesitamos más que nunca la figura de estos vigilantes de la conciencia. Referentes que atraen porque revelan lo incómodo, lo que no queremos reconocer o escuchar. Vigilantes que nos arrancan del letargo infantil de la dependencia intelectual y emocional; quienes, como el amigo de Nietzsche,[46] son un lecho duro de campaña en el cual podemos, sin embargo, descansar.

Los cínicos eran vigilantes de la humanidad porque nada tenían y nada necesitaban; su crítica no nacía del resentimiento ni del deseo de reconocimiento, sino de una radical coherencia entre lo que decían y lo que hacían. En un mundo en el que casi todas las acciones, los gestos, las ideas y las propuestas están motivados por intereses personales —ya sea la ganancia, la influencia o la aprobación—, la figura del cínico nos recuerda que la verdad y la virtud no se compran ni se negocian.

Pero antes que Diógenes, antes que Sócrates, antes que cualquier otro parresiastés, en el jardín del Edén Eva se atrevió a pensar, a cuestionar y a rebelarse contra una existencia que la condenaba a la ignorancia. Si Foucault tenía razón al decir que el verdadero rey no fue Alejandro Magno sino Diógenes, podríamos decir que, al probar el fruto del árbol del conocimiento, Eva no cayó, sino que despertó a su divinidad. No la divinidad entendida como omnipotencia, sino la más humana de todas: la que emerge del reconocimiento de nuestra propia vulnerabilidad. Porque solo quien es consciente de lo que le falta puede desear y solo el deseo nos salva de la mediocridad de la mera vida, hacia una existencia plena y realizada. La verdadera divinidad humana no es la omnisciencia, sino la inquietud del pensamiento, la sed inagotable de conocimiento que nos arrastra a buscar, a interrogar, a no conformarnos con lo dado para poder superarnos.

Diógenes se sabía libre porque no dependía de nadie, porque no quería nada que el poder político, económico o social pudieran darle. Eva, por su parte, tampoco pidió nada, sino que tomó lo que consideró necesario. No pidió permiso ni negoció con su destino. En un acto de auténtica libertad, asumió la responsabilidad de su propio

conocimiento. Porque una existencia en la cual todo está dado es propia de la infancia, y Eva eligió abandonar aquel estado de dependencia para servirse de su propia inteligencia. Ya lo afirmó Jung: «El niño que no ha sido nunca desobediente no llega a ser; uno se convierte en adulto cuando peca».[47]

A través de su desobediencia, del pecado original que nos transmitió, Eva nos legó algo más que la libertad: nos legó la responsabilidad de ejercerla. La responsabilidad de no quedarnos en el infantilismo de lo dado y no sucumbir al confort de la certeza impuesta. Nos mostró que la caída no fue un castigo, sino una posibilidad: la posibilidad de vivir una vida auténtica no exenta de dudas ni de riesgos, sino sostenida en la voluntad de saber.

Eva no aceptó que la ignorancia fuese una bendición. Su acto no fue un error, sino un despertar. No fue una caída, sino una ascensión al pensamiento. No fue debilidad, sino el primer gesto de auténtica libertad humana. Eva nos recuerda que la divinidad no radica en la seguridad de la respuesta, sino en el riesgo de la pregunta. Que no hay plenitud en la pasividad, sino en la inquietud. Que no hay vida buena sin cuestionamiento. Y que la única soberanía que vale la pena ejercer es la de quien no teme mirar más allá de lo permitido. Lejos de la debilidad y la dependencia intelectual y emocional con las que históricamente se ha identificado a la mujer, Eva emerge como un símbolo de autonomía, una figura que nos duele, pero que también nos incita a liberarnos de la victimización que durante demasiado tiempo ha definido nuestra historia. Su gesto no fue una caída sino un despertar; no fue un error, sino el primer acto de una libertad que, aún hoy, las mujeres seguimos reclamando.

41 *How to think like a woman* (la traducción es de la autora).
42 El parresiastés es aquel que practica la parresía.
43 Michel Foucault, *El coraje de la verdad*.
44 *El coraje de la verdad*, Foucault.
45 Umberto Eco, *De la estupidez a la locura.*
46 Friedrich Nietzsche, «De los compasivos», en *Así habló Zaratustra*.
47 Carl Jung, *El Zaratustra de Nietzsche*.

VI

AL FILO DE LA LIBERTAD

Tira los dados

Si vas a intentarlo, ve hasta el final.
De otra forma ni siquiera comiences.

Si vas a intentarlo, ve hasta el final.
Esto puede significar perder novias,
esposas,
parientes,
trabajos y,
quizá tu cordura.

Ve hasta el final.
Esto puede significar no comer por tres o cuatro días.
Esto puede significar congelarse en la banca de un parque.
Esto puede significar la cárcel.
Esto puede significar burlas, escarnios, soledad…
La soledad es un regalo.
Los demás son una prueba de tu insistencia, o
de cuánto quieres realmente hacerlo.
Y lo harás,
a pesar del rechazo y de las desventajas,
y será mejor que cualquier cosa que hayas imaginado.

Si vas a intentarlo, ve hasta el final.
No hay otro sentimiento como ese.
Estarás a solas con los dioses
y las noches se encenderán con fuego.

Hazlo, hazlo, hazlo.
Hazlo.
Hasta el final,
hasta el final.

Llevarás la vida directo a la perfecta carcajada.
Es la única buena lucha que hay.

Charles Bukowski

No somos autosuficientes. Por más que nos aferremos a la ilusión individualista de que nos bastamos a nosotros mismos, la realidad es bien distinta: nuestra existencia cobra sentido en la medida en que es reconocida por otros. Nuestra identidad no se construye en el vacío, sino en el reflejo de quienes nos ven, nos nombran, nos confirman. Para ser no alcanza con existir; debemos ser reconocidos por otros. Necesitamos la mirada del otro no como un simple deseo de aprobación, sino como un pilar fundamental de nuestra construcción como individuos. Sin ese reconocimiento, quedamos suspendidos en una existencia a medias, siempre en riesgo de desvanecernos en la indiferencia. Dependemos del otro más de lo que quisiéramos admitir. En cada palabra que pronunciamos, en cada gesto, en cada idea que nos empeñamos en defender hay un llamado, una súplica velada: «mírame», «escúchame», «confírmame que existo». Somos como una melodía que necesita ser oída para transformarse en sinfonía, porque sin el reconocimiento del otro, nuestra existencia es apenas un murmullo perdido en el viento que viene y va. Y en esta necesidad radica nuestra mayor vulnerabilidad: quien anhela ser reconocido se expone, se arriesga, se vuelve frágil ante la indiferencia, el rechazo, la mirada que nunca termina de confirmarnos.

Pero es precisamente en esta fragilidad donde reside nuestra mayor fortaleza. Porque si el reconocimiento no se nos da, debemos conquistarlo. Si el otro no nos ve, debemos ocuparnos de que lo haga. Y esto solo se logra con el arrojo, con el riesgo, con la voluntad de salir de la comodidad de lo seguro y ponernos a prueba en el mundo. No basta con esperar a que nos validen: debemos imponernos, hacernos escuchar, demostrar que lo que somos y lo que pensamos importa. Este es el dilema de todo ser humano, el pulso secreto de todo afán. El anhelo de reconocimiento nos arranca de la falsa seguridad de la autosuficiencia y nos lanza al vértigo del encuentro con el otro. Nos obliga a desafiar el miedo, a atravesar el umbral de la incertidumbre, a ponernos en juego. Y es en ese riesgo donde, paradójicamente, nos descubrimos a nosotros mismos. No somos islas, no somos autosuficientes. Pero es en la lucha por ser reconocidos donde nos transformamos, nos superamos, nos afirmamos plenamente.

En *Fenomenología del espíritu*, Hegel analizó esta tensión que subyace a la lucha por el reconocimiento: dos conciencias que se enfrentan, cada una exigiendo ser reconocida sin ceder su autonomía. En esa lucha, quien está dispuesto a arriesgarlo todo, incluso la vida, se impone; quien teme la pérdida y se repliega, acaba sometido. Así nace la dialéctica del amo y el esclavo: uno domina porque venció el miedo y arriesgó su vida, el otro se somete por el miedo a perderla, aferrándose a la seguridad de la existencia y cediendo su libertad.

Así, el esclavo es, antes que nada, esclavo de su propio miedo a la muerte, mientras que el amo lo es porque pudo conquistar su miedo y arriesgar la vida en la lucha por el reconocimiento. Por lo general

tendemos a percibirnos como controlados o a la merced de personas, circunstancias o fuerzas externas que se imponen sobre nuestros deseos y propósitos. Creemos que la libertad depende de la ausencia de obstáculos externos que coartan nuestra voluntad para actuar. Así, cuando nos sentimos incapaces de elegir y actuar libremente, salimos enseguida a buscar a alguien o algo para echarle la culpa. Y aunque es cierto que siempre estamos sujetos a condiciones externas que limitan nuestra libertad, también debemos reconocer las cadenas internas que nos sujetan. Como el esclavo de Hegel, no solo nos sometemos a la voluntad de otros, sino, sobre todo, a nuestros propios miedos, inseguridades y prejuicios. No siempre es el mundo el que nos encierra; a menudo somos nosotros quienes levantamos los muros. El miedo al rechazo, al error, a la pérdida nos convierte en prisioneros de nosotros mismos. Como el esclavo de Hegel, nos sometemos a nuestro propio temor a arriesgarlo todo. La verdadera lucha por la libertad no es solo contra los límites externos, sino contra las cadenas invisibles que llevamos dentro.

La relación entre amo y esclavo en Hegel es inherentemente inestable y está destinada a cambiar: a través del trabajo y la transformación de la realidad, el esclavo supera el miedo a la muerte y conquista su autonomía, mientras que el amo, al depender del esclavo, queda atrapado en su aparente dominio. La lucha por el reconocimiento no es estática: es un proceso de tensión y superación en el que la autonomía y la dependencia se reconfiguran constantemente en el devenir de la existencia. La historia de la humanidad, según Hegel, está marcada por este movimiento constante de lucha, superación y transformación en el que la

conciencia busca siempre liberarse de la dependencia y alcanzar la verdadera autonomía.

Esta misma lucha se suscita en el alma de Eva cuando se encuentra con la serpiente. Entonces dos voces o conciencias comienzan a debatirse en su mundo interior: la que llama a Eva a obedecer para poder permanecer en la afabilidad de lo dado y la que la incita a arriesgarse, a probar el fruto, a desobedecer el mandato para conocer la diferencia entre el bien y el mal. Entre ambas se extiende el abismo del miedo: el miedo a la muerte, a la pérdida, al castigo, pero también la posibilidad de algo más grande: la afirmación de sí misma como un ser que puede elegir y pensar.

En el Edén, Eva y Adán llevaban una existencia sin conflicto, sin carencia, sin lucha. Habitaban un mundo estático, sin necesidad de pensar ni de cuestionarse porque todo estaba dado. Sin urgencias, angustia ni padecimientos, bastaba querer algo para tenerlo de manera inmediata. Todo les era dado sin esfuerzo. No necesitaban preguntarse quiénes eran ni qué deseaban. Pero esta existencia, tan cómoda y serena, aún no era plenamente humana: Adán y Eva estaban todavía «en pañales».

En su ensayo «¿Qué es la ilustración?», Kant define la ilustración como la liberación del hombre de su culpable incapacidad de servirse de la propia inteligencia sin la tutela de otro. Esta incapacidad no se debe a falta de entendimiento, sino a falta de coraje para usarlo. Y por eso somos culpables: «¡Es tan cómodo no estar emancipado! Tengo a mi disposición un libro que me presta su inteligencia, un cura de almas que me ofrece su conciencia, un médico que me prescribe las dietas, etc., etc., así que no necesito molestarme. Si

puedo pagar, no me hace falta pensar: ya habrá otros que tomen a su cargo, en mi nombre, tan fastidiosa tarea».[48]

Esta era la condición de Adán y Eva en el Paraíso: una vida sin carencias, sin la necesidad de elegir, sin autonomía. No necesitaban preguntarse quiénes eran ni qué querían, porque todo estaba determinado por la voluntad divina. Eran como niños que aún no han aprendido a caminar por sus propios medios, confiando ciegamente en la autoridad que los protege y los guía. Pero esta comodidad era también una forma de dependencia, una existencia sin libertad auténtica. Para alcanzar la madurez y convertirse en plenamente humanos, debían atreverse a saber (¡*sapere aude!*),[49] romper con la comodidad de la tutela divina y asumir el riesgo de pensar por sí mismos.

Ser humanos es sentir la falta, es experimentar la incompletud que nos empuja a movernos, a buscar, a superar los límites que se interponen entre nosotros y aquello que anhelamos. En la dialéctica del amo y el esclavo, Hegel nos muestra que la identidad se forja en la lucha, en la confrontación con el otro, en el riesgo de perder la seguridad para ganar un reconocimiento que no está asegurado de antemano. Pero en el Paraíso no había lucha, porque no había nada que conquistar. Adán y Eva no tenían que enfrentarse a la carencia ni a la angustia del deseo insatisfecho; ya lo tenían todo y, por eso, podemos inferir que existían en ese estado de dependencia infantil, incapaces aún de servirse de su propia razón.

Eva rompe con la inercia de esta complacencia cuando decide probar el fruto del árbol del conocimiento. Desafía la prohibición divina asumiendo las consecuencias de su elección y, con ello, humaniza su existencia. En ese momento se enfrenta al riesgo

supremo: la posibilidad de la muerte. El mandato era claro: «El día que comas de él, ciertamente morirás» (Génesis 2:17). Pero Eva elige la libertad sobre la obediencia, el riesgo sobre la sumisión ciega. Prefiere aventurarse a lo desconocido antes que aceptar un orden que, por más placentero y seguro que fuera, la mantenía sujeta a la indulgente pasividad de la dependencia intelectual.

Desde la lectura hegeliana, Eva representa la conciencia que se atreve a arriesgar. Su acto no es simplemente un desafío infantil, sino una lucha por el reconocimiento de sí misma como sujeto independiente, capaz de pensar autónomamente. Al probar el fruto, Eva se convierte en un ser que piensa, que elige, que asume la responsabilidad de su propia existencia. Al elegir el conocimiento, Eva rompe con la sumisión pasiva y entra en la dialéctica de la existencia humana: el conflicto entre la certeza y la verdad, entre la obediencia y la autonomía, entre el miedo y la libertad. A través de su osadía, su desobediencia, su deseo de saber, Eva se convierte en la primera persona en la historia de la humanidad en tomar las riendas de su vida. Su acto marca el despertar de la autonomía: el momento en que el ser humano se libera de su estado de culpable incapacidad y asume la responsabilidad de su propio destino. Al ser expulsados del Edén, Adán y Eva fueron, parafraseando a Heidegger,[50] «arrojados a la existencia». La conciencia de haber sido arrojados es una experiencia aterradora, porque implica reconocer que la vida no nos ofrece respuestas definitivas ni seguridades absolutas.

Como todo paso de la infancia a la adultez, la expulsión del Paraíso confronta a Eva con una realidad que le impone límites, que a los golpes le enseña que sus deseos no siempre serán satisfechos

y a aprender a tolerar la frustración que esta insatisfacción le genera. Si la libertad es, en la infancia, la experiencia del «hago lo que quiero», abandonar la «minoría de edad» significa reconocer que no es realmente libre quien hace lo que quiere, sino quien quiere lo que hace. Que ser libre es elegir dentro de un abanico siempre limitado de posibilidades.

En este nuevo estado, la vida ya no es un refugio sin conflictos, sino un espacio de lucha, aprendizaje y crecimiento. Es la condición misma de la madurez: descubrir que la libertad no es solo poder elegir, sino también asumir las consecuencias de esas elecciones y aceptar que la realidad no se moldea enteramente a nuestra voluntad. Y es en ese desafío, en esa dialéctica entre deseo y límite, donde la existencia se vuelve verdaderamente humana.

Sin embargo, en una sociedad que nos repite que todo es posible, que nos alienta a creer que basta con desear algo para que se haga realidad, el reconocimiento de los límites se vuelve cada vez más difícil. Vivimos inmersos en la lógica del «tú puedes», del «nada es imposible», de la autoexigencia sin descanso. Byung-Chul Han[51] lo señala con precisión: ya no hay un amo que nos oprima, sino que nos explotamos a nosotros mismos, creyéndonos libres y capaces de una productividad sin límites En este modelo, el límite es visto como un fracaso y no como una condición humana.

Queremos todo de inmediato. Nos hemos vuelto impacientes con la vida, intolerantes a la demora y el esfuerzo que median entre el deseo y su satisfacción. La cultura del «llame ya», de la gratificación instantánea, refuerza un infantilismo social. Nos cuesta aceptar que la realidad no se adapta a nuestros caprichos y que ser libres no es hacer lo que queremos, sino elegir lo que hacemos. Aquí es donde

las enseñanzas del estoico Epicteto cobran una vigencia ineludible. Epicteto advirtió que la clave para una vida buena consiste en saber distinguir entre lo que depende de nosotros y lo que no. Hay cosas que sí podemos cambiar y en ellas debemos actuar con determinación, con la fuerza de quien es capaz de transformar su realidad. Pero hay otras que no dependen de nuestra voluntad, y el vano afán de transformarlas para que se adapten a nuestro deseo solo genera angustia y frustración. No todo está en nuestras manos, ni todo se deja conquistar. Reconocerlo no es renuncia ni derrota, sino un signo de lucidez intelectual.

El verdadero ejercicio de la libertad no consiste en negar los límites, sino en observarlos con inteligencia. Epicuro veía en esta sabiduría la clave para cultivar la ataraxia o imperturbabilidad del alma. Tolerar la frustración no significa resignarse o rendirse ante la realidad que se impone, sino aprender a reconocerla de forma justa y veraz. Solo así es posible canalizar el deseo en forma lúcida y dirigir la voluntad hacia lo que sí puede ser cambiado. Quien se aferra neciamente a lo que no puede cambiar se condena al fracaso; quien reconoce sus límites, en cambio, puede encontrar en ellos un punto de apoyo para contemplar su verdadero abanico de posibilidades.

Hoy los límites tienen mala prensa. Parece que reconocerlos y aceptarlos es síntoma de debilidad, falta de voluntad, fracaso. Nuestro vínculo con la realidad está mediado por la ilusión de que podemos moldearla o adaptarla a nuestros deseos y necesidades. «El límite está en tu mente», «nada es imposible», «si lo sueñas, lo puedes lograr», «sonríe siempre, sé positivo», «el fracaso no existe, son solo aprendizajes», «el éxito depende solo de ti» y «no aceptes

la negatividad en tu vida» son algunos de los eslóganes que cuelgan de las paredes de oficinas, gimnasios y redes sociales, reforzando la idea de que todo depende de la actitud individual y que cualquier obstáculo es solo una barrera mental a superar. En esta narrativa, el fracaso se convierte en tabú, la tristeza en anomalía, el cansancio en falta de disciplina.

Pero esta promesa de infinitas posibilidades es también una trampa: si no hay límites, si todo es alcanzable con el debido esfuerzo, entonces la culpa del fracaso recae en quien no consigue el éxito. No importa cuán adversas sean las circunstancias, cuán duros sean los golpes de la vida: si no logras lo que deseas, es porque no te esforzaste lo suficiente. «Los que triunfan, lo merecen; los que fracasan, también». Esta es la lógica silenciosa de la meritocracia: una narrativa que convierte la vida en un sistema de premios y castigos, como si todo dependiera exclusivamente del mérito o el fracaso individual. Bajo esa mirada, el ser humano es concebido como un agente autónomo, autosuficiente, aislado del entramado de vínculos, condiciones y contextos que lo atraviesan. La lógica meritocrática no reconoce la vulnerabilidad como parte constitutiva de nuestra condición humana. Desestima el hecho de que estamos tejidos de límites y que el cansancio, la enfermedad, el miedo o el dolor no siempre se superan con fuerza de voluntad. Desconoce, también, que nadie llega solo: que cada éxito es el resultado de una red —visible o invisible— de apoyos, oportunidades, herencias, privilegios, afectos y azares. En el relato meritocrático el otro desaparece. No hay lugar para la solidaridad, ni para la compasión, ni para la comprensión del fracaso como algo humano. Pero lo humano está hecho de dependencia, de límites, de

fragilidad… y también de encuentros, de ayudas, de manos extendidas. Por eso, aunque la lógica meritocrática —reinante en la sociedad de la productividad y el rendimiento— insista en que todo es posible si uno se esfuerza lo suficiente, la realidad se encarga de contradecirla. La realidad se resiste, no con argumentos, sino con síntomas. A través del cuerpo y del alma, nos recuerda que no somos máquinas. Las enfermedades, tanto psíquicas como físicas, son a menudo el lenguaje con que la realidad grita lo que no queremos oír: que no podemos con todo, que no todo depende de la voluntad, que somos vulnerables. Negarlo no nos fortalece: nos expone al agotamiento, a la culpa y a la frustración de no estar a la altura de una promesa imposible.

En este contexto, reconocer los límites se vuelve un acto de resistencia. No como una renuncia pasiva, sino como un reconocimiento lúcido de nuestra condición humana. Donde todo es posible, no hay decisión: hay vértigo. La libertad no es omnipotencia, sino elección dentro de un horizonte finito de posibilidades. Solo en el marco de lo que no puede ser lo que elegimos adquiere sentido. Ignorar los límites no nos hace más libres, nos deja a la intemperie de lo imposible, confundiendo fantasía con elección y condenándonos a la angustia de no saber qué elegir. Cuando todo parece estar al alcance, la falta de fronteras convierte la libertad en libertinaje, un espejismo, un anclaje.

Así, no es extraño que hoy sean cada vez más los niños que padecen trastornos asociados a la intolerancia a la frustración. Niños a los que, en esta sociedad del exceso de positividad, se los priva de los límites necesarios para el ejercicio progresivo de la tolerancia a los límites que la realidad se encargará, tarde o temprano, de

imponerles. Niños hiperestimulados y sobreprotegidos, abandonados a los «golpes de la vida» sin preparación alguna. Si los adultos no los acompañan en el aprendizaje de los límites, será la realidad misma la que les imponga su rigor, sin anestesia ni «períodos de adaptación». Porque la realidad, tarde o temprano, siempre encuentra la manera de imponerse.

Reconocer los límites no es señal de derrota, sino de la fortaleza necesaria para atravesar los embates de la vida. Los límites no nos encadenan: nos sostienen, nos dan forma. El cauce no encierra al río, lo hace posible. Sin esa frontera que lo contiene y orienta, el agua se dispersa, se desborda, se pierde. Así pasa también con la libertad: sin contornos que le den estructura, se vacía de sentido. Solo cuando comprendemos hasta dónde podemos llegar —y qué queda fuera de nuestro alcance— empezamos a habitar el mundo con verdadera autonomía.

El reconocimiento del límite no niega la libertad, la funda. No es una paradoja, sino una verdad esencial: solo quien conoce los márgenes en los que se mueve su existencia puede empezar a interpretarlos, a cuestionarlos, a hacerlos suyos. La independencia de pensamiento no nace de la ausencia de barreras, sino del acto lúcido y valiente de enfrentarlas y decidir qué hacer con ellas.

Eva encarna el primer gesto de esta emancipación intelectual. Al abandonar la tutela de Dios para ir en busca del conocimiento del bien y del mal por sus propios medios, ella se libera de la culpable incapacidad en la cual se encontraba. Su decisión es, así, el acto inaugural de una toma de conciencia fundamental: el don recibido no es el conocimiento, sino la capacidad para servirnos de nuestra propia razón para buscarlo y descubrirlo. «*Denken ist danken*»:[52] el

auténtico agradecimiento no es al conocimiento dado, sino a la posibilidad de ir en su búsqueda. Y Eva encarna este gesto en forma superlativa. Porque no le bastó con ser mera receptora del conocimiento que Dios les ofrecía en el Paraíso; ella sintió la necesidad de ejercer el don recibido, pensar, cuestionarse y buscar el conocimiento. A través de su desobediencia, de su «pecado original», Eva se emancipa y nos lega el don de la libertad para pensar.

La libertad sin conocimiento es una ilusión porque ser libre es elegir y toda elección supone la existencia de alternativas y la capacidad de distinguirlas y sopesarlas. No se puede elegir lo que no se comprende, porque elegir implica comparar, estimar consecuencias, proyectarse en el futuro y asumir la responsabilidad de lo elegido. Sin conocimiento, no hay posibilidad real de decisión, sino solo repetición de lo dado, aceptación pasiva del orden existente.

Pensamos que somos libres cuando seguimos nuestras costumbres, cuando aceptamos las reglas sin cuestionarlas, cuando repetimos lo que nos enseñaron sin preguntarnos si existen alternativas. Pero ahí no hay elección, sino un fluir cómodamente gracias a un acatamiento complaciente de lo dado. La libertad no consiste simplemente en actuar sin restricciones externas, sino en tomar conciencia de los condicionamientos que nos atraviesan y preguntarnos qué hacer con ellos. Nadie está libre de eso. La cultura misma, con las creencias y los valores que la sostienen, es el ejemplo más claro de estas influencias Así, el desafío no es vernos completamente libre de esas fuerzas y esos poderes externos: esto es sencillamente imposible. El desafío más difícil es reconocer los

límites —tanto externos como internos— y ocuparnos de revisarlos, examinarlos. Comprender que siempre hay alternativas, otras maneras de pensar y juzgar la realidad, y elegir conforme a nuestro criterio. La historia de la humanidad está llena de sistemas de poder que han perpetuado su dominio asegurándose de que quienes están sometidos no sepan que podrían no estarlo. Quien no sabe que hay otras formas de vivir, de pensar, de decidir, no puede elegir en sentido pleno.

Por eso, no hay libertad sin cuestionamiento. No hay autodeterminación sin la valentía de interrogar lo que nos rodea. La duda no es una amenaza para la libertad, sino su condición de posibilidad. El pensamiento crítico, la búsqueda del saber, el enfrentamiento con lo desconocido y lo incierto, todo aquello que nos desestabiliza y nos obliga a repensarnos, es lo que realmente nos hace dueños de nuestras decisiones. Solo quien se ha preguntado, quien ha enfrentado la incertidumbre, quien ha arriesgado su comodidad por la verdad, puede decir que ha elegido libremente. De lo contrario, la libertad es solo una jaula invisible, un espejismo que nos mantiene encadenados a lo que jamás nos atrevimos a cuestionar.

Antes de probar el fruto, Eva no sabía. Aunque sí conocía el disfrute de los sentidos, el goce de una existencia sin carencia, desconocía la naturaleza del bien y del mal y, por ende, no tenía la posibilidad de saber si el mandato impuesto era realmente justo. No podía elegir porque no podía comparar, porque desconocía la existencia de alternativas, porque el Paraíso era la única realidad que conocía. Pero donde no hay opción, no hay libertad. Su acatamiento

no era un acto de voluntad propia, sino el reflejo de una conciencia aún inmadura, atrapada en la seguridad de la ignorancia.

La libertad sin conocimiento es un espejismo. No se puede elegir lo que no se comprende ni afirmar una voluntad propia sin haber cuestionado los límites impuestos. Quien nunca ha visto más allá de su mundo no puede decir que ha elegido quedarse en él. Y Eva, en el Paraíso, vivía en esa prisión invisible: no porque se le impidiera actuar, sino porque su horizonte estaba limitado por la falta de saber.

Pero la libertad, si ha de existir, necesita un primer acto, un primer gesto que la haga posible. Si la posibilidad de ser libres estaba latente en la condición humana, alguien debía correr el riesgo de materializarla. En términos aristotélicos, alguien debía llevar la libertad de la potencia al acto, darle existencia real, concretarla. Y ese fue el papel de la primera mujer en el mito del Génesis. Al probar el fruto, Eva inaugura la posibilidad misma del ejercicio de nuestro libre albedrío. He aquí su gran hazaña: a través de su desobediencia, Eva nos libera. Lejos de ser un pecado o un error, su decisión fue el acto fundacional de la humanidad tal como la conocemos: una humanidad capaz de construir su destino más allá de lo dado.

La libertad no es la simple ausencia de ataduras, sino una conquista que exige arriesgar. Parafraseando a Milan Kundera,[53] en la experiencia de la verdadera libertad hallamos la prueba de que entre la levedad y el peso no existe una contradicción insalvable. Porque la libertad auténtica palpita en el delicado equilibrio entre el peso y la levedad. La libertad es levedad porque rompe con la inercia, con la gravedad de lo dado, con la pasividad de una existencia sin dudas ni posibilidad de elegir. Pero también es peso,

porque implica sentir la inquietud de la pregunta y la responsabilidad para enfrentar las consecuencias de lo elegido. Y esto es, precisamente, lo que nos enseña Eva. Porque ella descubre que la búsqueda de la libertad es, al mismo tiempo, un frenesí y un vértigo, una responsabilidad y una redención. A través de su gesto, Eva rompe con la lógica binaria que contrapone la levedad y el peso —resuelve el misterio— y nos concede el don de la auténtica libertad, donde la levedad de la espontaneidad es compensada con el peso de la responsabilidad para que la libertad no se confunda con libertinaje. Nietzsche comprendió la importancia de reconocer esta diferencia. En uno de sus discursos, Zaratustra se dirige a un joven que se debatía con la angustia existencial de saberse libre, pero sentir el vértigo de tener que elegir:

> Todavía no eres libre, todavía buscas la libertad. Tu búsqueda te ha vuelto insomne y te ha desvelado demasiado.
> Quieres subir a la altura libre, tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad.
> Tus perros salvajes tienen sed de libertad: ladran de placer en su cueva cuando tu espíritu se propone abrir todas las prisiones.
> Para mí eres todavía un prisionero que se imagina la libertad: ay, el alma de tales prisioneros se torna inteligente, pero también astuta y mala.
> El liberado del espíritu tiene que purificarse todavía. Muchos restos de cárcel y de moho quedan aún en él: su ojo tiene que volverse todavía más puro.
> Sí, yo conozco tu peligro. Mas por mi amor y mi esperanza te conjuro: ¡no arrojes de ti tu amor y tu esperanza!

[…]
Ay, yo he conocido nobles que perdieron su más alta esperanza.
Y desde entonces calumniaron todas las esperanzas elevadas.
Desde entonces han vivido insolentemente en medio de breves placeres, y apenas se trazaron metas de más de un día.
«El espíritu es también voluptuosidad», así dijeron. Y entonces se les quebraron las alas del espíritu: este se arrastra ahora de un sitio para otro y mancha todo lo que roe.
En otro tiempo pensaron en convertirse en héroes: ahora son libertinos.[54]

En 1982, los habitantes de Nueva York se vieron desconcertados por un cartel luminoso que brillaba en medio del caos publicitario de Times Square. Entre anuncios de marcas y promesas de felicidad instantánea, una frase corta y perturbadora captaba la atención: «*Protect me from what I want*» (Protégeme de lo que quiero). La obra, creada por la artista estadounidense Jenny Holzer, señalaba con aguda lucidez uno de los núcleos más oscuros de la sociedad de consumo: la capacidad de convertir nuestros propios deseos en herramientas de sometimiento. Nos promete satisfacción, pero al alimentar sin tregua nuestros anhelos, nos encadena a ellos.

Así, el mensaje de Holzer nos enfrenta a una paradoja: ¿la libertad consiste en la satisfacción de nuestros anhelos, o existen deseos que, lejos de liberarnos, nos esclavizan? En una cultura que promueve el consumo como emblema de autonomía, solemos confundir la satisfacción del deseo con la libertad. Pero la libertad real no está en decir siempre que sí, sino en poder elegir qué deseos satisfacer y a cuáles renunciar. De lo contrario, corremos el riesgo de

convertirnos en prisioneros de lo que deseamos y caer en el libertinaje que quiebra las alas de nuestro espíritu. La libertad es un desafío que exige valentía, pues implica riesgo, esfuerzo y autodisciplina. El libertinaje, en cambio, es la negación de ese riesgo: el abandono a la inmediatez, a los placeres efímeros, a la falta de sentido. Mientras que en la libertad el espíritu despliega sus alas para elevarse, superarse y conquistar sus metas, en el libertinaje quedamos a merced de la corriente, como una balsa a la deriva arrastrada sin meta ni propósito.

Este último parece haber sido el destino de Lilit, la primera mujer, según ciertas tradiciones judías antiguas. En *Alfabeto de Ben Sira*, Lilit es presentada como la primera mujer de Adán, creada del mismo polvo y, por lo tanto, su igual. Así, frente a la pretensión de Adán de imponerse sobre ella, Lilit huye del Paraíso, rechazando cualquier tipo de sujeción. En su acto de rebeldía hay una afirmación de autonomía, pero sin un propósito ulterior. No dirige su libertad hacia un ideal, sino que reacciona ante una situación que no la conforma. Aunque podemos valorar su reacción como un gesto loable de resistencia a una circunstancia injusta —y en ese sentido concebir a Lilit como la primera mujer en rebelarse contra la misoginia y la represión patriarcal—, su gesto no persigue ningún propósito más allá de la defensa de su propia autonomía. En los relatos posteriores de la tradición cabalística, Lilit se convierte en un espíritu nocturno, símbolo de la lujuria y el caos, un ser que seduce y devora, sin más horizonte que la inmediatez de sus impulsos. Su libertad se degrada en una existencia sin rumbo, sin deseo de transformación, sin ninguna esperanza más allá de liberarse de una condición absurda e injusta. Lilit tuvo ciertamente una causa, un por

qué rebelarse, pero le faltó un propósito, un para qué hacerlo. Su rebeldía pudo haber sido el inicio de una emancipación auténtica, pero al no sostenerse en una búsqueda ulterior se transformó en libertinaje.

Eva y Lilit son figuras míticas de la transgresión femenina, y por ello ambas han sido históricamente condenadas y señaladas como el origen de los males que aquejan a la humanidad. Sin embargo, sus caminos fueron muy distintos. Lilit tuvo el mérito del arrojo, la valentía de no someterse a Adán y de rechazar un destino impuesto sin su consentimiento. Su rebeldía fue un acto de resistencia, una afirmación de su propia autonomía. Pero su huida, aunque audaz, no estuvo guiada por ningún otro objetivo más allá de la rebelión. No fue una elección en el sentido más profundo, sino una reacción impulsada por el rechazo y la insatisfacción. Lilit carecía de las herramientas necesarias para transformar su rebelión en un verdadero acto de libertad: le faltaba un horizonte, un para qué. Esto solo es posible cuando podemos reconocer la diferencia entre la verdad y la mentira, el bien y el mal. Porque no basta con sentir la incomodidad o el dolor que nos hacen reaccionar; para elegir en libertad, debemos examinar lo que sentimos y darle un sentido. A veces podemos elegir lo que nos incomoda o no nos gusta porque lo consideramos justo o bueno, de la misma manera que podemos abstenernos de algo que deseamos y nos proporciona un placer inmediato porque lo consideramos injusto o inadecuado. Al no poseer el conocimiento del bien y del mal, pues ella no había probado el fruto prohibido, la rebelión de Lilit quedó suspendida en la levedad de quien rompe con la injusticia establecida, pero sin el peso de un ideal que le dé propósito y sentido.

Eva, en cambio, no huye del Paraíso, sino que arriesga su permanencia en él movida por un deseo más grande: conocer, comprender, trascender los límites de lo dado. Su desobediencia no es solo un «no» a la prohibición, sino un «sí» a la búsqueda de la verdad. A diferencia de Lilit, que se aparta sin rumbo, Eva elige con plena conciencia y en esa elección entiende que la libertad no es simplemente romper cadenas, sino asumir la responsabilidad de tener un propósito y elegir una meta. Su desobediencia representa una caída y también una elevación, porque al arriesgarse a caer, Eva se eleva por encima de una existencia en la ignorancia y la sujeción.

La búsqueda de la libertad auténtica es siempre un acto de rebelión, un «no» dirigido a aquello que contradice nuestro sentido de justicia. Pero rebelarse no es solo resistir, sino hacerlo con un propósito, con una idea que dé sentido a la rebelión y oriente la acción. No basta con rechazar un mandato arbitrario o una realidad injusta; también es imprescindible apostar por aquello que consideramos justo y necesario. No se trata solo de oponerse a lo que está mal, sino de comprometerse activamente con lo que merece ser defendido. La rebelión genuina no se reduce a la mera oposición, sino que es un impulso transformador, guiado por el deseo de algo más que la simple liberación de una opresión: es la voluntad de cuestionar, elegir y actuar para cambiar la realidad. Quien se rebela asume un compromiso que va más allá de sí mismo; no busca la libertad solamente para sí, sino en nombre de algo que se eleva por encima de su propio interés o deseo. Y en ese acto de afirmación y transformación carga con un peso ineludible: el de la responsabilidad. Como afirmó Sartre,[55] «cuando decimos que el hombre es responsable de sí mismo, no queremos decir que el

hombre es responsable de su estricta individualidad, sino que es responsable de todos los hombres».

Así, debemos imaginar a Eva comprendiendo que el mandato que le era impuesto —el de permanecer en la ignorancia para poder gozar de una existencia en un estado de bienestar perpetuo pero no examinado ni elegido— atentaba contra la posibilidad de ejercer su libre albedrío. Imaginar a una mujer, la primera, rebelándose no solo *por*, sino también *con* una razón. Debemos imaginar a Eva dudando, pensando, eligiendo y actuando más allá de su interés o conveniencia personal. Contemplando un horizonte más amplio que el de su propia zona de confort. No en vano fue llamada Eva, «dadora de vida», porque, a través de su rebelión, no solo transformó su propio destino, sino el de toda la humanidad. Si pensar es agradecer, es a ella a quien debemos agradecer el don recibido.

48 Immanuel Kant, «¿Qué es la Ilustración?».
49 Immanuel Kant, «¿Qué es la Ilustración?».
50 Martin Heidegger, *Ser y tiempo*.
51 Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio.*.
52 Martina Heidegger, «Pensar es agradecer».
53 «Solo una cosa es segura: la contradicción entre peso y levedad es la más misteriosa y equívoca de todas las contradicciones», La insoportable levedad del ser**.**
54 Friedrich Nietzsche, «Del árbol de la montaña», en *Así habló Zaratustra*.
55 Jean Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo*.

VII

LLEGA A SER QUIEN ERES

HIMNO A LA VIDA

Igual que cada amigo ama a su amigo,
así te amo yo a ti, vida enigmática.
Tanto si me haces gritar de gozo que llorar,
tanto si me das penas o placeres.
Yo te amo en la aflicción y en la alegría.
Y si alguna vez quieres acabar conmigo,
me arrancaré de tus brazos con dolor
como se arranca el amigo del pecho de su amigo.

Con todas mis fuerzas yo te abrazo.
Deja que en tu llama arda mi espíritu.
Y que en el fragor de la lucha
encuentre yo la clave al enigma de tu ser.
Quién tuviera siglos para existir, para pensarte.
Abrázame con fuerza entre tus brazos.
Si no te queda ya felicidad que darme,
de acuerdo, dame ese sufrimiento que aún te queda.

Lou Andreas-Salomé

La historia de la filosofía ha sido, casi desde sus inicios, un vasto escenario en el que resonaron mayoritariamente voces masculinas. Las mujeres fueron mantenidas en los márgenes, no por falta de pensamiento, sino porque se las creyó demasiado emocionales, demasiado intuitivas, demasiado humanas para la supuesta pureza del razonamiento abstracto. Hoy, algunas logran alzar la voz y hacerse escuchar, pero muchas lo consiguen solo cuando logran templar su lenguaje al tono dominante: analítico, preciso, ascético. Como si para entrar en el coro del pensamiento legítimo hubiera que silenciar la carne, aplacar la pasión, domar las alas del espíritu. Como si para filosofar hubiera que renunciar a lo que vibra, a lo que tiembla, a lo que duele. A lo que arde.

Pero yo nunca lo viví así. La filosofía nunca fue, para mí, un juego de razonamientos abstractos ni una construcción de ideas sin alma. Si elegí este camino fue porque, desde un principio, sentí que filosofar es una danza, un vértigo, una pasión. Y, desde siempre, los pensamientos que más me han marcado son aquellos en los que la razón vibra con pasión. Nunca me vi atraída por la filosofía meramente lógica, despojada de emoción, que no me provoca piel de gallina. Aunque la filosofía es un ejercicio racional, siempre sentí que las ideas más potentes nacen de un cruce entre la razón y la pasión, entre el rigor del concepto y la fiebre del asombro. Una

buena idea no solo se analiza metódicamente, sino que también atraviesa y transforma a quien la piensa. Hay que hundirse en el vértigo, en la vulnerabilidad, en el estremecimiento que provoca la pregunta sin respuesta, en la emoción de sentir cómo una idea nueva te golpea el pecho, te sacude y te transforma. Pensamos con la mente, pero también con el cuerpo. Las ideas nacen de la experiencia, de las heridas que abren grietas en el mármol de la razón pura, de la lógica que se resiste a la contradicción para descubrirnos un terreno inestable, movedizo, donde nada es del todo firme ni definitivo. Pensar es entrar en el desconcierto, aceptar que podemos sentirnos bien y mal al mismo tiempo, que algo puede ser verdadero y, a la vez, contener su opuesto. No pensamos para hallar certezas, sino para habitar la duda. No para fijar verdades, sino para rozarlas sabiendo que siempre se nos escapan. Pensar no es afirmarse, sino tambalear. No es tener razón, sino aprender a perderla sin perderse. Saber, en última instancia, es saber que nunca sabemos del todo —y aun así, seguir preguntando—.

Kant se preguntó si la filosofía debía abandonar el suelo firme de la razón para adentrarse en el mar abierto de lo desconocido. Y decidió que no. Prefirió el terreno seguro, las estructuras sólidas, la lógica contenida en sistemas precisos. Pero yo siempre sospeché que detrás de la apariencia rigurosa y metódica de Kant latía un espíritu profundamente enamorado de la aventura del pensamiento. Su pluma, por más que se empeñara en recorrer caminos ordenados, debe de haber temblado alguna vez ante la vastedad de lo que intentaba delimitar. De lo contrario no hubiese sido el filósofo que fue.

Pero si hay un filósofo que me transmitió el temblor, la fiebre que arde mientras se concibe una nueva idea, ese fue Nietzsche. Siempre recuerdo la primera vez que lo leí: mientras recorría sus palabras sentía que ahí latía una pulsión que me atraparía para siempre. Y enhorabuena, porque Nietzsche como maestro posee la genial habilidad de liberarnos. Librarnos de la tentación a idolatrarlo y aferrarnos incondicionalmente a sus ideas: «¿Decís que creéis en Zaratustra? ¡Mas qué importa Zaratustra! […] Yo soy un pretil junto a la corriente: ¡agárreme el que pueda agarrarme! Pero yo no soy vuestra muleta».[56] Nietzsche no busca discípulos incondicionales, sino espíritus que se enfrenten a sí mismos, que piensen por cuenta propia, que lo celebren con la misma pasión con la que a veces lo contradicen. Nietzsche no quiere seguidores, quiere amigos en el camino del pensamiento, compañeros de viaje que se atrevan a discutir con él, a desafiarlo y a abandonarlo si es necesario. «No es necesario ni deseable que alguien tome partido por mí. Al contrario, una dosis de curiosidad como la que nos inspira una planta extraña, acompañada de una resistencia irónica me parecería una posición incomparablemente más inteligente en relación con mi persona».[57] Leer a Nietzsche con atención plena implica, inevitablemente, pelearse alguna vez con él. Pero es precisamente en esas contiendas, en esos momentos de incomodidad, donde sus ideas despliegan todo su poder. Porque su filosofía no está hecha para apaciguar, sino para sacudir, para destruir certezas y abrir abismos, para obligarnos a mirar de frente aquello que preferiríamos evitar. Y ahí radica su mayor regalo: su pensamiento no impone, sino que libera.

Aunque mi primer encuentro con Nietzsche fue a través de *Humano, demasiado humano*, la obra que más me impactó —y que sigue siendo una referencia indispensable hasta el día de hoy— es *Así habló Zaratustra*. Todas las preguntas, las inquietudes, los problemas, los temblores, los placeres y los malestares humanos se encuentran ahí, latiendo en sus páginas. No se me ocurre nada que pueda pensarse y vivirse que no se encuentre contenido en ese libro. Y la condición femenina no es la excepción. Uno de los testimonios más polémicos es la célebre advertencia «si vas con mujeres, no olvides el látigo».[58] De más está decir que una de mis peleas más feroces con Nietzsche se desató la primera vez que leí esta frase. En una primera lectura, tomada en su sentido más literal, la afirmación es, sin rodeos, misógina. La mujer es representada como alguien a quien se debe controlar con violencia, un ser incapaz de analizar, de dialogar, de llegar a acuerdos a través de la deliberación racional. No solo se la presenta como proclive a la falta, a la equivocación, al pecado —porque nadie lleva un látigo si no espera tener que castigar—, sino como alguien a quien no se puede tratar de igual a igual. No una interlocutora sino una bestia.

Pero Nietzsche no es un pensador de frases unívocas ni de ideas categóricas. Y si algo he aprendido a lo largo de mis lecturas es que sus ideas nunca son tan simples como parecen. El pensamiento y la obra de Nietzsche son más metafóricos que conceptuales; él no explica sus ideas, las canta. ¿Acaso la figura del látigo no estará aludiendo a lo difícil de domesticar? ¿No podría estar insinuando que la mujer es un ser indómito, incontrolable? ¿Y es eso algo reprobable o, por el contrario, algo que incomoda a quienes persiguen la sumisión a un orden establecido? Sí, el látigo es una imagen

agresiva, inquietante, pero tal vez Nietzsche la eligió a propósito, para llamar la atención sobre la potencia de la naturaleza femenina y su capacidad de resistir cualquier intento de domesticación. Quizás lo que nos está diciendo, con su característico lenguaje provocador, es que la mujer no es, ni debe ser, dócil.

Además, hay un detalle que no se puede ignorar: la advertencia no proviene de Zaratustra. No es él quien pronuncia esas palabras, sino una viejecilla que, antes de soltar esa sentencia, le dice algo igualmente poderoso: «Para la mujer, nada es imposible».[59] Ahí, en esa aparente contradicción, se esconde una clave. Nietzsche, que siempre desconfió de las verdades absolutas, nos pone en jaque una vez más. Porque si la mujer es un ser imposible de domesticar, si su potencia desafía cualquier límite, ¿qué se esconde realmente detrás de la imagen del látigo? ¿Un instrumento de dominación o una prueba de que, pese a todo, la naturaleza indómita de la mujer está siempre ahí, acechando entre las sombras de una voluntad que busca reprimirla y dominarla?

Tal vez Nietzsche vislumbró, a su manera, lo que años después Clarissa Pinkola Estés llamaría «la mujer salvaje»; una fuerza primigenia que habita en el alma femenina, que no se deja encerrar, que sobrevive incluso en las mujeres más doblegadas. «Todos sentimos el anhelo de lo salvaje, y este anhelo tiene muy pocos antídotos culturalmente aceptados. Nos han enseñado a avergonzarnos de este deseo. Nos hemos dejado el cabello largo y con él ocultamos nuestros sentimientos. Pero la sombra de la mujer salvaje acecha todavía a nuestra espalda de día y de noche. Dondequiera que estemos, la sombra que trota detrás de nosotros tiene sin duda cuatro patas».[60]

¿No será el látigo en la metáfora de Nietzsche una advertencia del poder inquebrantable de la sombra de la mujer salvaje? Quizás su provocación no es un menosprecio, sino una señal de que la mujer, en su esencia más profunda, sigue siendo la gran fuerza libre, la gran criatura indómita que ninguna civilización ha logrado domesticar absolutamente. Yo, personalmente, elijo leer en esta escena una suerte de feminismo inesperado. Porque para mí, esa viejecilla que parece repetir un prejuicio es, en realidad, una figura lúcida, una voz que conoce los dobleces del poder y lanza una advertencia en clave: no te fíes, Zaratustra, de la imagen dócil que te han enseñado de la mujer. No caigas en la trampa machista que la representa como débil, sugestionable, emocional o fácilmente domesticable.

Porque detrás de esa imagen sumisa, detrás de siglos de silenciamiento y represión, late todavía —viva y tenaz— la sombra de la mujer salvaje. Esa criatura de cuatro patas que, aunque parezca dormida, nunca ha dejado de acechar. Esa fuerza libre que no olvida, que no se doblega del todo, que lleva en sus entrañas el impulso de la rebelión.

Tal vez Nietzsche lo sabía. Tal vez ese látigo no es una invitación a someter, sino una advertencia desesperada de quien presiente que no podrá. Porque cuando llegue el momento, ella —la mujer— no pedirá permiso. Rugirá.

Eva es la encarnación primigenia de la mujer salvaje que describe Pinkola Estés. Su rebelión, lejos de ser un simple acto de desobediencia caprichosa, es la manifestación de una fuerza más profunda, más antigua, más esencial: el anhelo irrefrenable de lo femenino por traspasar los límites que le han sido impuestos

históricamente. Según Pinkola Estés la mujer salvaje es «el alma femenina. Pero es algo más; es el origen de lo femenino [...] es la base». Y si buscamos ese origen, ese punto fundacional en el que lo femenino se vuelve conciencia, deseo y transgresión, lo encontramos en Eva. Porque Eva no acepta el papel de criatura obediente. No se resigna a vivir bajo la sombra de un mandato que la condena a la ignorancia. Hay en ella una inquietud insaciable, un instinto que la empuja más allá de los límites de lo permitido, porque sabe —quizás de una manera que no puede explicar con palabras, pero que siente en lo más hondo de su ser— que la vida auténtica no es obediencia ciega, sino búsqueda inquieta. Su decisión de comer el fruto del conocimiento no es solo un acto de valentía, sino de afirmación de sí misma: Eva se elige a sí misma por sobre el mandato divino. Prefiere arriesgarse, perder la seguridad del Paraíso, antes que ser una criatura pasiva dentro de sus fronteras seguras y confortables.

Como la mujer salvaje de Pinkola Estés, Eva es la fuerza que se resiste a la domesticación. La cultura ha tratado de ocultarla, de silenciarla, de convertir su historia en una de culpa y castigo. Pero su sombra sigue ahí, acechando, susurrando en la conciencia de quienes aún sienten el deseo de lo salvaje. Así, más que un símbolo de la caída, Eva encarna el «vértigo de la libertad».[61] De la libertad de elegir y, también, de la posibilidad de equivocarse. Porque el error es siempre una posibilidad en el ejercicio de la libertad auténtica. Al probar el fruto, Eva ejerció esa libertad: pensó por sí misma, cuestionó lo dado y actuó en consecuencia. Si su elección fue un acierto o un error es algo que puede discutirse, pero, más allá de cualquier moralización, a través de su elección, Eva inaugura la posibilidad misma de la libertad de pensamiento.

Sí, Eva fue la primera de muchas mujeres que, a lo largo de la historia, se han valido del «don recibido» para, en las más diversas circunstancias, autodeterminarse y elegir en libertad. Una de ellas fue Lou Andreas-Salomé, una mujer en quien Nietzsche reconoció «un alma verdaderamente heroica».[62] Este no es un elogio menor viniendo de alguien que hizo del heroísmo una categoría filosófica. Pero ¿qué significa ser un alma heroica para Nietzsche? No se trata de la heroína convencional ni de la mártir que se sacrifica por los demás, sino de aquella que tiene el coraje de vivir de acuerdo con los dictados de su propia consciencia. En este sentido, Lou encarnó el mismo espíritu heroico que Eva. Porque no solo pensó, sino que vivió de acuerdo con lo que pensaba, aunque eso significara desafiar las normas de su tiempo, renunciar a la comodidad de los roles preestablecidos y enfrentar el juicio de quienes no comprendían su libertad. Nietzsche vio en ella esa grandeza, esa independencia feroz que no se doblega ante mandatos externos buscando aprobación. Y aunque en un momento deseó poseerla como esposa, tuvo que reconocer que Lou no pertenecía a nadie, ni siquiera a él. Lou solo se pertenecía a sí misma. Y Nietzsche la admiró por eso.

Lou fue una mujer rebelde, atípica para su época, una criatura difícil de dominar. En un tiempo en el que las mujeres aún estaban destinadas al matrimonio y a una existencia restringida al hogar, ella eligió el pensamiento, la escritura y la exploración del deseo femenino. No quiso someterse ni a los convencionalismos sociales ni a los mandatos de otros, por más brillantes que fueran. Su vida estuvo guiada por un mensaje que recibió en uno de los momentos más dolorosos de su vida. Su padre, con quien tenía un vínculo muy estrecho, le envió una carta poco antes de morir. Lou la recibió días

después de su fallecimiento y al abrir el sobre se encontró con una sentencia, un legado que iba a guiar su vida desde entonces: «Llega a ser quien eres». Esta es una máxima de Píndaro,[63] poeta lírico de la Grecia antigua. Su padre le legó este consejo, seguramente porque veía en su hija de dieciséis años un potencial brillante. Y no se equivocó, porque Lou llegó a ser no solo la mujer de quien se enamoraron hombres de la talla de Nietzsche y Rainer Maria Rilke, sino también la primera mujer admitida en el «grupo de los miércoles»[64] por Sigmund Freud. Así, se convirtió en la primera psicoanalista mujer de la historia. Inquieta e inconformista, Lou Andreas-Salomé se sumergió, desde muy joven, en los círculos intelectuales más innovadores de Europa, en los que forjó una trayectoria única que la llevó a convertirse en una autora prolífica y versátil. Su pensamiento fue una fusión audaz entre el psicoanálisis freudiano y la filosofía de Nietzsche, con un enfoque especial en el estudio del narcisismo y la sexualidad femenina. Pero más allá de sus contribuciones intelectuales, lo que distinguió a Lou fue su manera de vivir: con una libertad extraordinaria, poco común para una mujer de su tiempo. En los inicios del siglo XX, se convirtió en un símbolo de emancipación femenina, desafiando las normas impuestas y desconcertando a una sociedad que no estaba preparada para una mujer como ella. Su independencia —intelectual, emocional y vital— fue la manifestación de su sed insaciable de conocimiento y de su firme determinación de defender su autonomía, a pesar de las restricciones de su época.

La máxima de Píndaro atravesó su vida entera. No como un simple consejo, sino como un lema existencial. «Llega a ser quien eres» es un llamado a la autenticidad, pero también al desafío. Porque llegar

a ser quien uno es no es una tarea sencilla. Requiere un camino de autodescubrimiento y crecimiento, enfrentando tanto las resistencias del mundo como las propias sombras que atraviesan el proceso. Lou encarnó ese lema en cada decisión, en cada renuncia, en cada conquista. No aceptó ser definida por los otros, sino que se encargó de forjar su propio destino en libertad.

Pero ¿qué significa realmente llegar a ser quien uno es? La exhortación de Píndaro tiene una doble vertiente. Por un lado, implica un movimiento introspectivo: sumergirse en las profundidades del alma con los oídos bien aguzados y los ojos bien abiertos, al encuentro de esas voces y multiplicidades que nos habitan y que tienen algo que revelarnos sobre nosotras mismas. Conectar con lo inconsciente, con el *daimon*, con la serpiente, con la loba que ruge en el interior de cada mujer y que, si aprendemos a escucharla, nos guía con una sabiduría ancestral, asentada en lo más profundo del alma. Pero este viaje al interior, aunque necesario, no es suficiente. El llamado de Píndaro también exige un salirse del ensimismamiento propio de la introspección para buscar y ambicionar la altura de nuestras posibilidades. Hay algo dentro de nosotras que debemos explorar, pero también algo por encima de nosotras a lo que debemos aspirar. Ambas dimensiones son igualmente importantes para responder al llamado de Píndaro. Porque su exhortación no es solo un llamado al autoconocimiento, sino también a la autosuperación. Estas dos dimensiones —la introspección y la expansión— son fuerzas que se potencian mutuamente. No basta con mirarnos hacia adentro y comprender quiénes somos; ese es solo el primer paso. Para que ese conocimiento tenga sentido, debe encarnarse en la acción. Y, al

mismo tiempo, esa acción no puede nacer de la arbitrariedad o de la inercia, sino que debe estar guiada por una voz interior fortalecida, por una conexión con aquello que pulsa y nos guía desde nuestro mundo interior. Solo cuando ambas fuerzas trabajan juntas —cuando nos descubrimos y nos atrevemos a actuar en consonancia con ese descubrimiento— podemos responder al llamado de Píndaro.

Eva encarna esta dialéctica entre la introspección y la expansión —mirar para adentro para proyectarse hacia afuera— con una claridad suprema. Antes de comer el fruto, antes de desafiar el mandato divino, dialogó con la serpiente. Y en ese diálogo del alma consigo misma, Eva halló el motivo (la razón), pero también el impulso para dar el paso siguiente. Porque escuchar no hubiese sido nunca suficiente: nada habría cambiado si Eva se hubiese quedado en el diálogo con la serpiente sin ninguna aspiración ulterior. Eva tenía que dar un paso más y salirse de sí misma para mirar más allá de los confines de su mente, de su yo, y aspirar a una meta por encima de ella. Solo al arriesgar la seguridad del Paraíso por la promesa del conocimiento hasta entonces desconocido Eva respondió plenamente al llamado de Píndaro, superando nuestra tan humana tendencia a circunscribir la realidad al contorno de nuestro ombligo. La expansión, el salir de los límites de nuestra propia mismidad para aspirar a algo que nos trasciende, es lo que realmente nos eleva. Porque cuando nos atrevemos a franquear las fronteras de nuestro ego y a aspirar a algo más de lo que ya somos, accedemos a una versión más evolucionada de nosotros mismos. Y en esa expansión, nos fortalecemos. Superarnos es también una forma de afirmarnos y constatar que somos capaces de hacerlo alimenta la estima que nos profesamos a nosotros mismos.

Actuar en pos de lo que anhelamos, atrevernos a desafiar el miedo y la comodidad, nos devuelve una imagen de nuestra propia fuerza, alimenta nuestra autoestima, nos hace confiar en nuestro propio potencial. La mujer salvaje dentro de nosotras, esa que muchas veces ha sido acallada y reducida al olvido, levanta la voz cuando descubre que su grito no es en vano. Como afirma Pinkola Estés, «todo lo que se siente escuchado se anima a alzar su voz para no permanecer olvidado en los resquicios del alma».

Este proceso tiene un impacto profundamente psicológico. Muchas veces nos ocupamos de reconocer y escuchar nuestra voz interior, pensando que eso es suficiente. Yo sé lo que quiero, sé lo que me pasa, reconozco mi deseo y mi insatisfacción, tengo mi conflicto identificado. Pero si bien ese primer paso es, sin duda, fundamental, no es suficiente para responder al llamado de Píndaro. Para satisfacerlo tenemos que aspirar a lo elevado, al desafío, a subir la montaña, a superarnos a nosotras mismas. No basta con saber qué nos inquieta; debemos hacer algo con ese saber. No basta con saber que queremos más; tenemos que salir a buscarlo. Solo de esta manera, atendiendo ambas dimensiones, podemos llegar a sentirnos satisfechas con nosotras mismas. Solo así podemos aspirar a una vida buena en el sentido profundo que le daban los griegos: una vida que no se queda atrapada en la comodidad ni en el miedo, sino que se despliega en todo su potencial. Eva y Lou nos muestran la convergencia de estos dos caminos: el de la búsqueda interior y el de la acción elegida, el de la conexión con lo que somos y el de la valentía para ir más allá de nosotras mismas. Porque llegar a ser quienes somos implica un descubrimiento y también una conquista.

Enfrentar la realidad sin autoengaños, sin refugios ilusorios, nos vuelve vulnerables, sí, pero no en un sentido masoquista, sino en el sentido de quien se despoja de lo falso para sostenerse sobre lo auténtico. Cuanto más conscientes somos de nuestra vulnerabilidad, más nos fortalecemos. Porque todo aquello que ha sido reconocido, escuchado, legitimado dentro de nosotros cobra vida. Quien, como el *daimon* de Sócrates y la serpiente de Eva, comprueba que su voz es realmente oída se anima a hablar, a salir de los resquicios del alma en los que ha permanecido oculto y silenciado. En esto consiste el auténtico empoderamiento que buscamos las mujeres: en reconocer la sombra que habita nuestra alma y escucharla. Confiar en nosotras mismas, en nuestra sabiduría salvaje.

Así, no debería llamarnos la atención que quien haya compuesto el «Himno a la vida» del epígrafe de este capítulo sea, al mismo tiempo, una mujer que respondió con su existencia al llamado de Píndaro. No es casualidad, porque el amor a la vida va siempre de la mano del amor a uno mismo. Lou Andreas-Salomé pudo escribir un himno a la vida porque había hecho de su propia existencia algo digno de ser amado, porque había abrazado su destino con valentía, porque había asumido el desafío de convertirse en quien realmente era. Su poema no es una expresión ingenua de optimismo ni un canto a la felicidad superficial; es la afirmación de una mujer que se hizo cargo de su vida y que la moldeó con plena autonomía, afirmándola tanto en el gozo como en el padecimiento. «Tanto si me haces gritar de gozo como llorar, tanto si me das penas o placeres, yo te amo en la aflicción y en la alegría». Lou nos dice que el amor a la vida no depende de sus circunstancias, sino del vínculo que construimos con nosotras mismas a lo largo de nuestra existencia.

Aquí es donde se traza una línea clara entre la profunda afirmación de la vida que hace Lou y la cultura del pensamiento positivo que impera en la actualidad. En los discursos contemporáneos sobre el bienestar y la felicidad se ha instalado la idea de que debemos enfocarnos siempre en el lado bueno de las cosas, encontrar una enseñanza en cada caída, minimizar el dolor con frases motivacionales y aprender a «gestionar» nuestras emociones para convencernos de que el vaso está medio lleno, incluso cuando sentimos que está vacío. Esta lógica de la positividad nos fuerza a adoptar una actitud optimista como si fuera una simple cuestión de voluntad. Como si la vida fuese un lienzo que pintamos con los colores que queremos: si nos da sufrimiento, es porque nosotros —aun sin saberlo o quererlo— la pintamos así. Pero si creemos que la vida es algo que podemos diseñar o modelar conforme a nuestro deseo o voluntad, entonces no podremos amarla auténticamente. El amor verdadero, ya sea hacia una persona o hacia la vida misma, no consiste en exigir que lo que amamos colme nuestras expectativas, en forzarlo a encajar en una versión idealizada que no nos incomode ni nos confronte. El amor es un arte porque nos desafía a amar incluso cuando lo amado no se ajusta a nuestras expectativas. A veces el vaso está medio vacío, y sin embargo —si es amor verdadero— seguimos amando. No porque se trate de conformismo, masoquismo o resignación, sino porque aprendemos a ver y a abrazar al otro, o a la vida misma, en su verdad entera, con sus luces y sus sombras. No siempre lo que nos hace bien se presenta bajo formas agradables. A veces lo que nos duele, lo que nos frustra, lo que nos exige crecer también nos transforma y nos enriquece. Amar no es buscar placer a toda costa,

sino comprometerse con aquello que, incluso en la falta o en el desencanto, nos incita a superarnos a nosotras mismas, a empoderarnos. El verdadero empoderamiento no consiste en erigir una imagen perfecta de nosotras mismas ni en convertirnos en una empresa que debe rendir sin pausa. No se trata de autoafirmarnos a cualquier precio, ni de exhibir una fortaleza inquebrantable, ni de gestionar nuestras emociones como si fueran recursos que debemos optimizar para alcanzar el éxito. Nos empoderamos cuando les permitimos a todas nuestras voces —las seguras y las temblorosas, las luminosas y las heridas— dialogar entre sí sin censura. Integrar, no negar. Reconocer que somos múltiples, que a veces dudamos, que no siempre estamos bien y que eso no nos hace menos valiosas, sino más reales.

La conquista de libertades y derechos políticos, jurídicos, económicos y culturales han sido y siguen siendo, sin duda, esenciales para abrir camino, ganar visibilidad y afirmar nuestra voz en el mundo. Pero no basta con ocupar espacios si, al mismo tiempo, no logramos habitarnos plenamente. Porque el verdadero poder no es solo el que se ejerce hacia afuera, sino también el que se conquista por dentro: el de reconciliarnos con lo que somos, con el hecho de haber nacido mujeres, sin vergüenza ni culpa, sin sentir que debemos justificarnos o parecernos a otro modelo para ser válidas. Empoderarse es, también, un trabajo interior: un ejercicio de conciencia que nos lleva a desenterrar los prejuicios, las creencias y los mandatos que nos habitan —y que muchas veces nos impiden amarnos, reconocernos, afirmarnos—. El verdadero empoderamiento no es solo una conquista externa, sino una revolución íntima: la de mirarnos con nuevos ojos, la de afirmarnos desde adentro, la de

elegir —por fin— ser mujeres a nuestra manera, en toda la amplitud de lo posible.

Hemos crecido en una cultura que durante siglos ha murmurado —y a veces gritado— que ser mujer es ser menos. Menos fuerza, menos razón, menos valor. Nos enseñaron a pensarnos como el sexo débil, emocional, inestable, accesorio. Nos moldearon con lenguajes que nos excluían, con relatos que nos ubicaban en los márgenes, con símbolos que nos convertían en lo otro de lo humano. Y sí, es absolutamente necesario —y justo— enfrentar esas estructuras externas: cuestionar las normas, denunciar los mandatos, impugnar las formas de poder que nos han desposeído de voz, de lugar, de derecho. Pero hay una lucha aún más sutil, más silenciosa y más difícil: la que debemos dar contra las huellas que esa cultura ha dejado en nosotras. Porque no basta con señalar el afuera si seguimos llevando el adentro sin revisar.

A veces somos nosotras mismas —sin quererlo, sin saberlo— quienes nos negamos el derecho a ocupar el centro, a decir «yo» sin pedir permiso, a amarnos sin pedir disculpas. Así, muchas veces seguimos actuando según un guion antiguo, escrito en una lengua que ya no nos nombra pero que aún nos dirige: el guion de la resignación, del resentimiento, de la victimización. Y aunque parezcan rebelión, estas respuestas no hacen más que perpetuar el lugar que nos asignaron: el del dolor que no se transforma, la herida que no se sutura, la figura que no se levanta, sino que espera —con rabia o con miedo— que el mundo cambie para recién entonces cambiar con él. Pero el auténtico empoderamiento no nace de esperar justicia como si fuera un don externo ni de gritar nuestro valor como quien quiere convencerse de algo que no siente.

El empoderamiento real es una revolución íntima.

No es gritar más fuerte, sino escucharse mejor.

No es endurecerse, sino habitar la propia sensibilidad sin vergüenza.

No es aparentar poder, sino conquistar la soberanía sobre nuestra propia voz, nuestros deseos, nuestras decisiones.

Porque no hay empoderamiento sin autodeterminación.

No hay libertad si seguimos identificándonos con las viejas cadenas.

No hay amor propio si solo amamos lo que brilla y rechazamos lo que tiembla.

Y no hay afirmación verdadera si no nos atrevemos a dejar atrás esa idea —profunda, enquistada— de que somos menos por haber nacido mujeres.

Empoderarse es desarmar esas creencias que nos susurran desde dentro, esas voces prestadas que nos repiten que no somos suficientes, que necesitamos demostrarnos, justificarnos, compararnos. Es aprender a caminar desde nosotras mismas, sin pedir permiso y sin pedir perdón por ser quienes somos.

Es dejar de vivir en reacción y empezar a vivir en afirmación.

Es no aceptar ni la sumisión impuesta ni la rebeldía rencorosa, sino trazar nuestro propio gesto, libre, único, nacido de la conciencia despierta y del genuino amor propio.

Esta forma de autoestima dista mucho del amor narcisista que promueve la lógica de la positividad, en el que la imagen importa más que la experiencia vivida, el bienestar se reduce a una sonrisa bien administrada y el sufrimiento debe maquillarse con frases

motivacionales. En ese modelo, se ama una versión idealizada de sí misma, no a la persona entera. Se ama el reflejo, no el fondo.

La lógica de la positividad nos empuja a construir una imagen de éxito emocional constante: una mujer fuerte, radiante, resiliente, eternamente optimista, siempre en control. No nos invita a conocernos, sino a gustarnos. No a abrazar lo que somos, sino a pulir lo que mostramos. Como el narcisismo, exige borrar la fragilidad, silenciar el dolor, ocultar la duda. Nos hace creer que amar es sostener una versión brillante de nosotras y que el malestar es un desvío que debemos corregir con voluntad. Así, las emociones dejan de ser vividas para ser gestionadas; no se sienten, se administran. Y ese mandato de perfección emocional —tan poco humano como inalcanzable— nos aleja de un amor genuino hacia nosotras mismas. Porque cuando la autoestima se basa en la autoexaltación, no hay lugar para el error, ni para el cansancio, ni para la sombra. Todo lo que no encaje en el ideal se reprime. Pero el amor propio no florece desde la negación, sino desde la integración. Solo cuando dejamos de actuar para el espejo y empezamos a escucharnos con honestidad podemos decir que nos estamos empezando a amar de verdad.

Eva Illouz[65] ha señalado con agudeza cómo las emociones, en las sociedades contemporáneas, han sido colonizadas por el mercado. Nos han enseñado a vivir el amor —hacia los otros y hacia nosotras mismas— bajo las lógicas del rendimiento, la eficacia, el cálculo emocional. Así, incluso el amor se convierte en un producto que debe funcionar, una inversión que debe dar resultados. Y si no lo logra, se desecha. En este paisaje emocional empobrecido, amar-se implica siempre demostrar algo: que somos valiosas, que somos

fuertes, que estamos bien. Pero ¿cómo habitar el malestar sin sentirnos defectuosas? ¿Cómo dejar de medirnos en términos de éxito afectivo o fracaso emocional?

Por otra parte, Marina Garcés[66] nos invita a pensar que la filosofía —y la vida misma— comienza cuando dejamos de huir de nuestra vulnerabilidad. No se trata de reforzar la idea de un yo blindado, seguro de sí, sino de aceptar que somos cuerpos expuestos, pensamientos abiertos, vidas que no pueden controlarlo todo. Frente a la fantasía de autosuficiencia que promueve la cultura del bienestar, Garcés nos propone otro camino: el de pensarnos desde nuestra fragilidad compartida, desde lo que nos une a los demás no por excelencia, sino por límite.

El amor narcisista no ama al otro, sino a la imagen que el otro le devuelve de sí mismo. El narcisismo no se limita a la admiración excesiva de la propia persona; es, más profundamente, una incapacidad de abrirse genuinamente a la alteridad. Quien ama narcisistamente no soporta lo imprevisible del otro, su opacidad, su autonomía. Necesita que el otro confirme su propia visión de la realidad, que lo refleje sin distorsiones, que le devuelva una imagen de sí mismo de la que pueda enamorarse. En este tipo de amor, el otro es solo un espejo, no una presencia real con su propia complejidad. Cuando trasladamos esta lógica al vínculo con la vida, nos encontramos con la ilusión de que solo podemos amarla si responde a nuestros deseos, si es amable, si se ajusta a nuestras expectativas. Pero la vida, como cualquier ser amado, no se deja poseer ni domesticar. Es indomable, impredecible, muchas veces cruel incluso. Querer que la vida sea solo luminosa o agradable es no querer sino una idealización imposible de la misma.

El himno a la vida de Lou Andreas-Salomé, en cambio, no exige alegría ni impone optimismo como símbolo de éxito personal. Su amor a la vida no depende de que esta sea placentera o generosa. Ama la vida en su totalidad, no porque siempre sea buena, sino porque es suya. Y esto es clave: la vida no se ama porque sea perfecta ni porque nos sonría, no se ama porque podemos adaptarla a nuestra voluntad —a través de una administración de las emociones o como sea—, sino porque hemos hecho de ella algo que vale la pena afirmar y amar. El himno que Lou Andreas-Salomé le dedica a la vida es radical porque no excluye nada: «Si no te queda ya felicidad que darme, de acuerdo, dame ese sufrimiento que aún te queda».

Esto es lo que la cultura de la positividad, con su estrechez de miras, no es capaz de concebir: que la verdadera afirmación de la vida no consiste en administrar el dolor para que no nos pese tanto, sino en abrazarlo como parte de la existencia y encontrar en él la oportunidad de superarnos. Que el amor a la vida no es sinónimo de estar siempre bien, sino de estar plenamente en ella, con todo lo que eso implica. Que no se trata de forzarnos a encontrar el lado bueno de todo, sino de vivir con intensidad, con autenticidad, con la conciencia de que el sufrimiento también tiene su lugar.

Eva y Lou no se abandonaron a un amor ingenuo por la vida, no la aceptaron con resignación ni la idealizaron con un optimismo vacío. Amaron la vida en el sentido más auténtico: la afirmaron en su totalidad, porque supieron temer y temblar ante sus desafíos. No se aferraron a ella por comodidad ni por simple deseo de preservarse, sino porque entendieron que en cada obstáculo, en cada dolor, en cada incertidumbre había una oportunidad para superarse a sí

mismas, para expandirse más allá de lo que conocían, para mirar por encima del horizonte de lo dado.

Eva, al comer el fruto del conocimiento, no solo arriesgó la seguridad del Paraíso, sino que aceptó el sufrimiento que venía con esa decisión. No fue un acto impulsivo ni un capricho; fue la voluntad consciente de elegir la autonomía a sabiendas del precio que tendría que pagar por ella. Desafió un mandato categórico, cruzó el umbral de lo prohibido, enfrentó el castigo y la condena sin volver atrás. Eligió saber, aunque el saber doliera. Eligió ser libre, aunque la libertad trajera consigo la incertidumbre, el exilio, la pérdida de toda certeza. Fue el primer gran acto de autodeterminación, un acto trágico y grandioso, porque Eva supo que no hay conocimiento sin sacrificio, no hay evolución sin desprendimiento. Y Lou Andreas-Salomé vivió bajo este mismo principio. Su himno a la vida no es una exaltación romántica de la existencia, sino un reconocimiento de su naturaleza compleja. En su canto no hay ingenuidad ni presunción, hay voluntad y afirmación. No exige una vida fácil, no demanda recompensas; lo que quiere es quemarse en el fuego de la experiencia, atravesar la lucha para alcanzar la verdad de su propia existencia. Ella supo que la vida no se trata de evitar el dolor, sino de atravesarlo con dignidad, de hacer de cada caída una ocasión para fortalecerse, de cada crisis un portal hacia una versión más grande de sí misma.

Frente a estas mujeres, la cultura del *wellness* se revela como una farsa. Pero no una farsa inocua, sino una trampa peligrosa, porque esta imposición del bienestar constante no nos libera, sino que nos somete a la tiranía de la felicidad obligatoria. Nos condena a la insatisfacción, a la frustración y a la depresión porque nos hace

creer que si no podemos ser felices, si no logramos ver el vaso medio lleno, es porque hemos fallado —o, peor aún, somos fallidos —. Nos infantiliza con su promesa de bienestar inmediato, con sus recetas de superación exprés, con su obsesión por la utilidad. En este mundo, todo debe servir para algo: incluso el dolor, incluso la pérdida, incluso la tristeza deben ser capitalizados en lecciones de vida optimistas, reducidos a frases motivacionales listas para ser vendidas: «el dolor es solo una creencia limitante», «no aceptes la negatividad en tu vida».

Eva y Lou son la antítesis de esta manipulación. No buscaron gestionar la vida, la vivieron. No domesticaron el sufrimiento, lo aceptaron como parte de su camino. No se dejaron engañar por la comodidad de lo dado, eligieron la incertidumbre de lo que podía ser. Comprendieron que el verdadero sentido no se encuentra en el confort, sino en el desafío. Y por eso sus vidas siguen brillando, no como ejemplos de felicidad, sino como testimonio de lo que significa afirmarse en la vida tal como esta es y no como desearíamos que fuera. No solo se atrevieron a vivir, se atrevieron a ser siempre más de lo que ya eran, a atravesar lo que duele y lo que pesa para sentirse plenamente vivas. No como piezas encajadas en un ideal de armonía prefabricado, sino como cuerpos y almas entregados al vértigo de la existencia, con sus luces y sus sombras, sus éxtasis y sus abismos. No buscaron edulcorar la vida, la abrazaron en su crudeza, sin atajos ni anestesias. Y en esa entrega radical, en esa negativa a reducirse a lo esperado, encontraron algo más real que la felicidad: la plenitud de haber sido fieles a sí mismas.

Cada una a su manera, tanto Lou como Eva encarnan ese amor sin adornos que no teme a la sombra. No buscaron ser perfectas, ni

aceptadas, ni dóciles. No domesticaron sus preguntas ni suavizaron su deseo. No huyeron del conflicto, ni del dolor, ni de la complejidad de ser mujer en un mundo que todavía no sabe muy bien qué hacer con nosotras. Ambas supieron, con una lucidez que aún incomoda, que no hay empoderamiento posible si no nos atrevemos a mirar de frente lo que somos: lo que duele y lo que late, lo que se quiebra y lo que arde.

Amarse, entonces, no es elevarse por encima de la propia sombra, sino entrar en ella sin miedo. No es alcanzar una versión ideal, sino abrazar la versión real —cambiante, contradictoria, imperfecta— que nos habita. Empoderarse no es construirse como una fortaleza inexpugnable, sino como una casa abierta en la que todas nuestras voces puedan entrar y decir su verdad.

Eva y Lou nos enseñan, sin proclamas ni panfletos, que el amor a la vida es inseparable del amor a una misma. Porque mi vida —así como la de cualquier otra persona— no es una idea abstracta: es mi cuerpo, mi voz, mis decisiones, mis dudas, mi herida y mi deseo. Y quizás, solo cuando aprendamos a habitar todo eso —sin culpa, sin castigo, sin necesidad de aprobación— podremos decir que hemos empezado a amarnos y a amar de verdad nuestra vida. No para exhibir ese amor como un trofeo, sino para sostenerlo con ternura, como quien por fin deja de exigirse tanto… y empieza a pertenecer(se).

56 Friedrich Nietzsche, *Así hablo Zaratustra*.

57 Carta a Klaus Fuchs, 1888.

58 Friedrich Nietzsche, «De viejecillas y jovencillas», *Así habló Zaratustra*.
59 Friedrich Nietzsche, «De viejecillas y jovencillas», *Así habló Zaratustra*.
60 Clarissa Pinkola Estés, *Mujeres que corren con los lobos*.
61 Søren Kierkegaard, «La angustia es el vértigo de la libertad».
62 Rüdiger Safranski, *Nietzsche: biografía de su pensamiento.*
63 Píndaro (V a. C.) fue uno de los más célebres poetas líricos de la Grecia clásica. Se caracterizó por componer cantos en honor de los vencedores de los Juegos Olímpicos. Las composiciones de Píndaro suelen utilizar la victoria deportiva como simple punto de partida para loar el valor personal del atleta: su triunfo refleja la victoria de lo bello y lo bueno sobre la mediocridad. Autores como Goethe y Hölderlin lo erigieron en un símbolo de la libertad del genio creador.
64 «El grupo de los miércoles» se denominó a un grupo informal de personas que eran invitadas por Freud a reunirse los miércoles de noche en su casa para discutir sobre psicoanálisis. Las reuniones comenzaron en el año 1902 y entre los miembros destacados se encontraban Alfred Adler, Otto Rank, Karl Abraham, Carl Gustav Jung, Sándor Ferenczi, Isidor Isaak Sadger, Hanns Sachs, Ludwig Binswanger, Carl Alfred Meier, Sabina Spielrein y Lou Andreas-Salomé. Alrededor de 1908 el grupo adoptó el nombre Asociación Psicoanalítica Vienesa.
65 Eva llouz, *Por qué duele el amor: una explicación sociológica*
66 Marina Garcés, *Filosofía inacabada*.

VIII

¡Ama tu destino!

Es fatal ser mujer.
Una lo aprende desde el principio,
lo aprende por todas partes.
Pero yo no quisiera ser otra cosa.

Virginia Woolf

«Qué pasaría si un día o una noche un demonio se deslizara furtivo en tu más solitaria soledad y te dijera: "Esta vida, tal como la vives ahora y la has vivido, la tendrás que vivir una vez más e incontables veces más; y no habrá nada nuevo en ella, sino que cada dolor y cada placer y cada pensamiento y cada suspiro y todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida tendrá que retornar a ti, y todo en la misma serie y la misma sucesión —e igualmente esta araña y este claro de luna entre los árboles, e igualmente este instante, y yo mismo, el eterno reloj de arena de la existencia será girado siempre de nuevo— ¡y tú con él, mota de polvo del polvo!". ¿No te echarías al suelo y castañearías los dientes y maldecirías al demonio que así hablaba? ¿O has vivido alguna vez un instante formidable en el que le hubieras respondido: "¡Eres un dios y nunca escuché nada más divino!". Si ese pensamiento adquiriera poder sobre ti, te transformaría, tal como eres y quizás te destruiría. ¡La pregunta a propósito de todo y de cada cosa, "¿quieres esto otra vez e innumerables veces, más?", estaría en tus manos como el peso más grave! O bien, ¿cómo tendrías que quererte a ti y a la vida para no pretender nada más que esta confirmación última, que este último sello?».[67]

Así nos presenta Nietzsche su pensamiento «más auténticamente abismal»:[68] la doctrina del eterno retorno. No como un juego de

pensamiento ni como una simple especulación metafísica, sino como una prueba radical. La más difícil. La más desafiante y exigente. Una pregunta que no se responde con palabras, sino con la existencia entera: ¿volverías a vivir esta vida —tu vida— exactamente igual, una y otra vez, por toda la eternidad? Con sus luces y sus sombras. Con cada gozo y cada herida, con cada error, cada gesto, cada renuncia. Sin cambiar una sola cosa. Tal como fue y tal como es.

No se trata solamente de una provocación filosófica. La doctrina del eterno retorno es un llamado profundo, una interpelación que nos obliga a tomar conciencia de la responsabilidad que tenemos sobre nuestra existencia. Nos desafía a mirar de frente la trama de nuestra vida, sin adornos ni excusas, y preguntarnos si volveríamos a ser lo que fuimos, a elegir lo que elegimos, a atravesar las pérdidas, las dudas, las decisiones que marcaron el rumbo. ¿Volverías a amar lo que amas y a renunciar a lo que renuncias?

El eterno retorno no exige que hayamos vivido sin equivocaciones, sino que podamos afirmar lo vivido, incluso con sus errores e imperfecciones. Porque en esa afirmación —consciente, valiente, lúcida— se juega la posibilidad de hacer de nuestra vida algo digno de ser repetido, vivido, exactamente del mismo modo, eternamente.

Cuando en la introducción de este libro escribí «nací mujer» no hablaba solo de un dato biológico, sino de todo lo que me fue dado sin haberlo elegido: la parte que me tocó en el sorteo silencioso del comienzo, cuando nos vemos arrojados a este mundo con un cuerpo, un nombre, una historia en la que no participamos pero que, al nacer, ya nos espera como un guion tácito. Una trama anterior que nos habita y nos bosqueja desde el primer día. Porque antes de poder decir «yo», ya existe un mundo que habla por nosotras: un

apellido que nos nombra, una lengua que nos piensa, una red de valores, de miedos, de silencios, de mandatos y de expectativas. Un tejido invisible de modos de ser y estar en esta vida que nos llega a través de la sangre, sí, pero también a través de la palabra, de la mirada, del gesto, del tiempo y del espacio que nos toca habitar. Así, nos vemos envueltas, casi sin darnos cuenta, en narraciones que no escribimos, pero en las que ya se esboza la historia de nuestra vida. Narraciones que delimitan, desde el comienzo, el campo de lo posible. Que nos dicen qué puede una mujer, qué debe una hija, una amiga, una madre, una esposa. Qué se espera de un cuerpo signado por una determinada biología: ¿que sea dócil, suave, disponible? ¿Que no ocupe demasiado espacio, que no alce la voz, que no moleste ni incomode? ¿Que seduzca, pero con mesura? ¿Que sea deseable, pero no demasiado provocador? ¿Que madure sin envejecer, que materne sin descuidar la figura, que sea libre pero recatado? ¿Que sea bello según modelos impuestos, que se depile, se corrija, se esconda, se exhiba? ¿Que no sangre, que no grite, que no se arrugue, que no huela, que no tiemble? ¿Se espera que aguante, que acompañe, que amamante, que sirva, que sea solícito?

Desde muy temprano, nuestro cuerpo es concebido como si no nos perteneciera del todo. Un escenario de proyecciones, exigencias, discursos ajenos que lo definen, lo miden y lo juzgan.

Y lo mismo con el comportamiento que se estima apropiado para una mujer. Se espera que seamos sensibles, pero no intensas. Emocionales, pero equilibradas. Compasivas, pero tolerantes. Intuitivas, pero crédulas. Disponibles, pero pacientes. Que sepamos guardarnos cuando algo nos duele, que acatemos sin pedir explicaciones, que no confrontemos, que no interrumpamos, que no

ocupemos demasiado tiempo, demasiado espacio, demasiado nada ni demasiado todo. Que dudemos de nosotras mismas lo justo como para no incordiar.

Desde que nacemos se nos educa, se nos moldea, se nos orienta. A veces con ternura, otras veces con severidad, casi siempre con una mezcla imperceptible de ambas. Así, las creencias y las expectativas sobre lo que una mujer «debe» ser, sentir o desear van calando hondo en la memoria del cuerpo y del alma. Las voces externas se deslizan poco a poco en nuestra interioridad hasta que de pronto, sin saber cuándo ni cómo, ya no distinguimos si lo que deseamos es nuestro o apenas el eco de un mandato heredado. Se asientan en el inconsciente profundo y se filtran en nuestros amores y nuestros odios. Habitan nuestras palabras y nuestros silencios. Marcan lo que creemos admirable, lo que nos avergüenza, lo que nos emociona o nos duele sin motivo claro. Nos moldean el miedo, el juicio, la culpa, la renuncia. Pero aunque…

Me dijeron: callate, y me callé.
Me dijeron: sentate, y me senté.
Me dijeron: vestite de rosa…
Y me vestí de furia.

Este verso —anónimo o apócrifo, ¡qué importa!— encarna con la fuerza de una herida abierta la rebelión que crece en la entraña de una obediencia absurda en que la resignación se rasga las vestiduras para cubrirse de furia. Y, así, emerge una forma de decir «yo»:

I

Yo me nazco, yo misma me levanto,

organizo mi forma y determino
mi cantidad, mi número divino,
mi régimen de paz, mi azar de llanto.
Establezco mi origen y termino
porque sí, para nunca, por lo tanto.
Soy lo que se me ocurre cuando canto.
No tengo ganas de tener destino.
Mi corazón estoy elaborando;
ordeno sufrimiento a su medida,
educo al odio y al amor lo mando.
Me autorizo a morir solo de vida.
Me olvidarán sin duda, pero cuando
mi enterrado capricho lo decida.

II

Me siento responsable del rocío.
Por mi culpa la piedra está callada.
Comparto la velocidad del río.
Tengo la obligación de la alborada.
Me importa demasiado el mundo. Ansío
su condición de lágrima y espada.
Nada sucede en su transcurso, nada
que no pase primero por el mío.
Sepan que por el viento me suicido,
que me atribuyo el mar y que concedo
a un tribunal de lluvia mi latido.
Asumo el día y cumplo sus deberes.
Vivo la ira de los hombres, puedo

amar con el amor de las mujeres.

III

Pájaros, necesito con urgencia
disimular mi nada. Necesito
ser la continuación de mi presencia,
sobrevivir en desatado grito.
Me da mucha vergüenza el infinito,
me humilla la sagrada permanencia.
Queriendo desafiarlas me repito
en obras de amorosa trascendencia.
Canto, desesperadamente canto
con voz de tinta y letra de agonía,
rota por dentro, loca por fuera.
Me duele ya la eternidad de tanto
predecir con furiosa rebeldía:
«Mañana cantará mi calavera».[69]

Reconocemos, entonces, que nada de lo aprendido nos determina del todo. Que lo que fuimos no agota lo que podemos ser. Que, a pesar de la historia heredada, de los mandatos inscritos, de los miedos transmitidos, podemos elegir.

Despertar es advertir que nuestro cuerpo es nuestro. Que nuestras emociones, nuestras ideas, nuestras elecciones —pero también nuestros miedos, nuestras culpas y nuestros prejuicios— nos pertenecen. Que, aunque fueron moldeados por una historia que nos antecede, podemos confrontarlos, interrogarlos, desmontarlos,

habitarlos, para apropiarnos de ellos o soltarlos. Este es el instante en que comprendemos que podemos elegir. Que lo que nos formó no tiene por qué definirnos, que es solo un horizonte de sentido dentro del cual siempre podemos (¡y debemos!) tomar lo que estimamos propio.

Entonces cobra pleno sentido la segunda afirmación que hice en la introducción: soy mujer. No se trata de una simple constatación ni de una categoría que me haya sido asignada desde fuera. Es una afirmación que nace del reconocimiento de un recorrido vital, de una toma de conciencia, de una elección. «Soy mujer» significa, en este contexto, afirmar mi identidad no como una repetición de lo que me fue dado, sino como una apropiación libre y profundamente subjetiva de lo que me tocó. Porque la existencia humana consiste, antes que nada, en ser arrojados. Arrojados a un mundo que no elegimos, con un cuerpo, una lengua, una cultura, una historia, una serie de creencias, valores, prejuicios y expectativas que delinean el horizonte dentro del cual vamos a vivir. Y ese horizonte es necesario. Es lo que nos permite significar, movernos, desear, pensar. Sin ese horizonte que nos limita, pero también nos contiene, nos veríamos condenados a naufragar a la deriva, desorientados, perdidos en el mar de la incertidumbre.

En efecto, es en el marco del horizonte de sentido al cual fuimos arrojados que construimos y definimos nuestra identidad. El horizonte de sentido es lo que hace posible el ejercicio de la verdadera libertad. Porque para avanzar necesitamos algo que nos sostenga, pero también algo que nos resista. Es en esa tensión —entre sostén y resistencia— donde es posible el movimiento. La libertad no consiste en flotar sin raíces, sino en modificar el terreno

desde el cual nos afirmamos. Porque el suelo no es un destino fijo, sino materia viva, moldeable.

Somos libres no a pesar del horizonte que nos sostiene, sino gracias a él: porque nos ofrece el campo desde el cual podemos trazar senderos, desviarnos de lo establecido y también imaginar otras formas de andar. Entonces la libertad se vuelve real. No como una negación de lo que nos fue dado, sino como una afirmación de lo que nos tocó. «Soy mujer», entonces, no es solo el resultado de una asignación biológica ni una mera obediencia o adaptación cultural: es la forma en que elijo habitar mi cuerpo, con las condiciones pero también con las posibilidades que este me depara. Es mi manera de decir sí a lo que me constituye, no por un deber ser impuesto, sino a plena conciencia y en libertad. La libertad humana no consiste en liberarse de toda determinación, sino en poder actuar dentro de ella, resignificarla, hacerla propia. Y aunque esta tensión parezca contradictoria, es profundamente real. Es, quizás, lo más humano que hay.

Porque ser humanos es eso: vivir entre lo dado y lo elegido y hacer de ese intervalo nuestra verdad.

Aceptar esa tensión —entre lo que nos toca y lo que elegimos— no es resignarse. Muy por el contrario, es el punto de partida del *amor fati*. Los estoicos —tan de moda hoy en día— lo comprendieron hace siglos y Nietzsche lo retomó con la fuerza de un relámpago más adelante: «Mi fórmula para expresar la grandeza de un hombre es *amor fati*: el no querer que nada sea distinto, ni en el pasado ni en el futuro, ni por toda la eternidad. No solo soportar lo necesario, y menos aún disimularlo —todo idealismo es mendacidad frente a lo necesario— sino amarlo…».[70] Nietzsche creía que no

amamos la vida por el simple hecho de vivirla, sino porque en nosotros arde el deseo, la pasión, la voluntad de afirmarnos en lo que somos. El amor precede a la vida en su sentido más pleno: es lo que la embellece, lo que la justifica, lo que la hechiza. Por eso no basta con aceptar lo que nos toca: hay que encantarlo, hechizarlo, derramar sobre lo inexplicable la luz que le otorga sentido. Y eso solo es posible cuando nos dejamos atravesar por el amor —no como mero afecto, sino como fuerza creadora—. Como esa pasión que nos empuja a mirar el mundo con nuevos ojos, a descubrir lo amable en lo duro, lo deseable en lo incomprensible.

Debemos enamorarnos del amor mismo —de su potencia, de su energía, de su impulso vital— para transformar nuestro destino en algo digno de ser amado y vivido. Solo quien ama puede descubrir los aspectos amables de la vida. Solo quien desea puede hacer, de lo que le tocó así como de lo que eligió, una existencia que merezca repetirse. No basta con soportar la vida, sobrevivirla, transitar los días haciendo lo que debemos o administrarla eficazmente para que en el balance final las ganancias superen a las pérdidas. Hay que aprender a cantarla, a amarla, tanto en la felicidad como en el sufrimiento. Ese es nuestro mayor desafío.

A veces la vida parece tramar sus hilos con una lógica secreta: una causalidad inesperada, una coincidencia reveladora, un encuentro que lo transforma todo. Hay momentos en que uno cree entrever una trama invisible, casi milagrosa, como si cada hecho respondiera a una coreografía precisa. Yo, al menos, creo más en la causalidad que en la mera casualidad. Me resisto a pensar que todo es un mero juego de dados. Prefiero creer que hay sentidos ocultos, que hay razones que aún no alcanzamos a comprender. Pero

también sé que hay acontecimientos que escapan a toda explicación, que se imponen con la crudeza de lo irremediable. Sucesos y hechos que, lisa y llanamente, son. La muerte es, seguramente, el ejemplo más paradigmático. Podemos investirla de distintos sentidos, buscar consuelos, imaginar causas… pero hay algo en su terrible inminencia que permanece inexplicable, investido con el enigma de lo absolutamente extraño. Como un agujero mudo en la trama del sentido. No hay metáfora que la abarque ni argumento que la agote. La muerte desarma. Interrumpe. Rompe la continuidad que quisiéramos creer lineal y coherente. Se impone como un hecho radicalmente absurdo: no responde a nuestra lógica, no escucha nuestros ruegos, no distingue razones ni méritos. Tal vez lo más desconcertante de la muerte no sea su necesidad, sino su discordancia. Es paradójico, sin duda: estamos movidos por un impulso vital, por un deseo obstinado de permanencia, de búsqueda de placer, de belleza, de amor, plenitud y felicidad… Y, sin embargo, sabemos que todo está condenado a terminar. ¿Cómo reconciliar nuestro anhelo con la certeza de la finitud? ¿Cómo amar una vida cuya única garantía es la pérdida?

La muerte es, quizás, el rostro más crudo del absurdo. Y, sin embargo, no podemos vivir huyendo de esa verdad. Como sentenció Albert Camus, «no hay destino que no se venza con el desprecio». Sin embargo, yo creo que no se trata de despreciar la muerte, sino de mirarla sin disfraz, de integrarla sin rendirse. El desafío no es entender la muerte, sino aprender a vivir con ella concibiéndola como un límite que da forma a la vida, como una sombra que le da relieve a la luz. Aceptar la muerte no es renunciar a la vida, es afirmarla con más intensidad. Es decir, justamente porque «nada es

para siempre», cada instante cuenta. Amar nuestro destino es, también, amar la conciencia de nuestra mortalidad.

Así, más que comprensión, el *amor fati* nos exige aceptación lúcida. Aceptar lúcidamente no es resignarse ni someterse a una realidad que nos trasciende y nos desborda, no. Aceptar con lucidez es mirar a la realidad a la cara, con los ojos bien abiertos. Con el coraje de quien sabe que una existencia auténtica no puede vivirse negando, soñando, esperando que la realidad se amolde a nuestros deseos. Aceptar lúcidamente es afirmar: «Esto es lo que es. Esto es lo que tengo. Y con esto —que no elegí— debo hacer algo». No se trata de agachar la cabeza, sino de levantar la mirada. Porque no siempre encontraremos respuestas a la pregunta ¿por qué? A veces, los hechos y los acontecimientos tienen causas, eslabones, huellas que nos permiten comprenderlos. Creemos ver una trama, un orden, una lógica. Pero otras veces no. Hay hechos que irrumpen como relámpagos en mitad del relato: la muerte, la pérdida, el sinsentido. Acontecimientos que no responden a ninguna razón, que no se explican ni se justifican. Simplemente suceden. Nos suceden. Frente a ellos, el por qué se desborda. Preguntarlo es como arrojar una cuerda al vacío. No hay respuesta que alcance. El sentido se quiebra. La palabra tropieza.

Y entonces, de ese límite se abre otra pregunta, una pregunta distinta, más vital que racional: ¿para qué? Esta pregunta no busca causas, sino dirección. No exige explicaciones, sino sentido.

El por qué intenta comprender lo que fue, rastrea las huellas del pasado, espera que algo anterior justifique lo que ocurre. El para qué, en cambio, se proyecta hacia adelante: no pretende explicar, sino orientar. No mira hacia atrás, sino que busca abrir caminos.

¿Para qué? es la pregunta que nace cuando la razón ya no alcanza, pero el alma no se rinde. Ante la ausencia de respuestas que calmen y colmen, debemos crear sentido donde no lo hay. Y en ese acto se juega nuestra humanidad.

No como consuelo impuesto ni como moralina disfrazada de sabiduría, sino como un ejercicio de libertad: ¿qué hago yo con esto? ¿Qué lugar elijo que tenga esto en mi historia? ¿Cómo puedo transformar este hecho —este dolor, esta certeza, esta herida— en una forma de crecimiento, de comprensión, de belleza, de verdad?

Ahí se juega el *amor fati*. No en la aceptación ciega, sino en la conversión lúcida del destino. En la transformación de lo dado en sentido. En la decisión íntima de hacer que algo valga la pena, aunque no sepamos explicarlo.

Aceptar lúcidamente significa hacernos cargo y, al hacerlo, crear un sentido que no nos fue dado de antemano pero que, entonces, podemos elegir. Porque el sentido no siempre se encuentra: muchas veces se construye. ¡Y enhorabuena! Porque, entonces, podemos ser dueños de nuestros días. Pero nada se crea de la nada: todo impulso requiere un trampolín. Siempre existe algo que nos antecede y, de alguna manera, nos contiene.

A Sísifo lo antecede la roca. Y a partir de «cada uno de los granos de esa piedra»[71] crea el lema que da sentido a su existencia. «El esfuerzo mismo para llegar a la cima basta para llenar el corazón de un hombre». Le debemos a la roca, además de a Camus y a Sísifo, la existencia de este lema tan potente. No podemos desestimar la incidencia de la piedra —que le fue dada o, mejor dicho, endosada a Sísifo— en la creación de esta máxima. La roca es lo que le demanda a Sísifo el esfuerzo en el cual encuentra, a su vez, la

oportunidad de superarse a sí mismo y experimentar la plenitud de un corazón rebosante de amor a su destino.

Si a Sísifo lo antecede la roca, a mí me antecede la biología. No porque haber nacido mujer haya sido —o sea— una carga pesada, sino porque ese acontecimiento, tan natural como fortuito, me fue asignado sin permiso. Mi cuerpo, como la roca de Sísifo, no es un obstáculo sino un punto de partida, una condición. Lo que me constituye en lo más básico, lo más tangible: lo que me demanda una respuesta, una decisión, un hacerme cargo. Nací con un cuerpo y debo ocuparme de elegir qué hago con él, cómo lo asumo, cómo lo habito, cómo me apropio de él, ya sea afirmándolo o negándolo. El cuerpo que me fue impuesto en la inescrutable lotería biológica es, así, el trampolín desde el cual puedo elegir cómo ser, cómo estar, cómo habitar mi singularidad. No se trata de negar la biología, sino de apropiarme de ella. De transformarla en posibilidad. En sentido. En libertad.

Pero además de mi cuerpo existe otro trampolín fundamental desde el cual encuentro el impulso para afirmarme como mujer, un espejo que me refleja lo que puedo llegar a ser en una imagen con la que no solo me identifico, sino que además me gusta, tanto como para alimentar en mí el deseo de llegar a serlo. Un espejo que refleja la imagen de Eva filósofa. La que se atrevió a mirar el árbol prohibido con deseo de saber y superarse a sí misma. La que se dejó interpelar por la serpiente no por debilidad, sino por inquietud intelectual. La que prefirió la caída al encierro, la conciencia a la inocencia, el mundo incierto al paraíso en la ignorancia.

Eva no es mi modelo; es mi origen simbólico. Ella encarna el primer gesto de insumisión, de pensamiento, de libertad femenina.

Su rebeldía, tan castigada por las narraciones tradicionales, es la misma que hoy me inspira a decir «soy mujer». Porque, como Eva, yo también quiero pensar por mí misma. Lejos de imponerme un camino, Eva alimenta mi pasión, el anhelo de llegar a ser quien soy, cuando me veo reflejada en su espejo. Me dice al oído que el saber tiene un precio, pero también un sabor delicioso. Que ser mujer no es solo haber nacido con un cuerpo, sino atreverse a habitarlo con inteligencia. Gracias a ella entiendo que no hay afirmación sin ruptura, que no hay conciencia sin pérdida, que no hay libertad sin riesgo. Su gesto —el de extender la mano, el de probar el fruto del conocimiento, el de regalarnos la libertad para cuestionar y pensar— es el primer paso hacia una forma de ser mujer que no repite moldes, sino que los rompe para poder nacer de nuevo.

No basta con haber nacido mujer para saberse mujer. El cuerpo, aun siendo una «gran razón», no alcanza por sí solo para crear identidad. Para dar sentido a ese hecho —biológico, tangible, irrevocable— primero necesitamos algo más: figuras que nos hablen, que nos precedan, que nos abran el horizonte de lo posible. Porque para responder al llamado de Píndaro, para llegar a ser lo que somos, necesitamos referencias y referentes que alumbren las sombras que permanecen ocultas en nosotros. Necesitamos relatos que nos envuelvan, imágenes que nos inspiren, símbolos que resuenen con nuestra experiencia más íntima. Necesitamos espejos en los que empezar a reconocernos.

Los grandes relatos mitológicos son esos espejos. Nuestras creencias, valores y significados no flotan en el vacío: se fundan en relatos creados por la imaginación humana, narraciones que le dan

forma a lo que sentimos, a lo que pensamos, a lo que esperamos de nosotros mismos.

Y Eva es eso para mí: una presencia tan antigua como vital, una figura que me confirma que desear, pensar, rebelarse y elegir son parte de nuestra herencia femenina. En ella encontré una oportunidad para empezar a pensarme como parte de un «nosotras» sin perder mi singularidad. Una imagen que estimuló el despertar de mi conciencia femenina, porque sin dejar de ser mía y de nadie más, ella se asienta y se despliega a partir de una condición en la cual participo, pero que no me pertenece.

No concibo un feminismo que se aparte de la feminidad. ¿Cómo es posible ser feminista sin reconocer la existencia de una condición femenina y estimarla lo suficiente como para desear reivindicarla? Y ser feminista como mujer significa, para mí, mirar el mundo desde una conciencia que reconoce un «nosotras» que nos vincula a partir de una naturaleza que nos condiciona, porque, como afirmó Simone de Beauvoir, «está claro que ninguna mujer puede pretender, sin mala fe, situarse por encima de su sexo».[72]

Pero no seríamos humanas si la naturaleza lo dijera todo. A diferencia del resto de los animales, los seres humanos no solo fluimos con la naturaleza, sino que tenemos la capacidad de reconocerla, interrogarla, confrontarla, transformarla incluso. No nos limitamos a obedecer irreflexivamente sus dictados: le exigimos sentido. Y si no obtenemos respuesta, la creamos. Ese es nuestro privilegio, pero también nuestra responsabilidad: adoptar una postura frente a las condiciones que la naturaleza nos impone.

Podemos fluir con ellas, sí —y muchas veces con sabiduría—, pero también podemos rebelarnos, resistir y elegir de qué modo

afirmarnos. No todo lo dado debe aceptarse. Y, ciertamente, nuestro destino no está escrito con tinta permanente en nuestro ADN. Aunque haber nacido con un útero sí me condiciona, esto no basta para el despertar de la conciencia femenina que nos liga a un «nosotras». Un «nosotras» que no borra las singularidades, que no impone uniformidad, pero que reconoce una condición común: la de ser mujeres. Mujeres diversas, únicas, pero unidas por una experiencia compartida que nos permite hablarnos, acompañarnos, espejarnos.

Por eso este libro no habla de una teoría, sino de un despertar: el de mi conciencia femenina. Un despertar que fue gestándose de a poco, como una semilla germina en la tierra sin que lo notemos, desapercibida, hasta que un día brota y florece para seguir creciendo y transformándose continuamente, solo que ahora ya no en silencio, bajo la sombra latente de lo inconsciente, sino de una manera más visible, más consciente, más afirmada. Ese despertar fue posible gracias a muchas voces, muchos hilos, muchas huellas. A mi cuerpo, a mi alma, a mi sangre y mi espíritu. A mis amigos y a mi familia. A mi cultura, mi época, a la historia que me tocó vivir. A mis pensamientos, mis emociones y experiencias. A las personas que me amaron, que me desafiaron, que me lastimaron o me cuidaron. A las palabras que leí, a los silencios que escuché, a las preguntas que alguna vez me hicieron temblar. A los miedos que sentí, los logros que gocé y las injusticias que padecí.

Soy mujer, sí, pero sé que hoy no soy la misma mujer que escribió esto mismo en la introducción y que mañana seré una mujer distinta, aunque continúe afirmando lo mismo. Siempre somos algo, alguien que deviene. En este sentido, soy una digna discípula del

viejo, querido y oscuro Heráclito de Éfeso: «el devenir es ser en movimiento», y por eso ama ocultarse. Nos rehacemos mientras nos nombramos. Nos velamos incluso cuando creemos revelarnos.

Y, sin embargo, en medio de ese fluir, de esa transformación constante, hay afirmaciones que resisten. Afirmaciones que no fijan, pero acompañan. Que no detienen el movimiento, pero lo guían. Ahora siento que «soy mujer» es una de ellas. Y que si ahora, en este instante, el demonio de Nietzsche me formulara la pregunta a propósito de todo y de cada cosa, la más difícil y más pesada: «¿quieres esto otra vez e innumerables veces, más?», le respondería que sí. Que sin duda ahora quiero, elijo, ser mujer otra vez e innumerables veces más.

67 Friedrich Nietzsche, La gaya ciencia, aforismo 341.
68 Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*.
69 María Elena Walsh, «La asunción de la poesía».
70 Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*.
71 Albert Camus, *El mito de Sísifo*.
72 Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*.

PALABRAS FINALES

Yo, que fui tantas,
como un inmenso mar de flores
en su complejidad coronadas
Mas un ramo, una leve mano
aúna sus mil rasgos, y sus caras
se confunden en una: Yo
¡Que soy tantas!

Cuenta la leyenda que, mientras escuchaba hablar a Freud, Marie Bonaparte[73] registró en sus notas estas palabras pronunciadas por él: «La gran pregunta sin respuesta, a la que yo mismo no he logrado responder, a pesar de mis treinta años de estudio del alma femenina, es la siguiente: ¿qué quiere la mujer?».

Esa pregunta —que ya era un enigma mucho antes de que Freud la formulara— sigue resonando hoy, intacta y viva, no solo en el silencio íntimo de muchas mujeres y hombres, sino también en la infinita diversidad de gestos, palabras y creaciones que surgen allí donde la condición femenina está en juego: en su naturaleza, sus derechos, sus ausencias, sus renuncias, sus conquistas. Resuena en el arte y en la ciencia, en la política y en la filosofía, en los cuerpos y en las voces, en todo intento de comprender, nombrar o habitar lo femenino con verdad y justicia.

Y tal vez sea precisamente eso —su resistencia a ser contenida en una fórmula, en una única respuesta, en una definición cerrada— lo que nos hace, a las mujeres, más complejas, más vulnerables y contradictorias, pero también, paradójicamente, más libres y poderosas. Porque lo que no puede definirse tampoco puede ser poseído. Y en esa apertura, en ese no saber definitivo sobre nosotras late un lugar fértil, un espacio abierto, una potencia que sigue pulsando para expresarse.

Pienso entonces en los versos de Walt Whitman mientras se canta y celebra a sí mismo:[74]

Hay eso en mí —no sé lo que es— pero sé que está en mí
[…]
No lo conozco, carece de nombre, es una palabra no dicha,
No está en ningún diccionario, símbolo, expresión
[…]
¿Me contradigo?
Bien pues me contradigo,
(Soy inmenso, contengo multitudes)
[…]
Difícilmente sepas quién soy o qué significo,
Pero he de ser buena salud para ti de cualquier modo,
Y filtrar y afiebrar tu sangre

Si fallas en hallarme al principio mantén el buen ánimo
Si me pierdes en un sitio busca en otro,
Yo me detengo en algún lado a esperarte

Y me los apropio.

Porque ser mujer es también eso: no reducirse nunca a una sola cosa, no encerrarse en una definición, en una forma fija, en una respuesta definitiva. Es contener variaciones, matices, pasajes, como un río que nunca deja de fluir. Es ser y no ser y aun así, estar. Estar presente sin ser capturada del todo. Habitar una identidad que respira, que cambia, que a veces se repliega y otras veces arde.

Y quizás nos contradecimos, sí.

Y debemos celebrar esas contradicciones como parte de nuestra amplitud. Porque, como Whitman, eso nos hace inmensas, rebosantes de multitudes. Memorias que no siempre son nuestras,

palabras que aún no hemos dicho, heridas que nos han marcado pero que todavía podemos reivindicar y fuerzas todavía desconocidas pulsan en nosotras. Sostenemos el silencio y la furia, la ternura y la rebelión, la duda y el deseo. Y en esa vastedad que no se deja encerrar hay una forma de sabiduría, una forma de estar en el mundo con aceptación lúcida, con los ojos abiertos.

No siempre sabemos quién somos, pero sí que somos. Y que incluso en los días de sombra, de miedo, de culpa, de duda y tribulación, algo en nosotras todavía filtra y potencia la vida para que podamos amarla y no solamente transitarla, sobrevivirla.

Algo permanece, aunque nos transformemos. Algo espera, aunque nos perdamos. Y si nos perdemos, si nos buscamos y no nos encontramos, no nos cerramos ni renunciamos. Seguimos andando. Seguimos imaginando. Porque a veces, como Whitman, nosotras también nos detenemos en algún lado a esperarnos.

Este libro es, en el fondo, un intento de responder aquella pregunta freudiana. Pero no para definir o encerrar un deseo específico que nos identifique a todas, como si existiera una fórmula universal —*one size fits all*— que pudiera nombrar lo que deseamos. No. El propósito de este libro es otro: visibilizar el deseo, recordarnos que lo importante es desear. Y que con eso basta. El deseo no requiere ni espera justificación ni permiso. El deseo precede al juicio: no deseamos algo porque sea bueno, lo juzgamos bueno porque lo deseamos. El deseo es lo que verdaderamente importa: todo lo demás —valores, decisiones, metas, proyectos, incluso la moral— proviene de este impulso vital.

Por eso resulta tan necesario imaginar a Eva como filósofa: no porque todas debamos ser literalmente filósofas para afirmarnos,

empoderarnos y enamorarnos, así, de nuestra vida. Debemos imaginarla filósofa porque, al hacerlo, podemos reinterpretar la naturaleza de su deseo: ya no como un impulso veleidoso, débil o irracional, sino como un gesto lúcido y rebelde, justo y profundamente inteligente. Un deseo que deja de ser culpa para volverse potencia. Un deseo encarnado en una figura que nos refleja a todas las mujeres, aunque más no sea por haber sido la primera de todas nosotras. Una figura que nos permite asumir el deseo como un acto fundante, no como falta ni transgresión, sino como afirmación de libertad. Una figura que nos devuelve el derecho a desear sin vergüenza, sin culpa, con la fuerza serena de quien elige sabiendo lo que arriesga.

Eva encarna un deseo que podemos reivindicar, una figura en la que las mujeres podemos reconocernos deseantes. Cada una desde su singularidad, sí, pero todas bajo una condición compartida: la condición femenina, que nos aúna y nos congrega sin borrar nuestras diferencias.

Porque si las mujeres queremos sentirnos más empoderadas, más respetadas, más miradas, antes de saber con precisión lo que deseamos, debemos reconocer el valor de nuestro desear. No importa si el deseo es confuso, cambiante o contradictorio. Lo importante es reivindicar nuestro derecho a desear como mujeres, porque es un deseo tan válido como valioso; audaz, inteligente, luminoso, valiente, arriesgado, resuelto, creador, auténtico y profundamente liberador. Es necesario no desestimarlo, no callarlo, no desvalorizarlo. Hacer de nuestro desear algo digno de ser reconocido, contemplado, nombrado, exclamado. Nuestro deseo es digno de ser contemplado, digno de ser nombrado.

La figura de Eva, tal como aquí la imagino, busca ser una imagen fértil, un modelo posible, un espejo simbólico en el que todas las mujeres —en nuestra inmensa y vibrante diversidad— podamos reconocernos. Una figura simbólica que nos permita, desde nuestras singularidades, encontrarnos en medio de la compleja, contradictoria, vasta e irreductible condición femenina que nos contiene y nos vincula. Porque este libro es también eso: una reivindicación de esta condición, un intento de mostrar que en la condición femenina podemos trascender en un «nosotras» que no diluye la singularidad del «yo», sino que la contiene, la respeta y la potencia. Un «nosotras» que, como Whitman, ve en la diversidad su más preciada riqueza.

Identificarnos con un «nosotras» fundamentado en nuestra condición femenina no solo hace posible el despertar de nuestra conciencia individual —única, subjetiva, irrepetible—, sino que es también una condición imprescindible para impulsar y materializar las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que aún necesitamos y buscamos. Porque sin ese reconocimiento compartido, sin ese vínculo simbólico que nos une sin anularnos, no hay fuerza capaz de sostener la lucha por la igualdad y la equidad.

Para construir un mundo en el que nacer mujer deje de vivirse como una condena y empiece a percibirse como una posibilidad creadora, afirmativa, deseable. Para poder concebirnos, percibirnos y tratarnos amorosamente. Para, aun sin haber elegido nuestro sexo, nuestro cuerpo, nuestra biología, llegar a enamorarnos de nuestro ser mujer: un ser siempre en movimiento, siempre cambiante, siempre desplegándose en un arcoíris infinito de formas, tonos y matices.

Porque en vano buscaremos ser respetadas, escuchadas y amadas si no aprendemos a amarnos a nosotras mismas antes que nada.

73 Marie Bonaparte (1882-1962) fue sobrina bisnieta de Napoleón Bonaparte y paciente, discípula y protectora de Sigmund Freud. Fue una de las pioneras del psicoanálisis en Francia; se especializó en la sexualidad femenina y luchó por visibilizar el deseo y la sexualidad de las mujeres más allá de los modelos patriarcales.

74 Walt Whitman, «Canto a mí mismo».

AGRADECIMIENTOS

A mis abuelas, mi madre, mis hijas, mis amigas y mis mentoras.

A todas las mujeres que inspiran en mí la pasión de ser mujer.

Y también a los hombres que saben reconocer y admirar el enigma lúcido del alma femenina.



Más allá del paraíso: la libertad de Eva es un texto desafiante, un recorrido profundo y reflexivo por la identidad y la libertad. A través de una narrativa filosófica y poética, este libro explora la complejidad de ser mujer en un mundo que constantemente impone límites y expectativas.

Eva, quien desafió los límites en el mito del Génesis, quien mordió la manzana prohibida, es la excusa para un viaje hacia la razón, el espíritu y la construcción permanente de la mujer a lo largo de la historia.

Con un profundo análisis interior y la construcción de siglos de pensadoras y pensadores, Magdalena Reyes Puig nos desafía a transformar el dolor y las heridas en crecimiento y belleza, a encontrar sentido en lo que nos ha sido dado y a crear una vida que merezca ser vivida y repetida. Nos recuerda que la libertad no consiste en liberarse de toda determinación, sino en actuar dentro de ella, resignificarla y hacerla propia.

Más allá del paraíso: la libertad de Eva es una celebración de la rebeldía y la insumisión, un canto desesperado y amoroso a la vida en todas sus formas que nos invita a cuestionar, a sentir y a vivir con intensidad.



MAGDALENA REYES PUIG

Montevideo, 19 de junio de 1970. Es licenciada en Filosofía y Psicología por la Universidad de la República. Se desempeñó como docente de Filosofía y Teoría del Conocimiento en Educación Secundaria y como profesora de Antropología Filosófica y Filosofía Social y Política en la Universidad Católica del Uruguay. Ejerce como psicóloga clínica y consultora en filosofía.

En 2017 participó en el programa de certificación en consultoría filosófica de la American Philosophical Practitioners Association, llevado a cabo en la ciudad de Nueva York y dirigido por el célebre filósofo practicante Lou Marinoff, autor de *Más Platón y menos Prozac*. En 2011 inauguró el Café Filosófico Montevideo, un espacio abierto a todo público en el cual se reflexiona y dialoga sobre los más variados temas desde una perspectiva filosófica. En ese mismo año publicó su primer libro de poesía y prosa poética, *Yo mujer*. En el año 2021 publicó su segundo libro, *Así está bien. En la incertidumbre buscando la felicidad, la filosofía*.



Primera edición: agosto de 2025
Edición en formato digital: agosto de 2025

© 2025, Magdalena Reyes Puig
© 2025, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo, Uruguay

Cuadro de tapa: Josefina Armas Reyes
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-9915-697-76-5

Índice

Más allá del paraíso: La libertad de Eva
Introducción
El mito del Génesis
I. Imaginamos, luego narramos
II. Hay que imaginarse a Eva filósofa
III. Donde nace el asombro
IV. El susurro de la serpiente
V. Del paraíso a la duda
VI. Al filo de la libertad
VII. Llega a ser quien eres
VIII. ¡Ama tu destino!
Palabras finales
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos